

Andrea Camilleri
*La concesión
del teléfono*



Lectulandia

La historia se desarrolla en el imaginario pueblo siciliano de Vigàta en el año 1891. El motor de los acontecimientos es la solicitud de Filippo "Pippo" Genuardi de una línea telefónica, en esa época una auténtica novedad. El sinfín de trámites burocráticos, problemas y enredos a los que tiene que enfrentarse Pippo para lograr un teléfono es cómico, pero tiene también un significado más profundo. El autor proporciona un retrato de la sociedad siciliana de los primeros años de la unidad de Italia (la misma época que reflejó Lampedusa en *El gatopardo*), a través de chispeantes diálogos entre los diversos personajes, de las cartas entre los amigos de Pippo y los pomposos y altisonantes informes y documentos burocráticos.

La solicitud de una línea telefónica en un pequeño pueblo siciliano desencadena una divertida serie de peripecias burocráticas, malentendidos y maniobras. Una visión a la vez cómica, realista y amarga de la sociedad siciliana.

Lectulandia

Andrea Camilleri

La concesión del teléfono

ePub r1.1

dacordase 24.12.14

Título original: *La concessione del telefono*

Andrea Camilleri, 1998

Traducción: Juan Carlos Gentile Vitale

Editor digital: dacordase

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

*Dedico esta novela a Ruggero, Dante y Nini:
su ausencia me pesa cada día que pasa.*

¡Y qué desmoronamiento había sobrevenido en Sicilia de todas las ilusiones, de toda la fervorosa fe con la que se había encendido la revuelta! ¡Pobre isla, tratada como tierra de conquista! ¡Pobres isleños, tratados como bárbaros a los que era preciso civilizar! Y habían descendido los continentales a civilizarlos: descendido las nuevas soldadescas, aquella columna infame al mando de un renegado, el coronel húngaro Eberhardt, que había venido por primera vez a Sicilia con Garibaldi y luego estuvo entre los que le dispararon en Aspromonte, y aquel otro tenientillo saboyano, Dupuy, el incendiario; *descendido todos los desechos de la burocracia*; y disputas, duelos y escenas salvajes, y la *prefectura* de Medid, los tribunales militares y los hurtos, los asesinatos, las rapiñas, urdidas y ejecutadas por la nueva policía en nombre del Real Gobierno; y falsificaciones y sustracciones de documentos y procesos políticos ignominiosos: ¡todo el primer gobierno de la Derecha Parlamentaria! Y luego había subido la Izquierda al poder, y había comenzado también ella con las disposiciones excepcionales para Sicilia; y usurpaciones, estafas, extorsiones y favores escandalosos y escandalosa dilapidación del dinero público; *prefectos*, delegados y magistrados puestos al servicio de los diputados ministeriales, y clientelas descaradas y fraudes electorales; gastos disparatados, servilismos degradantes; la opresión de los vencidos y de los trabajadores, asistida y protegida por la ley, y asegurada la impunidad de los opresores...

LUIGI PIRANDELLO, *Los viejos y los jóvenes*

Algunos personajes

VITTORIO MARASCIANNO, prefecto de Montelusa
CORRADO PARRINELLO, su jefe de gabinete, luego sustituido por
GIACOMO LA FERUTA, hermano de Rosario («Sasà»)
ARRIGO MONTERCHI, comisario de Montelusa
ANTONIO SPINOSO, delegado de policía de Vigàta
GESUALDO LANZA-TURÒ, comandante del Puesto de los Reales Carabineros de Vigàta,
luego sustituido por
ILARIO LANZA-SCOCCA
PAOLANTONIO LICALZI, cabo primero de los Reales Carabineros de Vigàta
GIUSEPPE SENSALES, director general de la Policía
AMABILE PIRO, director de la Oficina disciplinaria de la Policía
CARLO ALBERTO DE SAINT-PIERRE, general, comandante del Arma de los Reales
Carabineros en Sicilia
ARTIDORO CONIGLIARO, subprefecto de Bivona
GIOVANNI NICOTERA, ministro del Interior
FILIBERTO SINI, ministro de Correos y Telégrafos
IGNAZIO CALTABIANO, director de la Oficina regional de Correos y Telégrafos de
Palermo
AGOSTINO PULITANÒ, topógrafo de la Oficina de Correos y Telégrafos de Palermo
CATALDO FRISCIA, director de la Oficina del catastro de Montelusa
VITTORIO TAMBURELLO, director de la Oficina de Correos de Vigàta
CALOGERO («DON LOLLÒ») LONGHITANO, comendador, hombre de respeto
CALOGERINO LAGANÀ, persona de confianza del comendador
GEGÈ, otra persona de confianza del comendador
ORAZIO RUSOTTO, abogado, hermano de
RINALDO RUSOTTO, abogado
NICOLA ZAMBARDINO, abogado
FILIPPO («PIPPÒ») GENUARDI, comerciante, marido de
GAETANINA («TANINÈ»), hija de
EMANUELE («DON NENÈ») SCHILIRÒ, marido de
CALOGERA («LILLINA») LO RE
CALOGERO JACONO («CALUZZÈ 'A FICAZZANA»), «mozo de almacén» de Filippo
Genuardi
ANGELO GUTTADAURO, amigo de Rosario y Filippo
DOCTOR ZINGARELLA, médico de Vigàta

DON COSIMO PIRROTTA, párroco de Vigàta
SALVATORE SPARAPIANO, mayorista en maderas
G. NAPPA & CUCCURULLO, bufete de abogados
FILIPPO MANCUSO, pequeño terrateniente
MARIANO GIACALONE, pequeño terrateniente
GIACOMO GILIBERTO, pequeño terrateniente

COSAS ESCRITAS UNO

*A Su Excelencia ilustrísima
Vittorio Parascianno
Prefecto de
Montelusa*

Vigàta, 12 de junio de 1891

Excelencia:

El que suscribe, Filippo GENUARDI, hijo del difunto Giacomo Paolo y de Edelmira Posacane, nacido en Vigàta (provincia de Montelusa), el 3 de septiembre de 1860 y allí residente en Via dell'Unità d'Italia, 75, de profesión comerciante en maderas, desea conocer los pasos a seguir para obtener la concesión de una línea de teléfono para uso privado.

Muy agradecido por la benigna atención que V.E. querrá dedicar a esta solicitud, se profesa su seguro servidor

Filippo Genuardi

*A Su Excelencia ilustrísima
Vittorio Parascianno
Prefecto de
Montelusa*

Vigàta, 12 de julio de 1891

Excelencia:

El que suscribe, Filippo GENUARDI, hijo del difunto Giacomo Paolo y de Edelmira Posacane, nacido en Vigàta (provincia de Montelusa), el 3 de septiembre de 1860 y allí residente en Via dell'Unità d'Italia, 75, de profesión comerciante en maderas, osó someter, con fecha 12 de junio del corriente año, es decir, hace exactamente un mes, a la generosidad y a la benevolencia de Vuestra Excelencia la solicitud de que se le comunicaran las diligencias indispensables a fin de obtener la concesión gubernamental de una línea telefónica para uso privado.

Al no haber recibido respuesta alguna, desde luego por un banal error de la oficina que usted tan ecuánimemente preside, el que suscribe se encuentra en la absoluta necesidad de tener que renovar humildemente su demanda.

Muy agradecido por la benigna atención que V.E. sabrá dedicar a mi solicitud y excusándome profundamente por las molestias causadas a Sus Altas Funciones, me profeso su seguro servidor

Filippo Genuardi

*A Su Excelencia ilustrísima
Vittorio Parascianno
Prefecto de
Montelusa*

Vigàta, 12 de agosto de 1891

¡Excelencia ilustrísima y reverendísima!:

El que suscribe, Filippo GENUARDI, hijo de los difuntos Giacomo Paolo y Edelmira Posacane, nacido en Vigàta (provincia de Montelusa), el 3 de septiembre de 1860 y allí residente en Via Cavour, 20, comerciante en maderas, temerariamente se atrevió, con fecha 12 de junio del corriente año, es decir, hace exactamente dos meses, a someter a la magnífica generosidad, a la amplia comprensión y a la paterna benevolencia de Vuestra Excelencia la súplica de ser informado de los requisitos necesarios (documentos, certificados, atestaciones, testimonios, declaraciones juradas) para la formulación de una demanda tendente a obtener la concesión gubernamental de una línea telefónica para uso privado.

Sin duda, por un banal error, que ni de lejos el que suscribe sueña con imputar a la Real Administración de Correos y Telégrafos, al no haber recibido respuesta alguna se vio obligado, lamentándolo en extremo, a volver a importunar a Vuestra Excelencia con fecha 12 de julio del corriente año. Tampoco esta segunda vez le llegó la deseada respuesta.

Seguro de no merecer el desdeñoso silencio de Vuestra Excelencia, el que suscribe por tercera vez se prosterna, implorando Vuestra Augusta Palabra.

Muy agradecido por la benigna atención y disculpándome profundamente por la molestia causada a Vuestras Altas Funciones, me profeso de V.E. su seguro servidor

Filippo Genuardi

P.S. Como V.E. podrá deducir de la comparación de esta carta mía con las dos que la han precedido, en las demoras de la gestión mi llorada Madre ha sido llamada por el Señor y, por eso, el que suscribe se ha trasladado al apartamento de ella, que había quedado libre, ubicado justamente en Via Cavour, 20.

Gentilísimo contable
Rosario La Ferlita
Piazza Dante, 42
Palermo

Vigàta, 30 de agosto de 1891

Queridísimo Sasà:

Precisamente ayer por la tarde, mientras estábamos en el círculo, don Lollò Longhitano empezó a hablar (es más, a hablar mal) públicamente de ti. Sostenía don Calogero que tú, después de haber perdido en el juego con su hermano Nino nada menos que dos mil liras, habías desaparecido de la circulación. Don Lollò afirmaba que es sabido que las deudas de juego deben pagarse dentro de las veinticuatro horas, pero que tú, contando hasta las ocho de la tarde de ayer, te habías tomado dos mil quinientas setenta y dos horas. Conociendo bien al comendador Calogero Longhitano, es mejor no estar cerca de él cuando se cabrea (y ayer por la tarde echaba humo), me permití intervenir en nombre de nuestra vieja amistad. Al hacerlo, sabía el riesgo que corría: es peligroso contradecir a don Lollò, con él no valen chanzas. Pero el sentimiento de nuestra amistad fue más fuerte. Con mucho donaire, pero igual firmeza, le recordé que tú eres universalmente conocido como una persona siempre dispuesta a hacer honor a sus compromisos. A pesar de su respuesta (que no te transcribo para no causarte dolor), añadí que tú estabas en Nápoles desde hacía dos meses, ingresado en un hospital, por una grave afección pulmonar. En este punto don Lollò me preguntó la dirección del hospital y, de algún modo, yo conseguí eludir la respuesta. De vuelta a casa, tuve que beber tres copas de coñac francés y cambiarme la camisa sudada: enfrentarse con el comendador puede equivaler, a veces, a un suicidio. Sin embargo, estoy seguro de que don Lollò volverá a la carga para conocer tu dirección: quiere hacerte escupir esas dos mil liras que le birlaste a su hermano. Esperemos que yo, con ánimo firme, pueda seguir ocultándole tu verdadera dirección, que tú has querido revelarme como garantía de férrea amistad. Con la presente quiero pedirte un favor insignificante, que, desde luego, no querrás negarme considerando lo que he hecho y me propongo hacer por ti. Deberías rogarle a tu hermano Giacomino, o como se llame aquel que está empleado en la Prefectura de Montelusa, que solicite una respuesta a tres cartas enviadas por mí a ese grandísimo cornudo del prefecto Parascianno.

En la última poco faltó para que le lamiera el culo a ese napolitano de mierda. Sólo deseo informaciones para la concesión de una línea telefónica, no le estoy pidiendo el coño de su hermana.

Procura espabilarte.

Tuyo

Pippo Genuardi

Contable
Rosario La Ferlita
Piazza Dante, 42
Palermo

Vigàta, 20 de septiembre de 1891

Queridísimo hermano Sasà:

¿Puede saberse en qué líos quieres meterme? ¿Quieres mi completa ruina? Tú sabes los sacrificios que hago para mantener a nuestros padres y pagar las mensualidades de tus deudas, ¿y así me lo agradeces? ¿Será posible que continúes siendo siempre un cabeza hueca y un granuja?

Recibida tu carta, me dirigí al comendador Parrinello, jefe de gabinete de S.E. el prefecto, para agilizar el trámite de tu digno amigo Filippo Genuardi. Muy amablemente el comendador Parrinello me tranquilizó. Ahora bien, a la mañana siguiente me llamó a su despacho, me hizo cerrar la puerta con llave y me comunicó que el expediente de Genuardi estaba en las propias manos de Su Excelencia porque el asunto no carecía de importancia. El comendador quiso también especificarme que S.E. estaba alejado de la gracia de Dios y me aconsejó que me mantuviera apartado de toda la cuestión, que podía tener peligrosas consecuencias.

Retírate tú también de la partida, que sólo puede ser deshonesta. No me vuelvas a hablar de Filippo Genuardi.

Dentro de cuatro o cinco días te enviaré un giro de trescientas liras. Te abraza tu hermano

Giacomino

Querido Pippo:

Ésta es la carta que me ha enviado Giacomino. Todo lo que has obtenido es que mi hermano me eche un rapapolvo. Tú, hagas lo que hagas, haces daño. ¿No te basta con el velocípedo de motor? ¿No te basta con el fonógrafo Edison? ¿Ahora pierdes el tiempo con el teléfono?

Hace tres días me he mudado, ya no estoy en Piazza Dante, pero no te daré la nueva dirección para evitar que tú puedas encontrarte en una situación embarazosa con el comendador Longhitano.

Adiós, cornudo.

Sasà

*Ilustrísimo comendador
Calogero Longhitano
Vicolo Loreto, 12
Vigàta*

Fela, 1 de octubre de 1891

Reverenciado comendador:

Usted, en varias ocasiones, ha querido honrarme con su particular benevolencia, con actos y palabras que me distinguen entre la multitud de postulantes que cada día apelan a su gran corazón. Usted no puede ni siquiera sospechar cuánto esta consideración suya hacia mí me ha servido de acicate y consuelo.

La otra tarde, en el círculo de Vigàta, usted me llamó aparte para decirme que alguien le había dado la información de que Sasà La Ferlita había sido ingresado en un hospital de Nápoles por una afección pulmonar. Yo, si recuerda bien, inmediatamente desmentí la información: la historia del ingreso en el hospital había sido difundida aposta por Sasà La Ferlita para sustraerse a sus deberes. Y en aquella misma ocasión le comuniqué la verdadera dirección de La Ferlita, es decir, Piazza Dante, 42, Palermo. En aquel trance recordé una frase latina que mi añorada Madre me repetía en toda ocasión: «amicus Pilato, sed magis amica veritas».

Hallándome estos días en Fela por razones de trabajo, me encontré por casualidad con un amigo mío y de Sasà, quien me dijo que había sabido que La Ferlita se había mudado o estaba a punto de mudarse. Por eso, me apresuro a escribirle. Si usted quiere mandar a alguien a Palermo para convencer a Sasà de que pague la deuda contraída con su hermano Nino, es preciso que lo haga pronto.

Nuestro común amigo desconoce la nueva dirección de La Ferlita.

Créame devotísimo de usted y siempre a sus órdenes,

Filippo Genuardi

PS. Me entretendré aún en Fela hasta finales de semana, después regresaré a Vigàta. Perdóneme si oso hacerle un ruego. A mediados del mes de junio del corriente año presenté una instancia en la Prefectura de Montelusa para saber cuáles eran las diligencias necesarias para obtener la concesión de una línea telefónica.

Usted, que cuenta con amistades devotas, ¿podría solicitar una respuesta? He sabido por un amigo que S.E. el prefecto, cómo decirlo, recela, sin razón alguna, de mi solicitud. Usted me conoce bien, ¿quiere explicarles a los señores de la Prefectura que sólo soy un comerciante en maderas que tiene la intención de hacer un uso estrictamente privado de la línea telefónica?

Agradecido por su interés, que estoy seguro de que no faltará, créame una vez más devotísimo

Filippo Genuardi

REAL PREFECTURA DE MONTELUSA

El jefe de gabinete

*Al señor
Filippo Genuardi
Via Cavour, 20
Vigàta*

Montelusa, 7 de octubre de 1891

No hemos estimado oportuno dar respuesta a sus tres cartas de fecha 12 de junio, 12 de julio y 12 de agosto del corriente año porque es evidente que se trata de un manifiesto error de su parte.

En efecto, esta Real Prefectura no es una oficina de información, tanto más que ella no tiene nada que ver con la Real Administración de Correos y Telégrafos a la que habría debido correctamente dirigirse.

Aprovecho la ocasión para precisarle que el apellido de Su Excelencia el prefecto es Marascianno y no Parascianno, como usted se obstina en llamarlo.

El jefe de gabinete de S.E. el prefecto
(*Comendador Corrado Parrinello*)

(Confidencial)

*Al Gran Oficial
Arrigo Monterchi
Real comisario de
Montelusa*

Montelusa, 10 de octubre de 1891

¡Egregio colega y amigo!:

Ayer por la tarde, en el curso de la magnífica recepción privada que nos ofreció Su Excelencia Reverendísima Monseñor Gregorio Lacagnina, nuevo Obispo y Pastor de Montelusa, desde luego inspirado por el Cielo, me atreví a mencionarle, aunque sea en líneas muy generales, el estado de turbación que en estos últimos meses me ha atenazado sea por motivos estrictamente familiares sea por razones inherentes al alto cometido que me ha sido impuesto de Representante del Estado Italiano en ésta, permitidme que lo afirme por más que me duela, desheredada y malvada provincia de nuestra Bienamada Italia. Por lo que atañe a mis dramáticas vicisitudes podría, si vos no fuerais bergamasco sino napolitano como yo, resumíroslas escribiéndoos cinco números seguidos (59, 17, 66, 37 y 89) y vos tendríais una clara e inmediata visión de lo acaecido.

Mi segunda esposa (Eleuteria, mi primera consorte, falleció hace diez años de cholera morbus), que se llama Agostina, mucho más joven que yo, muy pronto me fue infiel (59) con un falso amigo (17) perpetrando a mis espaldas una odiosa traición (66). Al haber sido trasladado de Salemo a Montelusa, ella, obstinada desleal, para no dejar a su amante, se fugó (37), haciéndose inencontrable (89).

No hay quien no vea, entre los pocos a los cuales me he confiado, en estas amarguísimas vicisitudes las causas profundas de un malestar y un desamor que me hacen difícil el cotidiano desempeño de la vida y del trabajo. Pero tanto da.

Por añadidura, a mi llegada a la Prefectura de Montelusa he encontrado la oficina presa de rumores, subterfugios, tramas, mentiras, sospechas e intrigas, todos tendentes a un único objetivo: hacerme cada vez más daño, porfiadamente.

Me ocurre, además, que considero la situación política de la isla (y particularmente de esta horrenda provincia) del todo semejante a un cielo cubierto de nubes espesas y amenazantes, precursoras de inminentes tempestades.

Como vos bien sabéis, turbulentos e insensatos agitadores bakunianos, malonianos, radicales, anarquistas y socialistas recorren libremente el País esparciendo por doquier a manos llenas la triste semilla de la revuelta y del odio.

¿Qué hace el diligente y atento campesino?

Cuando ve en el canasto colmado de apetitosas frutas una manzana podrida no

vacila y, al instante, la tira para que no extienda la infección y no se propague el contagio.

Por el contrario, alguien en las altas esferas piensa que no se deben tomar medidas que otros podrían estimar represivas; pero, entretanto, mientras se habla y discute, la mala semilla arraiga, echa sólidas pero, por desgracia, invisibles raíces.

De hecho, son muy hábiles en ocultar con frecuencia sus infames proposiciones bajo el aspecto de una convivencia civilizada.

A modo de ejemplo, mirad estas tres cartas de un tal Filippo Genuardi, cuya copia os adjunto.

Desde hace tres meses no me dejan pegar ojo. ¡Qué malicia! ¡Qué temeraria mofa!

¿Por qué, me he preguntado, se emperrea en llamarme Parascianno cuando mi apellido es Marascianno?

He reflexionado largamente sobre ello, a veces descuidando los deberes de mi cargo, lo confieso, pero al fin he conseguido entenderlo.

Este ignominioso individuo, al cambiar la «m» de mi apellido por la «p», en realidad, actúa con sorna. Eh, sí, porque en nuestro dialecto el término *parascianno* (o a veces *paparascianno*) se refiere a los que están chochos. Y vos también sabréis que suele denominarse así a una persona considerada vieja y pesada.

Pero, hasta aquí, transeat.

Genuardi, sin embargo, en su luciferina malicia, no satisfecho con la alusión, continúa hasta la ofensa sangrienta.

En la jerga más trivial en uso entre la mala vida napolitana con *parascianno* (o *paparascianno*) se define a un miembro viril de proporciones animalescas.

En conclusión, este ignominioso individuo, con el cambio, en apariencia inocente, de una consonante, ¡acaba llamándome «grandísimo c...!».

Y aún más: ¿por qué de carta en carta acentúa un manifiesto servilismo hacia mi persona?

¿A qué apunta? ¿A qué emboscada me está arrastrando?

Estoy aquí para implorar vuestra generosa ayuda. ¿Podrías pedir información sobre las orientaciones políticas de este Genuardi a algún subordinado vuestro de Vigàta?

Yo, por mi parte, haré lo mismo con la Benemérita.

Agradecido, y con sincera amistad de vuestro devotísimo

Vittorio Marascianno

P.S. Como habréis advertido, desde luego, con vuestra gran inteligencia y sutileza, aposta he preferido no emplear papel con membrete de la Real Prefectura. Por tanto, os ruego que, si me respondéis, lo hagáis tomando la misma precaución.

(Confidencial)

*Ilustrísimo comendador
Corrado Parrinello
Viale Cappuccini, 23
Montelusa*

Montelusa, 15 de octubre de 1891

Respetabilísimo comendador:

Mi insustituible predecesor, el añorado Gran Oficial Emanuele Filiberto Bàrberi-Squarotti, al hacerme entrega del mando de la Real Jefatura de Policía de Montelusa, de manera totalmente privada, tuvo a bien magnificar a Su Persona como digna de toda confianza y siempre preparada para la discreta colaboración con nuestra oficina en el supremo interés del País.

Afortunadamente, hasta ayer, no he tenido necesidad alguna de dirigirme a usted, abusando de su generosa disponibilidad. Pero ahora me veo en la obligación de comunicarle una cuestión de celosa delicadeza, respecto a la cual necesito de su ilustrado consejo para actuar, eventualmente, juntos.

He recibido de su superior, el prefecto de Montelusa Vittorio Marascianno, una carta confidencial adjuntando tres cartas enviadas a él por un tal Filippo Genuardi, de Vigàta.

En estas tres cartas Su Excelencia percibía mofa, insulto y secreta amenaza.

Francamente, con absoluta sinceridad, no he encontrado en tales misivas nada semejante.

El tono de la carta de Su Excelencia, en cambio, me ha alarmado bastante porque deja entrever un estado de ánimo, ¿cómo decir?, excitado y peligrosamente proclive a dar cuerpo a inexistentes sombras.

Usted comprende que, en un momento político tan delicado como el presente, una autoridad no perfectamente equilibrada, no completamente dueña de sí y de sus actos, puede representar un serio fallo, precursor de imprevisibles evoluciones.

Usted, por tanto, tiene la obligación, el *deber*, de hablarme de ello.

He tomado la precaución de escribirle a su dirección particular.

Venga a verme lo antes posible.

Con la más alta consideración,

Arrigo Monterchi

*Al señor comisario
de
Montelusa*

Montelusa, 18 de octubre de 1891

Objeto: *Filippo Genuardi*

FILIPPO GENUARDI (apodado Pippo): hijo de los difuntos Giacomo Paolo y Edelmira Posacane, nacido en Vigàta el 3 de septiembre del año 1860 y allí residente en la casa materna sita en Via Cavour, 20.

Durante mucho tiempo ocioso, viviendo a costa de su madre viuda, desde hace tres años comercia en maderas.

Desde hace cinco años está casado con Gaetana (apodada Taninè) Schilirò, hija única de Emanuele (apodado don Nenè) Schilirò, comerciante en azufre, propietario de la mina Tagliacozzo, sita en la provincia de Caltanissetta, y de un establecimiento para el refinado del azufre, sito en Vigàta, Via Stazione Nuova.

Emanuele Schilirò es considerado, con razón, el hombre más acomodado de Vigàta. Tras quedar viudo, hace seis años se ha vuelto a casar con Calogera (apodada Lillina) Lo Re, de treinta años, hija de un comerciante en azufre de Fela. El matrimonio, evidentemente concertado por interés entre el anciano Schilirò (de sesenta y dos años) y la joven Lo Re suscitó comentarios maliciosos en el pueblo, muy pronto acallados por el comportamiento irreprochable de la joven señora. La oposición de Emanuele Schilirò al compromiso de su única hija con un muerto de hambre como Genuardi fue feroz; pero todo fue en vano y debió doblegarse ante la ciega obstinación de su hija, que hasta intentó suicidarse arrojándose al mar. Con la dote de su esposa, Genuardi empezó a llevar una vida dispendiosa y pudo abrir un almacén de maderas. Las relaciones entre Schilirò y su yerno se mantienen dentro de los límites de la obligada frecuentación. Pero debe añadirse que muy a menudo la señora Genuardi se ve forzada a interceder ante su padre a causa de las alternas fortunas comerciales de su marido.

En otras palabras, si Genuardi no estuviera respaldado por su suegro, habría quebrado hace rato.

Genuardi, en los primeros tiempos de su matrimonio, no se abstuvo, por supuesto, de mantener relaciones adulterinas de duración variable. Entre otras cosas, se sabe que Genuardi, en la misma noche de bodas, tras pasar algunas horas con su esposa, se dirigió en carroza al Albergo Gellia de Montelusa y tuvo trato carnal con una bailarina de variedades hasta el amanecer. Debe destacarse, sin embargo, que desde

hace al menos dos años, parece que Genuardi haya sentado la cabeza; en efecto, mantiene una conducta intachable, no se le conocen mujeres y ya no practica fugaces entretenimientos. La esposa siempre ha ignorado estas escapaditas; ella, además, tiene una excelente relación con la segunda esposa de su padre, casi coetánea suya. Genuardi ha entibiado la amistad que fraternalmente lo unía al contable Rosario (apodado Sasà) La Ferlita, verdadera sentina de todo vicio, oveja negra de una estimada familia. Su hermano Giacomo (apodado Zagaglino, por una leve tartamudez) es un valeroso empleado de la Real Prefectura de Montelusa.

El suegro de Genuardi, quizá valorando poco sincero el arrepentimiento, ha hecho contratar en el almacén de Genuardi a un viejo hombre de confianza suyo, un tal Calogero Jacono (apodado Caluzzè 'a ficazzana), que se lo cuenta todo.

No aparece nada sobre Genuardi en el Fichero Judicial. Por tanto, no tiene antecedentes penales.

Hay que señalar que, con fecha 5 de marzo del corriente año, en la localidad de Inficherna, Genuardi atropelló al pastor Anselmo Lococo (apodado Sesè pedi di chiummu, pie de plomo, por su lento andar) causándole la fractura del brazo izquierdo y la pérdida de dos cabras del rebaño. Lococo, sin embargo, fue persuadido de no presentar denuncia a causa de una espléndida indemnización rápidamente ofrecida por el señor Emanuele Schilirò.

Genuardi conducía un velocípedo de motor de marca Panard y Levassor, que compró en París por una cifra altísima al tratarse prácticamente de un modelo único. Siempre en París, adonde se había dirigido con su mujer con ocasión de la Exposición Universal de 1889, compró también un fonógrafo Edison con un rodillo de cera que permite oír música si uno acerca el oído a un anexo tubo conductor.

No señalo todo esto para chismorrear en vano, sino para poner en evidencia las acciones, a menudo por lo menos estafalarias, de Genuardi.

Las ideas políticas de Genuardi son inexistentes. Vota siempre siguiendo las indicaciones de su suegro, que es un hombre de orden. Nunca ha expresado una opinión en público.

Sinceramente

El delegado de policía de Vigàta
(*Antonio Spinoso*)

COSAS DICHAS UNO

A

(*Giacomo La Ferlita—Pippo*)

—¿Por qué me ha traído aquí abajo, eh, señor La Ferlita?

—Porque éste es el viejo archivo de la Prefectura, nadie pone los pies aquí. Y no pueden vernos. No quiero tener relaciones con usted. ¿Acaso mi hermano Sasà no se explicó bien, señor Genuardi?

—Su hermano se explicó muy bien. Quizá incluso demasiado.

—¿Y entonces por qué viene a provocarme en la Prefectura? Soy un hombre respetado, ¿sabe?

—Pero ¿se puede saber qué coño os ha picado a todos vosotros, los de la Prefectura, en mi contra? ¿Qué hice, ni que hubiera meado fuera del tiesto?

—¿Y a mí me lo pregunta? ¡Es usted quien conoce la que armó! ¡Y sepa que no me gusta oír palabrotas groseras!

—¿Qué armé? ¡No armé nada! Escribí tres cartas al prefecto pidiéndole una información y él se lo tomó a mal.

—No creo que sea sólo eso. El comendador Parrinello me pareció seriamente preocupado.

—¡A tomar por culo él y Su Excelencia!

—Escuche, ya le he dicho que las palabrotas...

—Está bien, le pido perdón. Paso al motivo de mi visita. No estoy aquí por mí, señor Giacomino. Estoy aquí por su hermano Sasà.

—Olvídese de Sasà.

—¡No puedo! ¡Ojalá pudiera! ¡Es un deber de amistad!

—Escuche...

—No, basta, escúcheme usted a mí. Debo advertirle a Sasà que hay alguien que lo busca para escarmentarlo.

—¿Por qué?

—¿Ahora se me hace el inocente? ¿No sabe que su hermano Sasà ha jodido a medio mundo? ¿No sabe que le debe pasta a toda Sicilia?

—Lo sé. Pero está saldando regularmente sus deudas. Que tengan paciencia y antes o después se les devolverá su dinero.

—¡Pero no me haga reír que me duele el estómago! Por tanto, ¿usted no está al corriente de que su hermano Sasà, birlando dinero a diestro y siniestro, sin consideración, como sea, le birló dos mil liras a Nino Longhitano, hermano del comendador don Lollò?

—¡Oh, coño! ¡Oh, carajo!

—¿Qué, habla de manera soez? ¿Dice palabrotas, ahora?

—¿Justo al hermano de don Lollò Longhitano tenía que ir a birlarle dos mil liras

este desventurado de Sasà? Pero yo me pregunto y digo: hermano bendito, ¿justo donde hay fuego vas a meter el pie?

—¿Qué quiere? Él es así. Ahora bien, usted sabe perfectamente que el comendador Longhitano es una persona con la que no se bromea, quiere que su hermano Nino sea respetado. Yo, de Sasà, tengo la vieja dirección de Palermo, la de Piazza Dante, la nueva no ha tenido tiempo de dármela. Si espero a que él me la escriba, quizá sea demasiado tarde.

—¡Oh, Virgen santa! ¿Demasiado tarde para qué?

—Para lo que ha entendido correctamente. El comendador Longhitano no sólo hará que lo escarmienten, ¡sino que quizá le sacará los vicios de una vez y para siempre! Depende de usted, querido señor Giacomino La Ferlita, tener o no sobre su conciencia la vida de su hermano.

—Está bien, hoy mismo le escribiré.

—¿Qué dice?

—Le escribiré.

—Pero ¿usted dónde tiene la cabeza? ¡Coja la pluma y escriba! En primer lugar, no se sabe cuándo le llegará la carta, ¿tengo razón? Quizá de Vigàta a Palermo tarde una semana. Y será demasiado tarde. Y después, cuando el hecho ya esté consumado y vengan los carabineros para la inspección ocular, descubrirán su hermosa cartita de advertencia. En este punto, usted se despide de su carrera en la Prefectura. En cambio, si usted se decide a decirme dónde coño está Sasà, cojo el tren y voy a verlo. Cuidado, señor La Ferlita: estoy poniendo mi vida en peligro para ayudar a Sasà. Persuádase.

—Está bien. Mi hermano Rosario vive en Corso Tukory, siempre en Palermo. En el número 15, donde la familia Bordone.

—¿Y para eso hacía falta tanto? ¿Por dónde carajo se sale de este laberinto?

B

(Comisario—Comendador Parrinello)

—Le agradezco, querido comendador Parrinello, que haya acogido con tanta prontitud mi invitación.

—Es un deber, señor comisario.

—Voy al meollo del asunto. No le oculto que me quedé muy impresionado por la carta que Su Excelencia el prefecto Marascianno me ha enviado. Véala usted mismo.

—Ya la conozco. El señor prefecto se digna dejarme leer todo lo que escribe. Incluso sus poesías.

—Por Dios, ¿escribe versos?

—Sí, señor. A su pobre difunta esposa.

—La primera.

—¿Cuál primera, disculpe?

—La primera esposa, ¿no? La que ha muerto. La segunda, en cambio, se ha escapado con un fulano.

—Perdóneme, señor comisario, no entiendo. Que yo sepa, Su Excelencia ha contraído matrimonio una sola vez. Y después ha permanecido viudo.

—¡Pero si me lo ha escrito! ¿La ha leído o no la ha leído esta bendita carta?

—Démela un momento. No, esta carta no me la ha enseñado. Está claro que ha escrito una y enviado otra.

—¿Ponemos un poco de orden? ¿Según usted esta historia de la segunda esposa desleal es una invención?

—Diría que sí. A mí, de todos modos, siempre me ha dicho que había permanecido viudo y basta.

—Escuche, no nos hundamos más en este asunto. Haré que lleven a cabo indagaciones y lo aclararemos. Entretanto esta fantasía de una hipotética esposa traidora no hace más que añadir leña al fuego.

—Eh, claro.

—¿En la oficina, cómo se comporta?

—¿Qué puedo decirle? Está tranquilo dos o tres días y luego, de golpe, revienta.

—¿Cómo?

—Estalla. Literalmente se pone a dar los números. A veces conmigo se expresa por medio de los sueños, no usa palabras.

—¿Quiere decir que se comunica empleando la mímica facial?

—No, señor comisario, por sueño aludimos, cómo decirle, a la cábala. Y yo, para entenderlo, me valgo de un precioso volumencito del caballero De Cristallinis, impreso en Nápoles hace unos veinte años. El libro de los sueños, justamente.

—Oh, Dios mío. Escuche, los postulantes, aquellos que van a entrevistarse con el

prefecto, ¿han tenido ocasión de intuir algo?

—Alguno, por desgracia, sí, por más que yo estoy atento guardándole las espaldas. Cuando me percató de que no tiene un buen día, encuentro excusas y me desdigo de los compromisos. Pero no siempre lo logro. Por ejemplo, no he podido hacerlo con el general Dante Livio Bouchet y con el Gran Oficial Pipìa, presidente de nuestro Tribunal.

—Por tanto, estos señores, desde luego, se habrán dado cuenta de que... ¿Dice que no?

—No. Mire, por lo que se refiere al presidente Pipìa, no hay que preocuparse en absoluto. ¿Sabe?, el presidente se reunió con Su Excelencia Marascianno cuando eran las cuatro de la tarde.

—¿Y con eso, qué?

—¿Usted conoce al presidente Pipìa?

—Lo he visto dos veces.

—¿A qué hora, perdóneme?

—Déjeme pensar. Las dos veces por la mañana. Pero ¿qué importancia tiene la hora?

—Es importante. El presidente Pipìa, en la mesa, vacía las damajuanas. ¿Capta la idea?

—Para nada.

—El presidente bebe demasiado. Empina el codo, como se dice por su tierra.

—Menos mal que los procesos se celebran por la mañana.

—No siempre. El año pasado hubo uno inmediatamente después del almuerzo y quería hacer condenar a uno que había robado tres patatas, digo el número tres, a trescientos años de chirona. Cien por patata.

—¿Y cómo acabó?

—A carcajadas, señor comisario. Todos, el fiscal y los abogados, fingieron que el presidente había querido hacer una broma.

—Por tanto, sólo quedaría el general Bouchet.

—¿Usted lo conoce?

—Me lo presentaron el año pasado con ocasión del desfile militar. Intercambié dos palabras con él.

—Perdóneme, pero no es posible. Usted habrá hablado y el general se habrá limitado a refunfuñar algo. El general no habla, refunfuña, farfulla, como se dice por aquí. ¿Y sabe por qué lo hace?

—No tengo ni la más remota idea.

—Porque es sordo como una tapia. Al no responder, está a salvo. El general le preguntó a Su Excelencia: «¿Cómo va la situación en la provincia?». Entonces el prefecto, dado que tocaba la jornada, respondió: «Es 43», que quiere decir tensa, nerviosa. El general debió de entender «no hay de qué» o algo similar y se atusó los bigotes satisfecho.

—¿Qué podemos hacer, comendador?

—Por desgracia, yo no puedo más que abrir los brazos.

—Y yo ni siquiera puedo abrirlos porque se me han caído. Hagamos así: pensemos en ello algunos días y luego tomamos una decisión. Pero entretanto, se lo ruego, mantengámonos en estrecho contacto.

—A su disposición, señor comisario.

C

(*Don Nenè—Caluzzè*)

—Con la bendición de vucencia, don Nenè.

—Te saludo, Caluzzè.

—Vucencia me perdona si vengo a molestarlo en su despacho, quizá vucencia esté ocupado.

—En este momento no tengo nada que hacer, Caluzzè. ¿Pasa algo?

—Sí, señor.

—¡Ay, ay! ¿Qué nueva tontería ha hecho Pippo, mi yerno?

—No, señor, don Pippo Genuardi recientemente no ha hecho tonterías. Pero dado que vucencia quiere que le cuente todo lo que sucede en el almacén de don Pippo, su yerno, debo comunicarle que ha recibido una carta de la Prefectura de Montelusa.

—¿Pudiste leerla?

—Sí, señor. Dado que don Pippo debió partir hacia Fela, tuve todo el tiempo necesario para leerla. Tardé sólo una semana.

—¿Qué decía la carta?

—La carta decía que su yerno, don Filippo, en vez de dirigirse a la Prefectura debía escribir a Correos y Telégrafos. En resumen, había cometido un error.

—¿Y qué caray quiere de Correos y Telégrafos?

—La concesión de una línea telefónica.

—¿Estás seguro de que leíste bien?

—Pongo las manos en el fuego.

—¿Y para qué quiere Pippo un teléfono? ¿Con quién quiere hablar ese grandísimo degenerado?

—En la carta no lo decía.

—Pues hay que estar atentos, muy atentos. Sigue vigilándolo, Caluzzè, no lo pierdas de vista. Cuéntame cualquier cosa, hasta la más mínima.

—Vucencia no lo dude.

—Toma, Caluzzè, coge.

—Pero ¿por qué se molesta vucencia?

—Coge, Caluzé. Y te lo encomiendo: mantén los ojos bien abiertos.

D

(Pippo—Taninè)

—Taninè, tenemos que hablar.

—Primero come, Pippo, y después hablamos. ¿No ves? Te he hecho las delicias que tanto te gustan. Bacalao a la cazuela y coles en vinagre.

—Perdóname, Taninè, pero no puedo comer nada de nada. Tengo un nudo en el gaznate, la comida no me pasa por la garganta.

—¿Qué pasa? ¿Estás resfriado? ¿Te estás constipando? ¡No me hagas preocupar, Pippù!

—No es una enfermedad del cuerpo, Taninè, sino del alma. Escucha, es mejor que me vaya a acostar.

—¿De verdad que no puedes comer?

—¡Nooo! ¿Quieres que te lo cante con música?

—Está bien. Si tienes que hablarme, habla.

—Taninè, necesito ayuda.

—Aquí estoy.

—Tienes que hablar con tu padre, con don Nenè.

—¿Y qué tengo que decirle?

—Que pasamos apuros.

—Eh, no, Pippù, no quiero volver a hablar de pasta con mi padre. ¡Sólo el Señor sabe cuánto me costó pedirle la pasta para el velocípedo de motor que se te había metido en la cabeza comprar! ¿Sabes qué me dijo papá cuando me dio la pasta?: «Ésta es la última vez, díselo a ese gandul desvergonzado de Pippo, tu marido». Así, tal cual, me dijo.

—¿Desvergonzado? ¿Gandul? ¡Pero si me rompo los huesos de la mañana a la noche en ese hediondo almacén de maderas! ¡Hediondo, sí señor! ¡Si tú hubieras visto, en Fela, el almacén de los hermanos Tanterra! ¡Ése sí! ¡Tres empleados y cinco dependientes! ¡Maderas que vienen de Canadá, de Suecia! ¡Yo me tengo que conformar con cuatro tablas de las Madonie y con un guardalmacén inútil como Caluzzè 'a ficazzana! ¡Siento que me ahogo! ¡Necesito crecer! ¡Progresar! ¡Por eso tienes que hablar con tu padre!

—¡Y dale! ¡No, señor, no hablaré! ¿Sabes qué me responderá?: «Si Pippo necesita pasta, que coja el velocípedo de motor y lo venda. Seguro que encontrará a otro necio que se lo compre».

—¡Pero os habéis vuelto locos tu padre y tú! ¡El velocípedo es representativo, da prestigio! ¿Sabes qué ocurrió en Fela cuando llegué motorizado? ¡La de san Quintín! ¡El teatro de títeres! ¡Todos a mi alrededor mirándome! ¡Hasta los hermanos Tanterra salieron del almacén con la boca abierta! Si lo pongo en venta, dirán que estoy a

punto de quebrar, con el agua al cuello.

—Pero ¿la pasta no te la puede prestar el banco?

—Ya lo ha hecho, pero ahora quiere que se la devuelva. No hablemos más, Taninè. Me voy a acostar, espero coger el sueño. ¿Tú qué haces, vienes?

—Levanto la mesa, me lavo un poco, rezo y vengo. Espérame despierto.

...

—Ah dios ah dios dios dios dios qué hermoso ah dios dios más más más ah dios así así así sí sí sí síí me muero me muero me muero estoy muerta sigue Pippù sigue Pippù oh dios oh dios ¿qué haces, por qué te paras?

—Estoy harto, cansado.

—¿Qué haces, la sacas? ¿La sacas? No no no por favor métela métela Pippù así así oh dios oh dios así toda toda otra vez otra vez oh dios dios...

—¿Hablarás con tu padre, zorra?

—Sí sí sí hablaré hablaré dime otra vez zorra.

E

(*Pippo—Comendador Longhitano*)

—¡Pippo Genuardi! ¿Me permite una palabra?

—¡Comendador Longhitano! ¡Qué feliz y afortunada coincidencia! Precisamente venía a verlo a usted.

—Y yo lo estaba buscando a usted. Así que estamos empatados.

—¡Qué bromista es usted, comendador! Nunca podré estar empatado con usted, usted siempre será superior a mí, yo soy una hormiga en comparación.

—¿Hablo primero yo o habla usted?

—Usted, comendador. Como debe ser.

—Pues... La información que usted quiso amablemente proporcionarme la otra noche mientras estábamos en el círculo, resultó correcta. Mandé a dos amigos míos a Palermo, a la dirección de Piazza Dante. Pero llegaron tarde, no lo encontraron, se había mudado, como, por lo demás, usted me había advertido en su carta desde Fela. Ninguno de los vecinos supo decir a mis amigos adonde había ido a esconderse el contable, como buena rata de alcantarilla que es. Paciencia. No obstante, quiero agradecerle igualmente... A propósito, ¿le respondieron de la Prefectura?

—Sí, comendador.

—¿Y a qué se debe esta carcajada? ¿Me hace el favor de explicármelo? Cuando alguien se me ríe en la cara y no puedo explicarme el motivo, me pongo nervioso.

—Discúlpeme, comendador, le pido perdón.

—Querría hacerle saber que el hecho de que mis amigos no hayan encontrado a nuestro contable no significa que la partida esté acabada. Porque, vea, a mí nadie me toca las narices, nadie me escupe encima. Y la nariz de mi hermano Nino, que es una persona muy querida, es mi propia nariz. ¿Me explico?

—Perfectamente.

—No es por las dos mil miserables liras que Sasà La Ferlita le ha birlado a mi hermano, sino por el ejemplo. ¿Me entiende?

—Cómo no. Al vuelo.

—Muy bien. Por tanto, si usted por casualidad se entera de adonde se ha trasladado ese grandísimo hijo de puta, tiene la obligación de informarme.

—Comendador, usted quiere ofenderme sin motivo. Yo conozco mi obligación sin que usted me la recuerde. ¿Se acuerda de que hace un momento me reía? Me reía porque usted no me ha preguntado la razón por la que lo estaba buscando.

—¿Y cuál es...? Explíquese mejor.

—Hay poco que explicar. Contable Rosario La Ferlita. Donde la familia Bordone. Corso Tukory, 15. Palermo.

—¿Está seguro?

—Se lo juro sobre el Evangelio.

—Entonces mire: nosotros no nos hemos visto, no hemos hablado. En su propio interés. Le debo una.

—Comendador, disculpe la pregunta. ¿Usted conoce a alguien en Palermo que trabaje en la Administración de Correos y Telégrafos? Mire, hace unos diez días he presentado una solicitud...

COSAS ESCRITAS DOS

*Al señor comisario
de
Montelusa*

Vigàta, 25 de octubre de 1891

Objeto: *Motes*

A propósito del informe que usted me solicitó y que yo rápidamente le envié sobre Filippo Genuardi, de Vigàta, usted me reprocha que me deleite en lo superfluo. Y me reproduce, como indicación, mi puntual transcripción del mote correspondiente a cada nombre citado.

Hago propósito de enmienda, y le prometo que de ahora en adelante me atenderé a sus órdenes.

Siento, no obstante, la necesidad de aclararle el sentido de mi acción.

La mayor parte de los sicilianos debidamente registrada en el Registro Civil con nombre de pila y apellido, en la realidad es apelada desde el nacimiento con un nombre diferente.

Un tal Filippo Nuara, pongamos por caso, será llamado por todos, empezando por sus padres y parientes, Nicola Nuara. Este nombre convencional, a su vez, será cambiado por el diminutivo de Cola Nuara.

En este punto comenzarán a coexistir dos personas distintas. Una, Filippo Nuara, sólo tendrá existencia en los documentos legales; la otra, Cola Nuara, tendrá, en cambio, una absoluta vida real. En común, los dos tendrán sólo el apellido.

Cola Nuara, sin embargo, muy pronto, será dotado de aquel que usted llama mote y que nosotros llamamos «injuria», sin que haya ninguna intención ofensiva. Si, supongamos, nuestro Cola Nuara cojea ligeramente, será inevitablemente «Cola u zoppu», o «Cola ticche tacche», o bien «Cola mare a prua», y así a continuación con una fantasía desenfrenada.

En este punto un desprevenido ujier del Tribunal de Montelusa tendrá muchas dificultades para hacer coincidir a «Cola Nuara u zoppu» con el Filippo Nuara al que debería entregarle una notificación.

Conozco a decenas de personas condenadas en rebeldía que no eran rebeldes: su identificación había sido ardua o incluso imposible.

Sólo en el momento de su muerte (ocurrida a la edad de noventa y tres años) el maestro de escuela Pasqualino Zorbo supo, con gran estupor, que en el registro civil se llamaba Annibale.

Mi colega el delegado de policía Antonino Cutrera, orgullo de todos nosotros por

la profundidad de su ingenio y con cuya amistad me honro, aventuró un día, razonando conmigo, una explicación para una costumbre tan difundida en la isla.

El uso de un nombre diverso del oficial, con el añadido de un mote («injuria») conocido sólo dentro de la restringida muralla de un pueblo, obedece a dos exigencias opuestas.

La primera es la del ocultamiento en caso de peligro: con un doble (o triple) nombre se favorece el intercambio de personalidad, se genera un equívoco que favorece a quien es objeto de cualquier búsqueda. La segunda exigencia, por el contrario, es la de hacerse exactamente reconocible, en caso de necesidad, para evitar la confusión.

Le pido perdón por haberme extendido tanto.

Siempre a sus órdenes

El delegado de policía de Vigàta
(*Antonio Spinoso*)

*A Su Excelencia
el prefecto
Montelusa*

Vigàta, 2 de noviembre de 1891

Objeto: *Filippo Genuardi*

Obedeciendo su solicitud, el Puesto de los RR CC de Vigàta tiene el honor de comunicarle cuanto sigue referente al nombre en objeto:

Filippo Genuardi, hijo de los difuntos Giacomo y Edelmira Posacane, nacido en Vigàta el 3 de septiembre de 1860 y allí domiciliado en Via Cavour, 20, de profesión comerciante en maderas, resulta a todos los efectos *sin antecedentes penales*. No tiene cargos pendientes.

No obstante, se señala que Genuardi está desde hace mucho tiempo sometido, por parte de este Puesto, a una vigilante atención.

Después de años de excesos y degeneración, Genuardi, en los últimos tiempos, se ha arrepentido, a los ojos de la opinión pública, llevando una vida regular que no da lugar a escándalos o rumores.

Este Puesto, sin embargo, abriga la sospecha de que este arrepentimiento es sólo aparente, orientado a esconder maniobras secretas.

De hecho, Genuardi es un hombre de una ambición desmesurada, dispuesto a todo con tal de alcanzar sus fines. Le agrada, además, ponerse siempre en evidencia. Prueba de ello es, entre otras cosas, que se ha hecho enviar de Francia un carísimo velocípedo de motor que la Firma Panhard-Levassor, que lo fabrica, ha denominado «Phaëton». Este velocípedo tiene una capacidad de 2 C.V. (caballos de vapor); transmisión por correas y lámparas de acetileno. Su motor, que funciona a petróleo, puede alcanzar una velocidad de 30 kilómetros por hora.

A este Puesto le consta que en toda Italia hay sólo tres máquinas de este tipo.

No satisfecho con esto, Genuardi se ha hecho mandar, también desde Francia, una máquina que habla y canta, denominada, a la francesa, «phonograph Edison».

Genuardi, en consecuencia, por su nivel de vida, necesita mucho dinero que el comercio de maderas, desde luego, no puede proporcionarle. Él lo compensa, pero sólo en parte, recurriendo a menudo a la magnanimidad de su suegro, Emanuele Schilirò, rico y estimado comerciante.

Aparte de estas razones, este Puesto tiene motivos mucho más relevantes para continuar la vigilancia de la persona en objeto. En efecto, es incontrovertible que en su vivienda sita en Via Cavour, 20, nada menos que dos veces (con fecha 20 de enero

y 14 de marzo del corriente año), se ha reunido con los conocidos agitadores y alborotadores políticos Rosario Garibaldi Bosco, siciliano, contable, Carlo Dell'Avale y Alfredo Casati, estos dos últimos milaneses, obreros.

Este Puesto estima que, de momento, no debe procederse a su arresto al no haber disposiciones precisas al respecto.

Sinceramente.

Con su más distinguida consideración

El comandante del Puesto de los RR CC
(*Tte. Gesualdo Lanza-Turò*)

Oficina Regional — Via Ruggero Settimo, 32 — Palermo

*Egregio señor
Filippo Genuardi
Via Cavour, 20
Vigàta*

Palermo, 2 de noviembre de 1891

Egregio señor Genuardi:

Su nombre me ha sido señalado por mi querido amigo el abogado Orazio Rusotto que, a su vez, mantiene relaciones que sería poco llamar fraternales con el comendador Calogero Longhitano, de Vigàta.

Me apresuro, por consiguiente, a comunicarle cuanto sigue.

Las formalidades para la concesión gubernamental de una línea telefónica de uso privado, es decir, no comercial, son en general bastante largas y laboriosas, siendo precisa toda una serie de informaciones y de observaciones preliminares.

Como resultado de las cuales se podrá, pero sólo en caso afirmativo, iniciar la posterior instrucción. Trataré, dentro de los límites de los poderes discrecionales que me confiere mi cargo de director de esta oficina, de abreviar el recorrido del trámite.

Entretanto usted deberá hacerse expedir, en papel sellado, los siguientes documentos (le advierto que si falta uno solo de ellos se corre el riesgo de invalidar toda la gestión encauzada):

- 1) Acta de nacimiento
- 2) Libro de familia
- 3) Extracto de la ficha judicial
- 4) Declaración de la Oficina de recaudaciones municipal (o de la Delegación de hacienda de Montelusa) en la cual conste que está al día con sus deberes de contribuyente
- 5) Atestación de buena conducta moral y civil expedida por la Delegación de policía local
- 6) Certificado de ciudadanía italiana
- 7) Copia de la cartilla militar, con la firma debidamente legalizada del comandante del Distrito, de la cual se deduzca su situación respecto de las obligaciones militares
- 8) Certificado catastral que atestigüe que el apartamento (o la oficina) en el que quiere hacer instalar el aparato telefónico es de su propiedad o bien, en caso de alquiler:

Declaración con la firma legalizada del arrendador de la cual se desprenda que el apartamento (o el almacén o la oficina) le ha sido alquilado por un período no inferior a cinco años (5)

9) Declaración de aceptación (con firma autenticada ante notario) por parte de aquel (o aquella) en cuyo apartamento (o almacén u oficina) deberá instalarse el aparato receptor.

Esta administración proporciona equipos telefónicos Ader-Bell; aquéllos para uso privado carecen de conmutador, es decir, que el aparato receptor (y, a su vez, transmisor) sólo podrá ser activado por la llamada del aparato transmisor (y, a la vez, receptor). No es posible, por tanto, la llamada a otras líneas telefónicas.

El equipo, que necesita un espacio despejado en la pared de al menos 1,50 m de base por 2,30 m de altura, funciona con dos pilas. Una está destinada a formar el circuito que sirve para hacer sonar el timbre; la otra sirve para alimentar la corriente que circula por el aparato, del transmisor al receptor.

Si la instancia, después de nuestras verificaciones, sigue su curso, usted podrá presentar la solicitud ante S.E. el ministro previo cumplimiento de otras obligaciones que le haré conocer en tiempo y lugar.

Apenas hayamos recibido los documentos requeridos, vendrá a Vigàta uno de nuestros topógrafos para las estimaciones y los relevamientos de rigor. Viaje, comida y alojamiento del topógrafo son totalmente a su cargo. Él, sin embargo, debe extender el correspondiente recibo.

Me permito añadir, a título absolutamente personal, que abrigo la convicción de que nuestro topógrafo no se lo pasará nada mal en su desplazamiento: ¡me dicen que en Vigàta tenéis unas langostas que son la gracia de Dios!

Le ruego que salude calurosamente de mi parte al comendador Longhitano.

Atentamente, suyo

ADMINISTRACIÓN DE CORREOS Y TELÉGRAFOS
El director de la Oficina de Palermo
(*Ignazio Caltabiano*)

*Al Gran Oficial
Arrigo Monterchi
Real comisario
Montelusa*

Montelusa, 5 de noviembre de 1891

¡Estimadísimo colega y amigo!:

Habiendo hecho de la sinceridad absoluta mi norma de vida, no puedo ocultaros mi perplejidad y mi malestar al leer la copia de la nota informativa que os envió el delegado de policía de Vigàta y que vos amablemente me habéis remitido.

Opino, sinceramente, que está en curso una conjura en mi contra, urdida por el conocido Filippo Genuardi, conchabado con el delegado Antonio Spinoso (nombre que, de ahora en adelante, tendré muy presente).

Conjura en la cual, siento decirlo, también vos seréis implicado si dais crédito y avaláis con vuestra autoridad el mentiroso informe que os han hecho llegar.

¡66 — 6 — 43!

A las pruebas me remito.

Os adjunto el facsímil del informe que me ha enviado, siempre desde Vigàta, el comandante del Puesto de los Reales Carabineros, teniente Gesualdo Lanza-Turò, oficial de esplendorosa lealtad, descendiente de una Noble Familia que ha dado a la Patria Mártires y Héroe.

Del informe de la Benemérita, queda claro lo que yo había intuido, es decir, que Genuardi es un peligroso afiliado de esa secta de

sin Dios

“ Patria

“ Familia

“ Dignidad

“ Decoro

“ Honestidad

“ Arte ni parte

que se inspiran en el ateísmo y el materialismo.

Quedo a la espera, pues, de sus próximas actuaciones.

¡56 — 50 — 43!

Vittorio Marascianno
Prefecto de Montelusa

Montelusa, 5 de noviembre de 1891

Querido comendador Parrinello:

Por medio de una persona de toda confianza le envío este billete.

Esta mañana, he recibido una carta sencillamente disparatada en la cual quien usted ya sabe se atreve incluso a proferir oscuras amenazas en mi contra.

¿Quiere consultar ese libro que me ha dicho que tiene (me parece que se llama de los sueños) y explicarme el significado de estos dos grupos de números?

66/6/43

56/50/43

Responda al pie de este billete. Cuanto menos papel haya por ahí mejor es. ¿Podemos vernos pasado mañana?

Le agradezco. Suyo

Arrigo Monterchi

Ilustrísimo señor comisario:

Me apresuro a desvelarle el significado de los números

Primer grupo:

66 = conjura

6 = secreta

43 = socialista

Segundo grupo:

56 = guerra

50 = enemigo

43 = socialista

A sus órdenes para pasado mañana.

Atentamente

Corrado Parrinello

*Ilustrísimo doctor
Ignazio Caltabiano
Director de la Oficina de Correos y Telégrafos
Via Ruggero Settimo, 32
Palermo*

Vigàta, 6 de noviembre de 1891

Ilustrísimo director:

Aprovecho la venida a Palermo de un amigo mío para enviarle este modesto presente que, no se lo tome a mal, sólo quiere ponerlo a la par con el topógrafo que vendrá aquí. A la par, se entiende, sólo en cuestión de langostas fresquísimas que usted, espero, querrá saborear a mi salud.

Muy agradecido por la cortesía y la solicitud que me ha demostrado, tenga a bien aceptar mi debido respeto.

En cuanto lo vea, saludaré de su parte al comendador Longhitano. Usted agradezca de mi parte al abogado Rusotto, a quien no tengo el placer de conocer, su gentil interés.

Suyo

Filippo Genuardi

El prefecto

*Al egregio caballero
Artidoro Conigliaro
Subprefecto de
Bivona*

Montelusa, 6 de noviembre de 1891

Egregio caballero:

¡Me he enterado de una vasta y articulada conjura que, involucrando a altos representantes del Estado en esta provincia, pone en peligro la existencia misma de la Patria!

Como usted bien sabe, todo comenzó hace unos veinte años con la desdichada investigación promovida en Sicilia por Franchetti y Sonnino, investigación a la que el ilustrado Rosario Conti definió como «un espantoso atentado a la Unidad y a la Independencia de Italia» y que el periódico palermitano *Il Precursore* no vaciló en tildar de «obra peligrosísima porque ha propuesto la cuestión social atizando así la guerra civil y la guerra social».

Desde entonces estas dos guerras se acercan a grandes pasos, inexorablemente. ¡Querido y egregio amigo, estamos sentados sobre un barril de pólvora! Volvamos a la conjura. Me ha sido señalada la presencia, en nuestra provincia, de partidarios de la secta socialista, los cuales, provistos de misteriosos mejunjes y de malolientes ungüentos, infectan a nuestras laboriosas poblaciones. Provistos de minúsculas y fragilísimas ampollitas, ya en Favara han provocado una fuerte y difundida gripe complicada con cefalea, vómito y diarrea.

Ayer me llegaron noticias de que dos de estos desdichados, expertos químicos bajo la falsa apariencia de campesinos, estarían yendo hacia Bivona para trabajar en vuestra «Real Estación químico-agraria experimental» en la difusión de gérmenes adecuados para desencadenar una epidemia de afta.

Le señalo que dichos gérmenes son muy reconocibles: de color rojo intenso, cada uno de ellos posee 2.402 patitas. Es preciso tomar medidas para su destrucción porque tienen una enorme capacidad reproductiva.

Seguro de que usted, consciente del peligro, sabrá ser diligente y vigilante, lo aliento a la acción.

S.E. el prefecto
(*Vittorio Marascianno*)

*Al señor comisario
de
Montelusa*

Vigàta, 7 de noviembre de 1891

Adjuntándome copia del informe enviado por el teniente de los RR CC Gesualdo Lanza-Turò a Su Excelencia el prefecto de Montelusa me pregunta usted si tengo conocimiento de la confabulación de Filippo Genuardi con algunos conocidos agitadores políticos y, en caso afirmativo, por qué no he estimado oportuno señalarle este hecho. Estaba perfectamente al corriente de que los alborotadores Rosario Garibaldi Bosco, Carlo Dell'Avallè y Alfredo Casati se habían dirigido el 20 de enero y el 14 de marzo del corriente año a un apartamento de Via Cavour, 20, en Vigàta.

Como usted, desde luego, recordará, tanto el dimisionario Gobierno Crispi como el actual Gobierno Di Rudini, nunca han emitido órdenes de busca y captura contra los agitadores políticos que se limiten a expresar sus opiniones. Son perseguibles, como cualquier otro ciudadano, sólo en el caso de que cometan delitos contemplados por el Código Penal. En consecuencia, esta Delegación sólo se ha puesto en marcha para vigilar los movimientos de estos tres individuos y para hacer un informe de ello al entonces comisario en ejercicio, comendador Bàrberi-Squarotti. Las fechas de las dos visitas de los susodichos revolucionarios a Via Cavour, 20, son, tal como ha señalado el Tte. Lanza-Turò, absolutamente exactas.

Pero, si son exactas, se evidencia de inmediato que tanto en enero como en marzo, Filippo Genuardi aún no se había trasladado a Via Cavour, 20, sino que vivía en Via dell'Unità d'Italia, 73, en un apartamento alquilado.

De hecho, hasta el 1 de agosto del corriente año el apartamento de Via Cavour, 20, estaba habitado por la madre de Genuardi, Edelmira Posacane de Genuardi.

Tras la muerte de la señora, su hijo, con una absoluta falta de tacto, al día siguiente del funeral se instalaba en el apartamento con su mujer.

Es necesario decirle, en este punto, que la casa sita en Via Cavour, 20 se compone de dos apartamentos superpuestos. El de la planta baja está aún ocupado por la señora Antonietta Verderame, nacida en Catania hace noventa y tres años; el de arriba es la actual vivienda de Filippo Genuardi. Ahora bien, la señora Antonietta Verderame es la tía materna del alborotador Rosario Garibaldi Bosco, que abriga un tiernísimo afecto por ella. Encontrándose en Vigàta en los días 20 de enero y 14 de marzo del corriente año, no pudo resistirse a ir a verla las dos veces, después de haber comprado en la local pastelería Castiglione una docena de canutos de requesón de los cuales la señora Verderame, a pesar de su venerable edad, es muy golosa. Añado, para ser

precisos, que en la segunda visita los señores Dell'Avallè y Casati no entraron en el apartamento, limitándose a esperar a su compañero en el zaguán (ello se deduce de las colillas de cigarro dejadas en el lugar).

Por tanto, debo confirmar cuanto he declarado en mi anterior informe: Filippo Genuardi no tiene ideas políticas y aún menos contactos con insurrectos de ninguna clase.

Devotísimo de usted

El delegado de policía de Vigàta
(*Antonio Spinoso*)

Me entero en este preciso momento de que Filippo Genuardi ha sido encarcelado, según orden directa de S.E. el prefecto, por el Tte. Lanza-Turò.

¡Intervenga, por el amor de Dios!

Las motivaciones que han llevado a este arresto parece que son de naturaleza política; si es verdad, se trata de una acusación sin fundamento.

COSAS DICHAS DOS

A

(Comisario—Prefecto)

—¡Por enésima vez os repito que se trata de una solemne metedura de pata de vuestro Panza-Burro o como demonios se llame!

—¡Os prohíbo formalmente, señor comisario, que os expreséis así en relación al descendiente de una familia de héroes!

—Mirad, Excelencia, que también entre los héroes pueden encontrarse perfectos imbéciles. No es éste el problema, el problema es que hay que dejar en libertad a Genuardi, antes de que el orden público se vea perturbado por este arresto injustificado.

—¡Al contrario, mi deber es mantener el orden público! Sólo que yo veo mucho más lejos que vos. ¡Yo veo qué sucederá dentro de algunos meses, si se deja que estos canallas infecten a gusto! ¡12! ¡72! ¡49!

—Explicaos mejor.

—¡12: revuelta! ¡72: incendios! ¡49: homicidios!

—Mirad, señor prefecto. Desde luego, en principio, vos tenéis razón. Pero nosotros, como servidores del Estado, no podemos actuar por nuestra cuenta, debemos atenernos estrictamente a las instrucciones. ¿Estamos de acuerdo en esto?

—De acuerdo.

—Hasta hoy, no se han dado instrucciones de arrestar a los alborotadores. Por tanto, vos, actuando arbitrariamente, os ponéis en contra del Estado. Es decir, os convertís automáticamente en alguien que da apoyo a los alborotadores. No, no me interrumpáis. Yo no soy vuestro enemigo, al punto que estoy aquí para evitar que deis un paso en falso. Vos sois magníficamente clarividente, un águila es miope en comparación a vos, pero en este momento vuestra vista está ligerísimamente ofuscada por una cólera que es justa, sí, pero que corre el riesgo de comprometer...

—Gracias. Gracias. Gracias. ¿Dónde he metido el pañuelo?

—Tomad el mío. Vamos, Excelencia, ánimo, no lloréis.

—Es que al sentirme tan profundamente comprendido por vos... tan entendido... me conmueve... ¡Gracias, generoso corazón!

—Pero Excelencia, ¿qué hacéis?

—¡Dejad que os bese las manos!

—Excelencia, lo podréis hacer con comodidad, quizá mañana, con calma, en vuestra casa. Ahora es preciso que ordenéis la inmediata excarcelación en Vigàta.

—Dejadme veinticuatro horas para pensarlo.

—No. Hay que hacerlo en seguida.

—¿Me puedo fiar?

—Tenéis mi palabra. He aquí mi mano. ¡Oh, Jesús! ¡Dejad de besarla, venga!

Llamad a vuestro jefe de gabinete y decidle...

—En un instante. Se me ocurre una magnífica vía de escape. ¿Acabáis de referirme que en esa casa de Via Cavour, 20, vive la tía de Rosario Garibaldi Bosco?

—Sí. Una viejecita de noventa y tres años.

—Está bien, querido colega, me habéis convencido. Dejo en libertad a Filippo Genuardi...

—¡Dios sea loado!

—... y encarcelo a la tía.

B

(Comendador Longhitano—Gegé)

—Beso sus manos, don Lollò.

—Te saludo, Gegé.

—Don Lollò, arrestaron a Pippo Genuardi. Los carabinieri.

—¿Se sabe el por qué?

—Conspiraba.

—¿Qué hacía?

—Conspiraba contra el Estado.

—¿Conspiraba? ¿Pippo Genuardi? ¡Pero si Pippo Genuardi ni siquiera sabe qué coño es el Estado!

—Sin embargo, se conchabó con Garibaldi.

—¿Con Garibaldi? ¡Pero si ése hace de cadáver en Caprera desde hace diez años!

—Don Lollò, yo sólo se lo cuento.

—Está bien, Gegé, mantén los oídos bien abiertos y cuéntamelo todo. ¿Volvió Calogerino de Palermo?

—Sí, señor. Acaba de llegar. Fue a la dirección de Corso Tukory que usted le había dado, pero no encontró a ese cornudo de Sasà La Ferlita. Los que lo tenían en pensión dijeron que Sasà, algunas horas antes de que llegara Calogerino, había cogido armas y bagajes y había huido. Calogerino piensa que alguien le ha avisado.

—¿Ah, sí, eso piensa Calogerino? Y quizá no se equivoque. Escucha, mañana por la mañana, temprano, Calogerino y tú venid aquí. Quizá haya una explicación para que nunca consigamos coger a ese hijo de puta de Sasà La Ferlita.

(Comisario—Comendador Parrinello)

—¡Quería arrestar a la viejecita, eso quería! Me pasé toda la tarde para disuadirlo. Pero así no se puede continuar, en absoluto, es preciso tomar alguna iniciativa. ¡Me parte el corazón arruinar la carrera de un hombre de bien como el prefecto Marascianno, pero debo señalar esta grave situación a mis y a sus superiores! Se corre el riesgo de que haga algo irremediable. ¿Está de acuerdo conmigo, comendador Parrinello?

—Completamente, señor comisario. Pero mi consejo, dado que usted me lo pide, es esperar un poco más.

—¡No y no! ¡Después de lo que ha sucedido con Genuardi y que podía suceder con la viejecita, Marascianno es capaz de ordenar el arresto del primero que pase sólo porque lleva una corbata roja! Y al final terminaré yo de por medio. No, aquí hay que intervenir en seguida.

—Señor comisario, yo proponía esperar porque, desde luego, el problema será resuelto por otros y nosotros no lo tendremos sobre la conciencia.

—¿De qué otros habla?

—Me corrijo: será otro quien resolverá la cuestión.

—¿Quién?

—El caballero Artidoro Conigliaro.

—¿Y quién es?

—¿Cómo quién es? El subprefecto de Bivona, ¿no recuerda?

—Ah, sí, ya me acuerdo. ¿Y él estaría en condiciones de resolver la situación? ¿Está seguro?

—Pongo la mano en el fuego, señor comisario.

—Explíquese mejor.

—Vea, Su Excelencia me ha dejado leer una carta que ha enviado oficialmente al subprefecto. Pero me la ha dejado ver después de haberla expedido, por eso no he podido hacer nada para impedirselo.

—¿Qué decía la carta?

—Ponía en guardia al subprefecto. Le advertía de la llegada de dos propagadores de la peste que habrían contaminado la estación agraria experimental que hay en Bivona desencadenando una epidemia. Hasta le ha descrito cómo están hechos los gérmenes de la infección.

—¿Y cómo están hechos?

—Según Su Excelencia son de color rojo intenso y cada uno tiene más de dos mil patitas, no recuerdo el número exacto.

—¡Jesús! Pero, disculpe, ¿podría ser que este subprefecto, recibida la carta, la

guarde en un cajón, movido por nuestro mismo escrúpulo? ¿Dice que no? ¿Por qué?

—Porque Artidoro Conigliaro ni siquiera conoce el significado de la palabra escrúpulo.

—¡Estamos bien! ¡Estamos muy bien!

—Y además si pudiera ver a Su Excelencia desollado y puesto sobre una parrilla bailaríamos de contento.

—¿Hasta ese punto? ¿Por qué?

—Su Excelencia Marascianno, con alguna razón, le ha deslucido la hoja de servicios con sus observaciones. Prácticamente le ha jodido, me disculpo por la palabra, la carrera.

—Por tanto, usted supone que...

—No supongo, tengo la certeza. Indudablemente, dentro de algunos días una copia de la carta de Su Excelencia el prefecto llegará al escritorio de Su Excelencia Giovanni Nicotera, el ministro del Interior, con el adecuado comentario. Conigliaro no desperdiciará esta inesperada ocasión para vengarse.

—Si las cosas están así, me siento, aunque sea de mala gana, reanimado. Me pesaba en el ánimo tener que denunciar...

—Le haré saber cómo evoluciona todo, señor comisario.

D

(*Doctor Zingarella—Taninè—Pippo*)

—¿Me permite? Busco al señor Genuardi, señora.

—Está en cama, enfermo. ¿Quién es usted?

—Ya sé que está enfermo. De hecho, ha venido a llamarme a la consulta Caluzzè 'a ficazzana, el ayudante del almacén de su marido. Soy el doctor Zingarella.

—Discúlpeme, doctor, a contraluz no lo había reconocido. Pase, pase.

—¿Dónde está nuestro enfermo?

—En el dormitorio, acostado. Venga, le indico el camino. Pippo, está el doctor Zingarella.

—Buenos días, doctor, gracias por haber venido.

—Siéntese, siéntese.

—Gracias, señora. ¿Qué ocurrió, señor Genuardi?

—Al día siguiente de aquella desventurada historia en que primero me arrestaron y después me soltaron, me desperté con fiebre. ¿Cuándo fue que me arrestaron, Taninè?

—¿Cómo, cuándo fue? ¡Fue ayer! ¿No estás bien de la cabeza?

—Discúlpeme, doctor, estoy un poco trastornado.

—Está bien, no se preocupe, ahora le tomaré la fiebre. Póngase el termómetro en la axila. Entretanto siéntese en el medio de la cama, eso, así, y levántese la camiseta de lana. Perfecto. Respire hondo... otra vez... diga treinta y tres... treinta y tres... treinta y tres... ahora abra la boca todo lo que pueda y saque la lengua... deme el termómetro.

—¿Es grave, doctor?

—Señora, su marido está sano como una manzana, tiene algunas décimas de fiebre, pero creo que esencialmente debidas a la agitación por todo aquello que le han hecho pasar.

—Doctor, ¿y estas manchas pequeñas, rojas, que me han salido por todo el cuerpo, qué son? Mire aquí... aquí...

—Pippo, te has hecho mala sangre.

—Taninè, ¿quién es el médico? ¿Tú o el doctor?

—Señor Genuardi, en la cárcel, en Montelusa, ¿lo han metido en la celda?

—Sí, señor, durante algunas horas. Era una celda vacía, no había otros presos.

—¿Había un jergón de paja?

—Sí, señor. Y dado que me sentía como si me hubieran cortado las piernas, me eché en él.

—Y lo han picado pulgas y chinches. Se lo han comido vivo.

—¡Virgen santa, qué asco!

—Cosas que ocurren, señora, las manchas pasarán solas.

—¿Y para la fiebre qué tiene que tomar?

—Es probable que se vaya sola. Dele un poco de manzanilla, si está agitado.

—Taninè, ¿le preparas una taza de café al doctor?

—¡No, señora, no se moleste!

—No es ninguna molestia. ¡Está preparado!

—Doctor, escuche, aprovecho que mi mujer no está. Desde esta mañana, desde que me dio esta fiebre, no me puedo contener. Son las diez de la mañana y ya lo he hecho tres veces.

—¿Me estás diciendo que tienes erecciones frecuentes?

—Tal cual.

—No te preocupes, es una reacción natural. Bajo la voz porque no quiero que me oiga tu mujer. Te has librado magníficamente, compañero. Bravo. Lástima que hayas tenido que ponerte en evidencia.

—Perdone, doctor, ¿por qué me tutea?

—Porque entre compañeros se hace así. Escucha, te confío un secreto. La semana próxima viene de incógnito Giuffrida De Felice. Debes verlo. Te avisaré del día y la hora.

—Escuche, doctor, quiero decirle que con esta historia de los socialistas yo...

—¡Aquí está el café!

—¡Muy amable, señora!

E

(*Taninè—Don Nenè—Pippo*)

—¡Papá! ¡Papá! ¡Virgen santa, qué hermosa sorpresa!

—¿Cómo estás, Taninè?

—Ahora mejor, papá. Pasa. ¡Pippo, papá ha venido a verte!

—¡Don Nenè! ¡Qué placer! ¡Qué honor! ¡Esta casa se honra de recibirle por primera vez!

—¿Qué tienes, Pippo? Pasé por el almacén y Caluzzè me dijo que no te sentías bien. ¿Qué ocurre?

—Nada, un poco de fiebre. Acaba de marcharse el médico. Dice que es por el miedo que pasé.

—Todos pasamos miedo. Y yo he venido a pedirte disculpas.

—¿Usted? ¿A mí? ¿Por qué?

—Cuando me dijeron que los carabineros te habían esposado, en seguida pensé que habías hecho alguna gran tontería. Te creía capaz. En cambio, no habías hecho nada y te pido perdón por haber pensado mal.

—¿Quién le dijo que era inocente como Cristo?

—El delegado Spinoso, que es una buena persona. Me explicó que el teniente de los carabineros se confundió. Te arrestó a ti en vez de a otro. ¿Qué haces, lloras?

—No lo hagas, Pippo de mi corazón, que me haces llorar también a mí.

—¡Taninè, papá, lloro! ¡Lloro, sí, usted, papá, no puede imaginarse lo que es ser inocente y estar en la cárcel!

—Basta, Pippo, no hagas eso. Si Dios quiere, ya pasó.

—Tiene razón, papá. Pasó. ¿Puedo permitirme llamarlo papá?

—Claro, hijo mío. Taninè, en cuanto Pippo se sienta mejor, venid a cenar a casa.

—Papá, ¿cómo está Lillina?

—Taninè, ¿qué puede decirte? Estos días no se siente demasiado bien. Precisamente, mañana debía partir para Fela, no puede estar más de una semana lejos de su padre y de su madre. En cambio, me ha dicho que lo aplazará.

—También tú, Pippo, mañana tenías que ir a Fela, ¿no?

—Sí, Taninè, te lo había dicho, tengo una cita con los hermanos Tanterra para una partida de madera. ¡Paciencia!

—Bien, entonces de acuerdo. En cuanto te sientas bien, venid donde nosotros. Lillina se pondrá contenta. Está siempre en casa y nunca ve a nadie.

—En cuanto me recupere, venimos.

—Taninè, ¿me acompañas a la puerta?

...

—Taninè, ¿ya se marchó papá?

—Sí, Pippo.

—¿Dónde estás, Taninè?

—Estoy en la cocina, Pippo.

—¿Y qué haces, Taninè?

—Preparo la comida, Pippo.

—Ven aquí, Taninè.

—Aquí estoy, Pippo. ¡Virgen bendita! ¿Qué haces todo desnudo? Ponte bajo la sábana, que tienes fiebre, Pippo.

—Sí, tengo fiebre, Taninè. Acuéstate, que no puedo contenerme.

—¡Oh, Virgencita santa! ¿Qué te ha cogido? Desde esta mañana temprano que no paras... Sí... sí... sí... así... así...

(Comendador Longhitano—Gegé—Calogerino)

—Beso sus manos, don Lollò.

—Te saludo, Gegé.

—Con la bendición de vucencia, don Lollò.

—Te saludo, Calogerino.

—Don Lollò, en el pueblo se supo por qué arrestaron a Pippo Genuardi y después de medio día lo dejaron en libertad.

—¿Por qué?

—Se dice que se trató de un equinoccio por mononimia.

—¿Ahora hablas en turco?

—Permítame, don Lollò, yo puedo explicárselo. El amigo Gegé quiere decir que a Pippo Genuardi lo encarcelaron por un equívoco debido a una homonimia, que viene a ser cuando dos personas se llaman igual y uno los confunde.

—¿Y yo qué dije, don Lollò, no dije lo mismo?

—Por tanto, a este señor Genuardi, primero lo arrestan y después, en un santiamén, nos hemos equivocado, discúlpenos, saludos y adiós. No me cuadra.

—Tampoco a mí, don Lollò. Con Turiddruzzo Carlesimo, al que también lo arrestaron por una homonimia, la ley tardó siete meses antes de persuadirse de la confusión.

—Tienes razón, Calogerino. Pero primero dime cómo fueron las cosas en Palermo.

—¿Qué puedo decirle, don Lollò? Fue igual que aquella vez de Piazza Dante. De la casa de Corso Tukory, cuando yo llegué, se había mudado veinticuatro horas antes, y nadie supo decirme adonde. A mí me parece que están jugando con nosotros como el gato y el ratón.

—Una vez más tienes razón, Calogerino. Mira, en mi opinión, los gatos son dos: Sasà y Pippo, quien me proporciona informaciones atrasadas. En pocas palabras: Pippo me dice dónde está Sasà, pero a la vez le advierte a Sasà que ponga los pies en polvorosa. Tú llegas y no encuentras un carajo.

—Entonces yo a este Pippo lo destripo como a un salmonete.

—Espera, Calogerino, no corras. Estoy convencido de que Pippo lo hace no para salvar a Sasà, sino para joderme a mí.

—No entiendo, don Lollò.

—Yo me entiendo, Calogerino. Filippo Genuardi debe de ser un infame, un espía de los carabinieri.

—¡Pero si fueron los carabinieri los que lo metieron dentro!

—¡Gegè, tú para decir tonterías eres un dios! Los carabinieri lo arrestaron para

que todos supieran que lo habían arrestado. Pero con seguridad era una ficción, un golpe de efecto. La verdad es que los carabinieri querían hablarle cara a cara, sin problemas. Para tenderme mejor la trampa, la celada.

—¿Y cómo?

—Calogerino, ¿la primera vez que fuiste a Palermo encontraste a Sasà?

—No, señor.

—¿Y la segunda?

—No, señor.

—La próxima, cuando Pippo Genuardi me diga una tercera dirección, tú vas a Palermo y...

—No lo encuentro.

—... lo encuentras, Calogerino, lo encuentras. ¿Qué haces, le disparas o lo degüellas?

—Depende, don Lollò, depende del lugar, la gente, la distancia... Incluso con la mano, si es necesario.

—En resumen, tú cumples con tu deber o, al menos, estás empezando a hacerlo, cuando llegan de repente los carabinieri que te encadenan. Y como saben que eres de los míos...

—¡Oh, grandísimo hijo de una apestosísima puta apestosa! ¡A trozos, lo hago, con el hacha, como buen cerdo que es!

—Calma, Calogerino. Debes tener confianza: yo soy más listo que cualquier Pippo Genuardi que haya en el mundo. Esta partida con él la juego yo, en primera persona.

COSAS ESCRITAS TRES

Oficina Regional — Via Ruggero Settimo, 32 — Palermo

*Egregio señor
Filippo Genuardi
Via Cavour, 20
Vigàta*

Palermo, 19 de diciembre de 1891

Querido amigo:

Tengo que darle una buena noticia. A consecuencia de las insistentes premuras del amigo Orazio Rusotto, he ejercitado, a mi vez, las debidas presiones sobre mis subordinados a fin de acelerar el curso del trámite que le concierne. Así hemos obtenido todas las informaciones y documentos que nos interesaban.

Por tanto, he concedido el permiso para las posteriores operaciones previas a la solicitud oficial a presentar a S.E. el ministro. Dentro de los primeros diez días de enero del año próximo, enviaré a Vigàta al topógrafo Agostino Pulitanò, quien permanecerá en el lugar durante al menos una semana a fin de llevar a término el proyecto de colocación de los postes.

Como ya tuve ocasión de escribirle, el topógrafo Pulitanò está a su completo cargo por lo que respecta al viaje Palermo-Vigàta (y vuelta), además de los usuales gastos de comida y alojamiento.

De estos desembolsos el topógrafo Pulitanò extenderá, como es de rigor, el correspondiente recibo.

Aprovecho la ocasión para desearle una feliz Navidad y un próspero año nuevo.

Presente mis respetuosos saludos al comendador Longhitano.

Suyo

MINISTERIO DE CORREOS Y TELÉGRAFOS

El director de la Oficina

(Ignazio Caltabiano)

P.S. ¡Las langostas vigatanas que usted ha tenido la generosidad de hacerme llegar eran exquisitas! Sigo envidiando al topógrafo Pulitanò por la semana que pasará en Vigàta.

Pippo amor mío adorado:

Alegría de este corazón Pipuzzo adorado pienso en ti cuando es de noche o cuando es de día y pienso en ti también cuando es el día siguiente y después el que viene a continuación tú no lo puedes entender cuando me faltas Pipuzzo adorado a toda hora qué digo a toda hora a cada minuto que pasa de la jornada que no te puedo abrazar fuerte fuerte y sentir tus labios sobre los míos qué cosas te han ocurrido Pipuzzo has ido a parar a la cárcel con los delincuentes me dio fiebre me salieron manchas en la cara y estaba desesperada porque no entendía nada de lo que sucedía temblaba toda me parecía enloquecer por la noche la cama me parecía que se había vuelto de fuego no cogía el sueño después supe que te había venido fiebre por todas las cosas que tuviste que padecer inocente como Cristo y así no hemos podido vernos y entonces Pipuzzo alma mía cuándo podremos volver a vernos para pasar algunas horas abrazados apretados apretados algunas horas de felicidad porque tú debes saber Pipuzzo adorado que la vida sin ti es como una noche sin luna un día sin sol porque hay noches que siento un miedo espantoso cuando a él se le mete en la cabeza y me busca y lo quiere hacer conmigo que soy su mujer tiene ganas pero como es demasiado viejo no puede y entonces me coge y me hace hacer cosas que me avergüenzo porquerías que ni una puta en resumen cosas así que ni siquiera me siento con fuerzas de decir pero consigo hacer pensando que en su lugar estás tú Pipuzzo adorado entonces todo se me hace casi fácil y consigo darle toda la satisfacción que me pide Pippo ésta es mi vida espero que consigas recibir este billete mío que te dice qué pienso y espero poder arreglarlo todo para que nos veamos lo antes posible con el habitual sistema piensa en mí como yo pienso en ti a cada minuto te besa te besa te besa te besa te...

*Egregio señor
Filippo Genuardi
Via Cavour, 20
Vigàta*

Palermo, 20 de diciembre de 1891

Queridísimo Pippo:

Hace rato que no nos vemos. A causa del trabajo, no he conseguido alejarme de Palermo durante cuatro meses seguidos y pienso que ni siquiera podré volver a Vigàta para pasar las Santas Pascuas con mi madre.

La causa de este escrito mío, queridísimo Pippo, es la de intentar, te lo digo de inmediato con esa lealtad que siempre ha distinguido nuestra amistad, una mediación reconciliadora. Y tengo la obligación de advertirte que la iniciativa es única y exclusivamente mía.

Voy al grano. Me encontré, de manera totalmente casual, con nuestro común amigo Sasà La Ferlita. Discurriendo de esto y de aquello, mencioné tu nombre. Advertí en Sasà una especie de tirantez que habría debido disuadirme de profundizar. Por el contrario, precisamente en nombre de aquella amistad que nos ha ligado (¿te acuerdas de que nos llamaban «los tres mosqueteros»?), sometí al pobre Sasà a un interrogatorio digno de un delegado de policía. De ello resultó una historia confusa de la cual no entendí demasiado, dado que Sasà se mostraba sobremanera reticente, respondiendo a menudo con murmullos indistintos.

Entendí, sin embargo, una cosa, de la que estoy firmemente seguro: él no espera más que un gesto tuyo, incluso mínimo, para echarse en tus brazos para renovar con recuperado calor la vieja amistad.

Sasà La Ferlita vive en Palermo, Vicolo delle Croci, 5, donde la familia Panarello.

Él me ha hecho jurar que nunca te revelaría esta dirección. Si cometo un perjurio es porque pienso que la amistad es la cosa más preciosa del mundo y a la cual hay que sacrificarlo todo.

¿Por qué no le mandas una notita con tu felicitación navideña? Sólo la felicitación y tu firma: no te comprometes y podrás saber cómo reacciona Sasà.

Te abrazo con invariable fraternidad.

Angelo Guttadauro

Mi dirección es Via Clemente Capodirù, 87, Palermo.

A S.E. el prefecto
de Montelusa

Vigàta, 4 de enero de 1892

Objeto: *Filippo Genuardi*

¡Excelencia!:

Tengo la obligación de informarle cómo ha evolucionado la indagación promovida por este Puesto en relación al nombre en objeto, aunque haya sido excarcelado tras la orden de Vuestra Excelencia.

Afirmábamos, en nuestro anterior informe con fecha 2 de noviembre del año que acaba de terminar, que en los días 20 de enero y 14 de marzo de 1891, tres peligrosos agitadores socialistas (Rosario Garibaldi Bosco, Carlo Dell’Avalle y Alfredo Casati) se habían dirigido a Via Cavour, 20, para juntarse, secretamente, con la persona en objeto, cuya madre, en aquella época, vivía en dicha dirección.

El delegado de policía de Vigàta disintió vigorosamente de nuestra hipótesis (empleo esta palabra por diplomática virtud: se trataba, en cambio, de una evidente realidad). Él sostuvo que, en la planta superior de la ocupada por la señora Edelmira Posacane, madre de la persona en objeto, hoy difunta, habitaba la señora Antonietta Verderame, tía materna del antes mencionado Rosario Garibaldi Bosco.

Este Puesto está en condiciones de probar, por el contrario, que el día 20 de enero de 1891 la señora Antonietta Verderame no podía encontrarse en modo alguno en su vivienda de Via Cavour, 20, en cuanto estaba en cama desde el 15 del mismo mes en el Hospital Municipal de Montelusa, debido a un ataque de angina de pecho. La estancia de la señora Antonietta Verderame en dicho Hospital se prolongó hasta los primeros diez días de febrero.

Si, como es inobjetable, la tía de Garibaldi Bosco estaba por fuerza ausente, ¿con quién se reunieron *verdaderamente* los tres agitadores en la casa de Vigàta sita en Via Cavour, 20? La respuesta es patente.

Con distinguida consideración

El comandante del Puesto de los RR CC
(Tte. Gesualdo Lanza-Turò)

*Egregio señor
Filippo Genuardi
Via Cavour, 20
Vigàta*

Palermo, 4 de enero de 1892

Queridísimo Pippo:

De acuerdo con tu carta del 27 de diciembre del año pasado (a propósito, te agradezco la felicitación, que correspondo de todo corazón), en la mañana del 31 de diciembre, después de haber comprado en el Mercado cinco langostas de segunda calidad, me dirigí a la Administración de Correos y Telégrafos de Corso Tukory para entregarlas, según tus instrucciones, al doctor Ignazio Caltabiano.

Habiéndome olvidado de que la jornada del 31 era laborable hasta mediodía, encontré las oficinas vacías, pero un conserje, tras una propina, me proporcionó la dirección particular del doctor Caltabiano. El doctor se mostró agradecidísimo por las langostas (que entretanto empezaban a apestar) y por la molestia que me había tomado. Estaba contento de que hubiera ido a verlo a su casa y no a la oficina porque así, me dijo, podría hablarme con absoluta libertad, sin temer a oídos indiscretos.

Trataré de referirte lo que me dijo con la mayor claridad posible. Parece que la Administración de Correos y Telégrafos, antes de dar inicio a las diligencias inherentes a la concesión de una línea telefónica privada, tiene la obligación de adjuntar testimonios confidenciales sobre la conducta moral y política del solicitante. Obedeciendo a cuanto se le había requerido, la Delegación de Policía de Vigàta presentó un informe del que no resultaba nada inconveniente sobre tu persona. Seguro de ello, el doctor Caltabiano se sintió en el deber de escribirte que todo iba bien. Pero al día siguiente de haberte expedido la carta tranquilizadora, le llegó, inesperado en tanto no requerido, otro informe del Puesto de los RR CC de Vigàta del cual se desprendía —el doctor Caltabiano ha querido que te lo transcribiera literalmente— que «estando en curso averiguaciones especiales sobre las actividades políticas de Genuardi, la debida cautela exige la suspensión, por el momento, de los trámites de la concesión gubernamental».

El doctor Caltabiano no podría en absoluto ignorar la comunicación del Puesto de Vigàta. Afortunadamente ha conseguido que aún no fuera protocolizada. Si fuera protocolizado, el informe habría llegado oficialmente, mientras que en el estado actual el doctor Caltabiano podría sostener que no lo ha recibido. Y, por tanto, continuar el trámite basándose sólo en el informe de la Delegación de Policía.

Para arriesgarse tanto, sin embargo, el doctor Caltabiano me ha dicho explícitamente que es indispensable que sus espaldas estén no cubiertas, sino

acorazadas. Su consejo es que tú hables seriamente de ello con el comendador Longhitano para que acuerde con su amigo Orazio Rusotto —momentáneamente encarcelado en el Ucciardone, pero esto no es un obstáculo— una línea de conducta a la cual el doctor Caltabiano se atenderá estrictamente.

Esto es todo. Por mi parte te pregunto: ¿se puede saber qué coño quieres tramar metiéndote en política? ¿No te parece un terreno peligroso? Yo mantendré intacta mi amistad contigo aunque tú te pongas a prender fuego a las prefecturas, pero debes también tener en cuenta que soy un funcionario del Estado que tiene unos deberes precisos.

Te ruego, por tanto, que no vuelvas a utilizarme para actos de corrupción o para mantener contactos con gente que, francamente, me parece poco recomendable.

Un abrazo

Angelo Guttadauro

¿Enviaste la notita de felicitación a Sasà La Ferlita? Si aún no lo has hecho, hazlo.

El jefe de gabinete

*Al ilustrísimo comisario
de
Montelusa*

Montelusa, 6 de enero de 1892

Señor comisario:

Tengo la obligación, en verdad ingrata, de informarle que S.E. el prefecto Vittorio Marascianno ayer, después del almuerzo, al salir de sus apartamentos, sitos en la última planta de esta Prefectura, para dirigirse a su oficina, que está debajo, desgraciadamente resbaló y recorrió, rodando, nada menos que dos tramos de escalera.

Como consecuencia de esta ruinosa caída S.E. no puede hablar (se ha partido molares, caninos e incisivos), escribir (fractura del brazo derecho) ni caminar (rotura de los fémures). Actualmente S.E. se encuentra ingresado en el Hospital Municipal de Montelusa, adonde voy cada día a verlo.

Con despacho urgente de S.E. el ministro Nicotera he sido nombrado prefecto interino a la espera de que S.E. se haya restablecido.

Aprovecho la ocasión para informarle que he recibido un parte adicional del teniente de los RR CC Lanza-Turò referente a Filippo Genuardi. Me permito adjuntarlo.

En mi calidad de interino le he enviado al teniente Lanza-Turò una comunicación de servicio en la cual le aconsejo vivamente que deje de ocuparse de este asunto. Pero opino que su obstinación, y sobre todo cuanto emerge de su parte, pueden originar convicciones erradas o malignas suposiciones.

¿Podría usted requerir nuevas indagaciones a su subordinado el delegado de policía de Vigàta?

Siempre en la jornada de ayer, otro despacho ministerial anunciaba la inminente llegada de un inspector en la persona de S.E. Carlo Colombotto-Rosso, prefecto en excedencia: ¿no le había expresado mi certeza de que el subprefecto de Bivona habría aprovechado la ocasión para dejar mal parado ante el Ministerio a S.E. Marascianno?

Su devotísimo

Por S.E. el prefecto
Corrado Parrinello

*Gentilísimo señor
Emanuele Schilirò
En mano*

Vigàta, 8 de enero de 1892

Perdóneme que le mande esta carta, por medio de Caluzzè, en vez de hablarle en persona, pero he descubierto que a menudo las palabras tienen el feo vicio de enlazarse entre sí (las palabras dichas de viva voz) por lo que uno se queda persuadido de haber entendido cosas que el otro ni siquiera ha soñado decir.

Usted debe de saber que hace mucho tiempo presenté la solicitud para la concesión gubernamental de una línea telefónica de uso privado.

Ahora, la Administración de Correos y Telégrafos de Palermo me hace saber que el trámite está en buen punto, pese a una sola dificultad que es, sin embargo, irrelevante.

Entre los papeles que me ha requerido la Administración, debe haber una declaración de aceptación y consenso por parte de la persona con la cual deseo tener conectada esta línea.

Esa persona es usted.

Me explico en seguida. Tengo la intención de agrandar el almacén y mi actividad comercial (su hija Taninè le hablará al respecto cuanto antes). Por tanto, me será indispensable su apoyo y su auxilio para cualquier negocio que vaya a iniciar.

Huérfano de padre y de madre como soy, ¿a quién puedo dirigirme si no es a usted que conmigo sabe ser ora comprensivo ora severo, como a veces merezco?

Mi intención sería hacer instalar la línea de mi almacén a su casa, donde usted, por lo demás, ya posee una línea telefónica de uso comercial que le permite hablar con su mina. La cosa por tanto no le traerá mayores molestias.

¿Puedo contar con su benévola generosidad?

Es preciso que su firma sea legalizada por un notario: pero de esto me ocuparé yo mismo.

Cualquiera que sea su respuesta, deseo de todos modos agradecerle la bellísima noche de Navidad que nos ha hecho pasar en su casa, a mí y a su hija, también por mérito de la exquisita cortesía de su señora, Lillina. Si al repicar las campanadas de la medianoche que llamaban a la Santa Misa me abandoné a un llanto incontrolable fue porque de pronto me acordé de mis queridos difuntos. Durante algunos años había perdido la esperanza de poder recuperar el calor y comfortable amor familiar del que mi juventud estuvo rodeada. Entonces, ¡ignorante!, no conocía su valor.

Pues bien, la otra noche, mientras nacía el Niño Jesús, su benevolente sonrisa, las atenciones de la señora Lillina y la conmoción de mi mujer, Taninè, rompieron los

diques de mi resistencia. Y así me abandoné a la ola de los recuerdos y las añoranzas.
La aceptación de la línea telefónica debería hacérmela llegar en un máximo de seis días.

¿Me permite que lo abrace, papá?

Pippo

El comisario

Al teniente

Gesualdo Lanza-Turò

Puesto de los RR CC

Vigàta

Montelusa, 13 de enero de 1892

El comendador Corrado Parrinello, prefecto interino de Montelusa, me ha remitido amablemente una copia de su última nota informativa, debida a su personal iniciativa, inherente al señor Filippo Genuardi, comerciante de Vigàta.

En esta nota informativa usted asume una posición contraria a la que resulta del informe que me ha enviado la Delegación de Policía de Vigàta.

Debido a la específica solicitud del comendador Parrinello, y por mi personal necesidad de certezas, he requerido nuevas indagaciones al delegado de policía de Vigàta, Antonio Spinoso, haciéndole al mismo tiempo presente las gravísimas sanciones en las cuales habría podido incurrir si se verificaran, en su informe, argumentaciones falaces o deducciones aproximativas. Le transcribo, sin comentarios, la nota que me ha enviado el delegado Spinoso, que asume plena responsabilidad de ella.

«Del informe redactado por el agente Felice Mortillaro, al que se había encomendado la tarea de seguir discretamente los movimientos de los tres alborotadores (Rosario Garibaldi Bosco, Carlo dell’Avalle y Alfredo Casati) durante su permanencia en Vigàta, resulta que ellos se dirigían de común acuerdo, a las 12 horas del día 20 de enero del año pasado, al inmueble de Via Cavour distinguido con el número municipal de 20 (veinte). En aquella fecha la señora Antonietta Verderame, tía materna de Rosario Garibaldi Bosco, que vivía allí, se encontraba ausente en tanto ingresada en el Hospital Municipal de Montelusa. Ignorante de esto, Garibaldi Bosco golpeaba repetidamente la puerta de Verderame sin obtener respuesta alguna. Atraída por el estrépito (como declaró al agente Mortillaro, que la interrogó al respecto), la señora Edelmira Posacane, madre de Filippo Genuardi, abrió la puerta de su vivienda y, desde el descansillo inferior, preguntaba la razón del bullicio. En respuesta, un hombre alto, grueso y barbudo, de fuerte acento catanés, con una cicatriz en la nariz (no hay quien en ellos no reconozca los peculiares rasgos de Garibaldi Bosco) aseguraba a la señora Posacane que había venido a ver a la señora Antonietta Verderame. Posacane informaba del imprevisto ingreso en Montelusa y luego los tres, después de haber agradecido y saludado, se alejaban.»

¿Usted tiene algo que oponer a tan minuciosa reconstrucción de los hechos? Por la debida lealtad le advierto que he informado a su superior, el general Carlo Alberto di Saint-Pierre, comandante del Arma de los Reales Carabineros de Sicilia, sobre su inexplicable persecución (que no puede definirse de otro modo) contra un ciudadano cualquiera como Genuardi.

El comisario
Monterchi

COSAS DICHAS TRES

(Comendador Longhitano—Pippo)

—¡Comendador Longhitano! ¡Dichosos los ojos que lo ven! ¡Está fresco como una rosa! Lo estuve buscando antes de Navidad para presentarle mis debidas felicitaciones, pero me dijeron que estaría lejos de Vigàta hasta principios de enero.

—Fui a Montelusa, a casa de mi hermano, aquel al que su amigo Sasà La Ferlita birló dos mil liras, y pasé allí las Santas Pascuas.

—Comendador, dado que he tenido el placer de encontrarme con usted, debo hacerle un ruego.

—Si puedo, a su disposición, querido Genuardi.

—Ante todo, debo agradecerle el vivo interés que el abogado Orazio Rusotto, instado por usted, ha demostrado en los meses pasados por mi trámite en curso en la Administración de Correos y...

—Ah... ¿Orazio se interesó?

—¡Ya lo creo que se interesó! Me lo ha hecho saber el señor Caltabiano, el director, que, dicho sea de paso, lo saluda.

—Gracias, devuélvale el saludo. Ha hecho bien en decirme que Orazio Rusotto se interesó, así en cuanto tenga la ocasión pagaré mi deuda.

—La deuda es mía, don Lollò.

—¿¡Con Rusotto!? ¡Con Orazio Rusotto usted no tiene ninguna deuda! No nos confundamos. Soy yo quien tiene una deuda con Rusotto, mientras que usted tiene la deuda conmigo. ¿Correcto?

—Clarísimo.

—¿Y cuál era el ruego?

—Es éste: ha surgido un obstáculo que puede retrasar la concesión del teléfono. Usted sabe que fui arrestado, por un equívoco, por los carabinieri de Vigàta.

—Lo supe y me disgustó mucho.

—No lo dudaba. Ahora bien, para obtener esta bendita concesión, es necesario que las informaciones sobre mí, expedidas por los carabinieri y la policía, no tengan escrito nada negativo.

—Con los carabinieri podemos estar tranquilos.

—¿Por qué lo dice, comendador? ¿Se burla de mí?

—No es ninguna burla, créame. Pensaba que los carabinieri, quizá para compensarlo del desaguisado que le han hecho padecer...

—¡Qué va! Al contrario, han escrito al director Caltabiano que dado que están haciendo indagaciones sobre mí, por ahora lo del teléfono no corre.

—¡Qué me dice! ¡Cosas de locos! ¡Cosas de no creer! ¡Los carabinieri cometiendo semejante agravio con un hombre probo como usted!

—Comendador...

—¿Qué pasa? ¿Por qué me mira así?

—Comendador, me está haciendo venir sudores fríos.

—¿Yo? ¿Por qué?

—¡Pues...! No lo sé, pero siento en su voz un tono como de chanza, de obsceno...

—¡Pero qué cosas le vienen a la mente! Ante todo, tengo un resfriado, estoy un poco constipado, cogí frío y por eso mi voz es la que es; en segundo lugar, yo no me río de las desgracias ajenas. ¡Mee dentro del tiesto, señor Genuardi! ¿Qué quiere de mí?

—Perdóneme. El doctor Caltabiano, mediante un amigo, me ha hecho saber que, por el momento, ha conseguido que no protocolizaran el informe negativo de los carabineros.

—Ah.

—Y podría dar curso al trámite basándose sólo en el informe de la policía que, en cambio, es positivo.

—Ah.

—Y así la cuestión se resolvería fácilmente.

—Ah.

—Pero el doctor Caltabiano me hace notar que para él este asunto puede ser bastante peligroso.

—Ah.

—Y que por eso él, el doctor Caltabiano, para hacerlo, necesita que sus espaldas estén acorazadas, así ha dicho.

—Ah.

—Comendador, usted sólo exclama «ah», ¿no tiene nada más que decir?

—¿Y qué tengo que decirte? Ya no recuerdo si te tuteaba o te trataba de usted.

—¡Tutéeme! ¡Usted es como un padre para mí!

—Planteado así, el asunto se enmaraña.

—Lo entiendo muy bien.

—Mira, Orazio Rusotto tiene las espaldas anchas, anchísimas, puede cubrir media Palermo, si quiere, ¡otra que Caltabiano! Pero el hecho no es éste.

—¿Y cuál es?

—Que mi obligación hacia Orazio Rusotto se hace más grande y, en consecuencia, se hace aún más grande la que tú tienes conmigo. Ahora bien, mira, mi deuda con Orazio Rusotto puedo pagarla satisfactoriamente en cualquier momento, no sólo hasta el último céntimo sino también con intereses. La pregunta entonces es ésta: ¿tú eres capaz de hacer lo mismo conmigo? ¿Tienes la posibilidad de hacerlo? Atención a lo que respondes.

—La pagaré.

—¿Debo fiarme de tu palabra? Porque no me parece que hasta este momento tú...

—¿Qué tiene usted que reprocharme?

—Por ejemplo, que no has sido preciso, que no has puesto suficiente buena voluntad en una cosa que tenías que hacer para mí.

—Comendador, verdaderamente me está espantando. Le aseguro que no pienso que esté en falta con usted. Explíquese mejor, por favor.

—Está bien, te hablo claro, pero no te cagues encima. Estoy persuadido de que tú y Sasà La Ferlita os habéis conchabado para darme por el culo.

—¡Oh, Virgen santa! ¡Me falta el aire! ¡Oh, Dios, qué mazazo! ¡La cabeza me da vueltas! ¡Estoy perdido!

—Te conviene no hacer teatro conmigo.

—¡Qué teatro! Diciéndome lo que me ha dicho, usted está haciendo que me dé un síncope, un ataque. ¡Yo, conchabado con Sasà! ¡Discúlpeme, pero tengo que sentarme, las piernas me tiemblan como un flan! ¡Pero cómo se le puede pasar por la cabeza un pensamiento como éste! ¡Yo, conchabado con Sasà! ¡Pero si le he dado dos veces la dirección de ese cornudo!

—¡Y dos veces, en esa dirección, no lo han encontrado! ¡Acababa de mudarse! Tal cual, ¡qué curiosa coincidencia!

—Pero, Jesús, ¿qué provecho sacaría?

—Problema tuyo.

—¿Entonces usted piensa que con una mano le doy la dirección de Sasà y con la otra le advierto a Sasà que se mude en seguida? ¿He entendido bien?

—Has entendido bien.

—¡María santísima! ¡Me he quedado sin aire! ¡Como un pez en la orilla!

—Mira, hagamos así para aclarar las cosas. Tú me procuras la nueva dirección de tu amigo Sasà y yo mando a uno de mis hombres a buscarlo a Palermo. Si mi hombre no lo encuentra y le dicen que el contable acaba de mudarse, a ti te conviene ir a que te tomen las medidas para el ataúd.

—La nueva dirección de Sasà la tengo aquí, en el bolsillo. Pero, si me permite, por ahora no se la doy.

—Es tu piel, hijo mío.

—No se la doy porque primero la quiero verificar. Usted tiene este mal pensamiento de que me he conchabado con Sasà, tengo que hacérselo pasar. Antes de dársela, quiero estar seguro de que la dirección es la correcta.

—Yo estoy dispuesto a reconocer que me equivoco. Es más, hagamos así: me comunico en seguida con Orazio Rusotto. Te doy crédito.

—Me han dicho que en este momento el abogado Rusotto está preso en el Ucciardone.

—¿Y eso qué significa? Nada. Orazio entra y sale del Ucciardone. No es ningún obstáculo. Y además Orazio Rusotto es ubicuo.

—No le entiendo.

—Ubicuo quiere decir que Orazio puede encontrarse a la vez en dos sitios

distintos. ¿Alguien dice que, pongamos por caso, la noche del día tal se encontraba en Messina? Pues bien, hay cien personas que pueden jurar que aquella misma noche Orazio se encontraba, en cambio, en Trapani. ¿Captas el concepto?

B

(*Taninè—Don Pirrotta*)

—¿Desde cuándo no te confiesas, Taninè?

—Desde que me casé, don Pirrotta.

—¿Tanto tiempo? ¿Y por qué?

—¡Pues...! En verdad, no lo sé. Se ve que el matrimonio me desvió.

—¡Vaya razonamiento! ¡El matrimonio es un sacramento! ¿Cómo un sacramento puede desviar de los demás sacramentos?

—Tiene razón. Entonces quizá sea porque a mi marido no le interesa.

—¿Tu marido te dice que no vengas a la iglesia?

—No, señor, no me dice ni fu ni fa. Pero una vez que estaba saliendo de casa para venir a la iglesia, él se echó a reír y me espetó: «Ven aquí que yo te daré los sacramentos que necesitas». Y me llevó al dormitorio. Así que se me pasó el pensamiento.

—¡Sacrílego! ¡Blasfemo! ¡Tu marido se quemará en el fuego del infierno con ropa y todo! ¡Tienen razón en el pueblo cuando dicen de tu marido, Pippo, lo que dicen!

—¿Y qué dicen de Pippo en el pueblo, padre Pirrotta?

—¡Dicen que se entiende con los socialistas! ¡Con los peores enemigos de Dios!

—¡Padre, no crea en las malas lenguas!

—De acuerdo. ¡Pero si tú me cuentas las cosas que me estás contando!

—Bromeaba, padre Pirrotta.

—¿Cumplís con el deber conyugal?

—Pues... no sé... ¿qué quiere decir?

—¿Hacéis lo que hacen marido y mujer?

—No falta.

—¿Lo hacéis a menudo?

—Tres... cuatro veces.

—¿Por semana?

—¿Se burla? Por día, padre.

—Endemoniado, es un poseído por el diablo. ¡Pobre Taninè!

—¿Por qué pobre? A mí me gusta.

—¿Qué has dicho?

—Que me gusta.

—Taninè, ¿quieres jugarte el alma? ¡No debe gustarte!

—Pero ¿si me gusta qué puedo hacer?

—¡Debes hacer de modo que no te guste! ¡Sentir placer no es cosa de mujer honesta! Tú debes practicar con tu marido sólo con la intención de tener hijos. ¿No

tenéis niños?

—No, señor, no vienen, pero los queremos tener.

—Escucha, Taninè. Cuando lo hagas con tu marido, repite mentalmente: «No lo hago para mi placer sino para dar un hijo a Dios». ¿De acuerdo? La mujer, la esposa, no debe sentir placer porque de otro modo la relación con el marido cambia de golpe y se convierte en un pecado mortal. La mujer no debe gozar, debe procrear.

—Padre Pirrota, yo no puedo decir eso que me dice.

—¿Y por qué, santa mujer?

—Porque sería un embuste, una mentira que le diría a nuestro Señor. También cuando Pippo se me pone atrás...

—¡Eh, no! ¡Eso es pecado! La Iglesia considera pecado hacerlo con el hombre detrás, si bien los hijos pueden nacer lo mismo.

—¿Padre, pero qué me cuenta? ¡Desde cuándo! ¡Donde la mete él no nacen los hijos!

—¡Oh, madre santa! ¿Me estás diciendo que lo hace por el otro vaso?

—¡Qué vaso ni vaso, padre!

—¡Es socialista, como que hay Dios!

—Padre, pero ¿qué tiene que ver el socialismo con el vaso, como dice usted?

—¡Tiene que ver! ¡Y cómo tiene que ver! ¡Hacerlo por el otro vaso es contra natura! ¡Y también el socialismo es contra natura!

C

(*Pippo—Comendador Longhitano—Calogerino*)

—Comendador, perdone que venga a molestarlo en su casa, pero no pude resistirme.

—¿Sucede algo?

—¡Desde luego! Esta mañana he recibido una carta del señor Caltabiano en la que me comunica que lo antes posible mandará un topógrafo de Palermo para los relevamientos.

—Esto quiere decir que Orazio Rusotto ha cumplido con su deber y ha desembrollado la cuestión. Y que por eso mi deuda con él crece.

—Y yo estoy aquí precisamente para pagar mi deuda con usted. Tengo la dirección correcta de Sasà La Ferlita.

—¿Cómo sabe si esta vez es la correcta? ¿Te tuteaba o te trataba de usted?

—De tú, don Lollò. La dirección me la escribió, sin que Sasà supiera nada, un amigo común. Aquí tengo la carta. Véala, por favor. ¿La ha visto? Bien. Para confirmarlo, el otro día fui a la prefectura de Montelusa, donde trabaja un hermano de Sasà. Le dije que quería hacer las paces con Sasà, me creyó y me la confirmó. Por tanto, dos personas, cada una sin que lo supiera la otra, me han dicho lo mismo.

—Entonces, ¿esta dirección correcta sería...?

—Vicolo delle Croci número cinco, donde la familia Panarello. Como ve, he conseguido pagar mi deuda con usted.

—Pippù, no corras tanto.

—¡¿No está pagada?!

—Está pagada de palabra. Estará pagada de verdad cuando haya encontrado a ese grandísimo hijo de puta.

—Esta vez lo encontrará, tan cierto como la muerte. A propósito, ¿si se resiste qué le hará?

—¿Por qué después de la palabra «muerte» dijiste «a propósito»? ¿Qué coño te pasa por la cabeza?

—Don Lollò, le pido perdón. De verdad. No me pasa nada. Pero dado que, a pesar de todo, Sasà es amigo mío...

—Pippù, hablemos claro. Tú a Sasà lo has vendido y yo lo he comprado. ¿Correcto?

—Correcto, don Lollò.

—Ahora bien, si yo compro algo, la cosa es mía y hago con ella lo que me plazca. ¿Correcto?

—Correcto, don Lollò.

—Razona sobre ello, Pippù. Te saludo.

—Beso sus manos, don Lollò.

...

—¡Calogerino! ¡Ven aquí!

—Aquí estoy, don Lollò.

—¿Lo has oído todo?

—Sí, señor. Vicolo delle Croci, cinco, donde los Panarello. Ahora mismo me marcho hacia Palermo.

—No.

—¿No debo marcharme?

—No, no repitamos la tontería de las otras veces. Si es verdad lo que pienso, Pippo Genuardi en este preciso momento le está advirtiéndole a Sasà, quizá con un telegrama, y éste se mudará de nuevo. Tú, esta vez, dejas pasar unos diez días y después, cuando menos se lo espera, te presentas en Vicolo delle Croci. Si no lo encuentras, pasas a Corso Tukory y, si tampoco está allí, vas a Piazza Dante. En resumen, haces, al revés, todas las viviendas donde ha estado.

—¡Don Lollò, usted tiene una cabeza así de grande! Y si lo encuentro, ¿qué hago?

—Córtale la cara. Y basta.

—Pero ya que estoy...

—No, Calogerino. Me da miedo Pippo Genuardi. Si sabe que Sasà La Ferlita ha sido asesinado, quién sabe si siente escrúpulos y tiene alguna ocurrencia.

D

(Comisario—Delegado)

—Le agradezco, delegado, su exhaustivo informe sobre la situación portuaria de Vigàta. Lo tendré en su debida cuenta. Si no hay nada más, puede retirarse. Lo veo vacilante. ¿Tiene algo más que decirme?

—Señor comisario, si hablo, es sólo para cubrirme. Mire, en el pueblo ha surgido una maledicencia...

—¿Perdón?

—Una habladuría, señor comisario. Yo no soy proclive a hacer caso de las habladurías, pero si esta historia llega a los oídos del teniente Lanza-Turò a lo mejor nos endilga un informe de veinte páginas, lo manda a Su Excelencia el prefecto y vuelta a empezar.

—¡Entonces es una historia que concierne a Genuardi!

—Exactamente. ¿Qué hago, se lo digo?

—¡Oigámosla!

—A la señora Taninè Genuardi, que había ido a confesarse, el padre Pirrotta le ha negado la absolución. El asunto ha tenido mucha repercusión en el pueblo.

—A ver si le entiendo. Este padre Pirrotta habría dicho que había negado...

—No, señor comisario, el padre Pirrotta públicamente no dijo nada. Pero es una persona que se irrita fácilmente, pierde la calma y se pone a gritar. Aquella vez, esperando su turno cerca del confesionario, estaba la viuda Rizzopinna, que es una grandísima enredadora...

—¿Perdón?

—Una que se entromete en las cosas de los demás y las cuenta. Escuchó todo el asunto entre el padre Pirrotta y la señora Genuardi y en un instante lo pregonó por todo el pueblo.

—Pero, en resumen, ¿qué hizo de tan grave la señora Genuardi?

—Parece que Filippo Genuardi, cada vez que cumple con el débito conyugal, se pinta el miembro de rojo para parecer un diablo y posee a su mujer contra natura, mientras grita: ¡viva el socialismo!

—¿Y qué tiene que ver la señora?

—Parece que consiente con gusto.

—¡Vamos! ¡Seamos serios! ¿Usted se cree una historia como ésta?

—Yo no, pero la gente sí. ¿Quiere saber algo, señor comisario? Si detrás de Genuardi, además de los carabinieri, se ha metido también la Iglesia, yo a ése lo veo jodido, permíteme la expresión.

E

(Teniente Lanza-Turò—General Saint-Pierre)

—¡Teniente Gesualdo Lanza-Turò, señor general!

—¡Queridísimo teniente! Póngase cómodo, póngase cómodo. ¿Sabe que el mes pasado, en Roma, en el salón de los marqueses Baroncini, tuve el placer de encontrarme con su madre, la señora condesa? ¡Una gran mujer, su madre, teniente!

—¿Cómo está mi mamá, general?

—Está bien, hijo mío. La señora condesa me ha dado a entender que tiene un solo dolor: que usted esté lejos.

—Tendrá que resignarse. Es el deber.

—Mire, teniente, he decidido complacer los deseos de la señora condesa.

—¿Es decir?

—Abreviemos que es mejor. Usted, el mes próximo, irá a Nápoles. Tomará servicio con el coronel Albornetti, valeroso oficial. Estuve bien, ¿no? La señora condesa estará feliz.

—Si me permite, general Saint-Pierre, yo lo estoy un poco menos.

—¿Por qué, hijo mío?

—¿No está, detrás de este traslado, la patita del comisario de Montelusa?

—Teniente, olvídalo, que es mejor.

—Tengo derecho a saber dónde me he equivocado.

—¡Pero si usted no se ha equivocado! ¡No sea más largo que un día sin pan!

—Me permito insistir...

—Teniente, olvídalo...

—Usted puede mandar una inspección que...

—¡Oh, basta ya! ¡Qué inspección ni inspección! Usted es un majadero, ¿quiere entenderlo o no? ¡Cojones! Antes de tomar esta disposición he hablado con su superior, el mayor Scotti. Le ahorro lo que me ha dicho. ¡Usted tiene una cabeza tan dura como para derribar una pared a cabezazos! ¡Déjese de fastidiar y agradezca a su madre, la señora condesa, que no lo encierre en la fortaleza!

—A sus órdenes, señor general.

COSAS ESCRITAS CUATRO

Oficina Regional — Via Ruggero Settimo, 32 — Palermo

*Gentilísimo señor
Filippo Genuardi
Via Cavour, 20
Vigàta*

Palermo, 1 de febrero de 1892

Gentil y querido amigo:

De regreso a Palermo, después de la breve pero gratísima permanencia en Vigàta para las inspecciones oculares y los relevamientos, me he apresurado, para corresponder al menos en parte al exquisito trato que usted me ha dispensado, a completar el cálculo del trazado que deberá seguir la línea telefónica.

Tengo la obligación de anteponer, empero, lo siguiente: si usted hubiese querido una línea que fuera de su almacén al de su suegro, todo habría sido menos complicado. Al desear usted, en cambio, conectarse con la vivienda de éste, el trazado presenta algunos problemas de recorrido, puesto que dicha vivienda está en una villa que se eleva fuera del pueblo, en la comarca de Infurna. De todos modos, con el mapa topográfico en la mano, y siguiendo el principio de que la recta es el camino más corto entre dos puntos, he delineado un esquema de colocación de los postes cuya copia le adjunto.

Al ser la distancia entre su almacén y la vivienda de su suegro de tres kilómetros exactos y al tener que emplazar, por superiores y férreas disposiciones, un poste cada cincuenta metros de cable, de ello resulta que los postes necesarios son en total cincuenta y ocho (58). He marcado en el mapa adjunto, con puntitos en tinta roja, dónde deben ubicarse exactamente los postes. Naturalmente los postes y el cable deben ser requeridos a esta Administración, que los proporcionará previo pago. También el transporte por vía férrea es a su cargo. La puesta en obra de postes y cables no es una operación sencilla que pueda ser hecha por cualquiera, un mínimo error puede inutilizar todo el trabajo realizado. Le propongo que me consulte en el momento oportuno.

Ahora usted deberá hacer que la Oficina de catastro le expida el correspondiente mapa y deducir de él los nombres de los diversos propietarios de los lotes por donde pasarán los postes y ponerse de acuerdo con ellos para la valoración de la servidumbre. De hecho, al tratarse de una línea de uso privado, no está prevista la intervención municipal y menos aún la de la Prefectura (expropiación).

Mándenos las declaraciones (juradas) de los acuerdos alcanzados con los diversos

propietarios.

En cuanto estemos en posesión de ellas, le explicaré cómo presentar la solicitud para que se lleve a cabo la colocación de los postes.

Reciba un cordial saludo

El topógrafo encargado
(*Agostino Pulitanò*)

PS. Cuando le conté al doctor Caltabiano lo que me ha hecho comer y beber mientras estuve en Vigàta, por poco se desmaya. Por caridad, tome medidas: ¡no lo deje morir de envidia!

Aserradero — Mayorista en maderas — San Volpato delle Madonie

Señor
Filippo Genuardi
Almacén de maderas
Vigàta

San Volpato, 2 de febrero de 1892

Egregio señor:

Desde hace tres años usted se abastece en mi firma de las maderas que vende en Vigàta. En estos tres años de relaciones comerciales nuestra firma no ha tenido queja de usted, salvo por algún pequeño pago con retraso.

Le escribo para decirle que nuestra firma no quiere tener nada más que ver con usted y, por tanto, puede dirigirse a cualquier otro mayorista.

La razón de esta decisión de la firma no se debe a causas comerciales o de falta de confianza, puesto que, es más, a pesar de algún pequeño pago con retraso, usted siempre ha sido un grato cliente.

Usted no tiene porqué saber cómo está la cosa en mi familia y por eso se lo explico. El padre de mi padre, Gesualdo Sparapiano, siempre se opuso a los infames Borbones y por esta razón tuvo que padecer la dura cárcel y el vagabundeo por tierra extranjera, para ser precisos por Marsella de Francia. Mi difunto padre, Michele Sparapiano, a las órdenes del mayor Dezza, que dependía del general Nino Biscio, formó parte de los garibaldinos que sofocaron la revuelta de Bronte. Y de este hecho mi padre estuvo orgulloso durante toda su vida, al ser los bronteses, como dijo el general Biscio, culpables de lesa humanidad. Todo esto se lo cuento no para hacer alarde de mi familia sino para decirle lo que hemos venido a saber sobre su persona y el pensamiento que usted tiene en mente.

Una carta anónima nos informó que usted se trataba con gentes que no quieren a nuestro país, que se llaman ora anarquistas ora socialistas y quieren repartirse mujeres, casas y propiedades.

Los Sparapiano no quieren tener nada que ver con gentes de estas ideas, que son malas y traen hambre, ruina y muertes. Dado que los Sparapiano son gentes que en las cosas de la vida van con paso lento, pensando y repensando, hemos escrito al teniente de los carabineros de Vigàta, solicitando información sobre lo que usted piensa, pero la carta del teniente, aunque no decía expresamente cómo piensa usted, daba a entender lo mismo cómo piensa usted escribiendo palabras que daban rodeos como la cola de un cerdo pero que significaban lo que querían significar.

Pero dado que también los caballeros pueden estar a mal con los carabineros, le encargué a una prima de mi señora, la señora Giuseppa Vento, que por matrimonio vive en Montelusa, que se tomara la molestia de ir a Vigàta un día de fiesta y hablara con el cura párroco, llamado Pirrotta. El padre Pirrotta, cuando la señora Giuseppa Vento mencionó su nombre, o sea Filippo Genuardi, elevó desesperado los ojos al cielo y se hizo tres veces la señal de la Santa Cruz.

Esto es todo.

Por consiguiente, persuádase de que la firma Sparapiano ya no le enviará maderas.

Quedamos a la espera de las setecientas liras de saldo de las precedentes entregas.

Distinguidos saludos

Salvatore Sparapiano

Oficina de admisión de telegramas
Fela

T E L E G R A M A

Palabras: 81 Destino: VIGÀTA Día 6/2 11:30 horas

Nombre y dirección del destinatario:

CABALLERO EMANUELE SCHILIRÓ

COMARCA DE INFURNA

ENCONTRADA POR CASUALIDAD SEÑORA ENRICHETTA HERMANA DE SU SEÑORA LILLINA QUE SE DIRIGÍA OFICINA CORREOS PARA ENVIARLE TELEGRAMA ME HE HECHO CARGO YO STOP SEÑORA LILLINA LE COMUNICA QUE ESTÁ LIGERAMENTE INDISPUESTA Y NO REPITO NO PODRÁ REGRESAR A VIGÀTA FECHA PREVISTA STOP SE VERÁ OBLIGADA A DEMORARSE AÚN EN FELA DURANTE ALGUNOS DÍAS STOP LE RUEGO ADVIERTA A TANINÈ MI REGRESO MARTES PRÓXIMA SEMANA STOP GRACIAS SALUDOS

FILIPPO GENUARDI

Nombre y dirección del remitente: FILIPPO GENUARDI

HOTEL CENTRAL FELA

UNA CURIOSA HERIDA

Ayer por la mañana, a las siete, el señor Antonio Bruccoleri al salir de su apartamento para dirigirse a su trabajo, notó que la puerta de la vivienda contigua estaba abierta de par en par. Asombrado, al estar el apartamento deshabitado desde hace nada menos que tres años y completamente vacío de muebles y trastos, entró y halló en el suelo a un individuo sin sentido a causa de una llamativa herida en la cabeza. Advertidos los RR CC, el desconocido fue ingresado en el Hospital San Francesco donde se le apreció una vasta herida lacerante con contusión en el parietal derecho. El hombre, sin documentos y en estado de confusión, no ha sabido dar sus señas ni explicar las circunstancias de la herida ni los motivos por los que se había dirigido al apartamento abandonado sito en Via delle Croci, 5, y que antes perteneció al señor Eusebio Panarello, que hace tres años se trasladó a Catania con su familia.

Los Reales Carabineros indagan.

El director

*Ilustrísimo señor
Filippo Genuardi
Via Cavour, 20
Vigàta*

Montelusa, 10 de febrero de 1892

Egregio amigo:

He quedado verdaderamente conmovido e impresionado por el exquisito regalo que su señora ha querido hacer a mi hija Ninnina con ocasión de su Santa Confirmación.

Me apresuro a darle los nombres de los propietarios de las parcelas catastrales afectadas por la colocación de los postes.

1) Mariano Giacalone, Via América, 4, Vigàta, para las parcelas 12, 13, 14 y 27.

2) Herederos de Stefano Zappalà en las personas de: Agatina Zappalà de Graceffo, Via Cinque Giornate, 102, Nápoles; Vincenzo Zappalà, Via del Forno, 8, Vigàta; Pancrazio Zappalà, Via Risorgimento, 2, Montelusa; Costantino Zappalà, Via Giambertone, 1, Ravanusa; Calcedonio Zappalà, Place de la Liberté, 14, París; Ersilia Zappalà de Piromalli, Via Baronía, 8, Reggio Calabria; todos copropietarios de la parcela 18.

3) Filippo Mancuso, Via della Piana, 18, Vigàta, para las parcelas 108, 109 y 110.

4) Giacomo Giliberto, Via dell'Unità d'Italia, 75, Vigàta, para las parcelas 201, 202, 203, 204, 205, 895 y 896.

5) Paolantonio Lopresti, 2005 Helmuth Street, Nueva York, Estados Unidos, para las parcelas 701 y 702.

Mi trabajo para complacerlo ha sido febril, usted se dará perfecta cuenta de que el despacho del trámite por vía burocrática habría requerido meses y meses. Estoy contento, por tanto, de haber podido satisfacerlo.

Agradezca otra vez a su señora el magnífico regalo. Para usted, un fuerte apretón de manos

Cataldo Friscia

ABOGADO NICOLA ZAMBARDINO

Viale della Libertà, 2 — Palermo

Al esclarecidísimo comendador

Calogero Longhitano

Vicolo Loreto, 12

Vigàta

Palermo, 12 de febrero de 1892

Esclarecidísimo comendador:

Mi cliente y colega Orazio Rusotto, aún en prisión, me ha hecho saber que usted deseaba tener noticias del desconocido hallado hace algunos días en un apartamento desocupado de Via delle Croci, 5, temiendo que se tratara de un lejano pariente suyo que responde al nombre de Calogerino Laganà. Por desgracia, debo comunicarle que su temor se ha revelado fundado. Pero también tengo el placer de hacerle saber que su pariente lejano pronto será autorizado a dejar el hospital porque se encuentra en vías de curación. Aún sufre de violentos dolores de cabeza (¡le han dado nada menos que veinte puntos!) y de algunos momentos de amnesia. Penalmente no hay nada en su contra, apenas sea dado de alta podrá regresar a Vigàta.

Sobre cómo han ido los hechos, le parece recordar lo siguiente: hallándose por negocios en Palermo, tuvo ganas de encontrarse con un amigo al que no veía desde hacía tiempo y que le constaba que vivía, justamente, en el número 5 de Via delle Croci. Una vez hubo subido al primer piso, advirtió la puerta de un apartamento abierta de par en par y decidió entrar para pedir más información. En cuanto metió un pie dentro, fue golpeado con violencia en la cabeza con un objeto contundente, con seguridad por obra de un ladrón, puesto que el señor Laganà, al despertarse en el hospital, debió constatar amargamente la desaparición de la cartera y de todo cuanto tenía en los bolsillos.

El señor Laganà lo saluda y no necesita nada.

Yo, de todos modos, quedo a su disposición.

Contento de haberle sido útil, reciba, esclarecidísimo comendador, mi más profunda estima

Nicola Zambardino

Bufete de abogados — Via Trinacria, 21 — Montelusa

*Al ilustrísimo señor
Filippo Genuardi
Via Cavour, 20
Vigàta*

Montelusa, 14 de febrero de 1892

Egregio señor:

Usted nos escribe para que nuestro bufete asuma por su cuenta dos tareas muy diversas entre sí y que es bueno considerar por separado.

La primera concierne a su manifiesta voluntad de recurrir a las leyes, procediendo con una querrela por difamación contra:

- a) el Puesto de los RR CC de Vigàta;
- b) el párroco don Cosimo Pirrotta de Vigàta;
- c) el señor Salvatore Sparapiano de San Volpano delle Madonie.

Sobre el punto a:

Por cuanto recordamos, nunca se ha interpuesto una acción legal contra un informe del Arma de los Reales Carabineros, quienes operan escrupulosamente en el ámbito de las funciones que les han sido asignadas.

La querrela, que con seguridad tendría un resultado negativo para usted, daría, además, una mala imagen y agravaría, de algún modo, las sospechas que pesan sobre usted de afiliación con los alborotadores.

Sobre el punto b:

Cuando el párroco de Vigàta eleva los ojos al cielo y se hace la señal de la cruz no realiza ninguna acción fuera de lo normal, es una manera como cualquier otra de expresarse. Actitudes similares son comunes a curas, monjas y frailes, como centenares de miles podrían testimoniar. La relación (es decir, que el párroco haya realizado esos gestos escandalizado al oír su nombre) no es fácilmente demostrable ante un Tribunal.

Sobre el punto c:

La firma del señor Salvatore Sparapiano es muy libre de vender sus mercancías a quien crea oportuno. En este caso específico las razones que aduce pueden ser opinables pero no lesivas. Un abogado de la parte contraria podría fácilmente demostrar que las palabras «anarquista» y «socialista» no necesariamente equivalen a ladrón o asesino.

En conclusión, estamos convencidos de que las tres querellas por difamación acabarían por volverse en su contra.

A nuestro bufete, además, no le agrada luchar por causas que considera perdidas de antemano.

La segunda tarea que usted quiere confiarnos es la solicitud del permiso para la colocación de los postes a los distintos propietarios de los terrenos que deberían ser atravesados por la línea telefónica.

Al efecto, adjunta la lista de nombres de los propietarios.

Para este segundo encargo nuestro bufete no encuentra problema alguno y está contento de aceptarlo.

Usted nos hace saber por lo que se refiere al señor Mariano Giacalone y al señor Filippo Mancuso que podría resolver usted mismo en persona la cuestión. Esto aligerará mucho nuestro trabajo. Asimismo usted nos pide que no nos ocupemos, por razones privadas, del señor Giacomo Giliberto. ¿Debemos presumir que será tarea suya tomar contacto con el susodicho?

A nuestro bufete, en conclusión, le quedaría el despacho de los trámites inherentes al señor Paolantonio Lopresti y a los Herederos Zappalà.

Al respecto le hago notar que dos de las personas con las que debemos ponernos en contacto viven fuera de las fronteras italianas, una en París y la otra, sin más, en Nueva York. Otros se encuentran en Nápoles, Ravanusa y Reggio Calabria.

Todo esto comporta tiempos desde luego no breves, en la feliz hipótesis de que todos, desde el primer momento, estén de acuerdo. En caso de no pronto consentimiento, o incluso de negativa, las negociaciones podrían alargarse indefinidamente.

Envíenos al menos trescientas liras para los gastos iniciales.

Distinguidos saludos

por el Bufete de abogados Nappa & Cuccurullo

Abogado Giosuè Nappa

Il Precursore

Periódico político diario

Dir. G. Oddo Bonafede

15 de febrero de 1892

INCENDIO DOLOSO EN VIGÀTA

La otra noche algunos desconocidos que habían penetrado en el almacén donde el señor Filippo Genuardi de Vigàta guardaba su velocípedo de motor «Panhard», capaz de desarrollar una velocidad de más de veinte kilómetros por hora, prendieron fuego al aparato con la ayuda del carburo de calcio almacenado y que servía para producir el acetileno para el encendido de las luces anteriores de las que el velocípedo estaba dotado. El aparato resultó irreparablemente quemado.

Nos hacemos eco de esta noticia porque este medio de locomoción —desde luego, destinado en un futuro próximo a revolucionar las comunicaciones en el mundo— era el único ejemplar que circulaba por nuestra isla.

La Policía y los Reales Carabineros indagan para descubrir a los autores del vandálico acto.

COSAS DICHAS CUATRO

A

(Comendador Parrinello—Comisario)

—¡Comendador Parrinello! Gracias por haber venido.

—Es mi deber, señor comisario.

—¿Cómo está Su Excelencia?

—Sigue vendado como una momia. La cosa va para largo.

—¿El inspector se ha marchado?

—Sí, precisamente ayer. Ha sido minucioso y preciso. También ha interrogado largamente al subprefecto de Bivona. En mi opinión, acabará muy mal.

—¿El prefecto, quiere decir?

—No. El subprefecto.

—¡Venga, comendador!

—Mire, la ruinoso caída de Su Excelencia se ha resuelto del todo a su favor. Al no poder ni hablar ni escribir, ni ha hablado ni ha escrito. Por tanto, nada de números, nada de frases sin sentido, ningún exceso contra los subversivos, como él los llama. A los ojos del prefecto Colombotto-Rosso, el inspector, nuestro doctor Marascianno no era más que un pobre accidentado. Por lo demás, en la Prefectura todo estaba en perfecto orden, me había ocupado yo. Colombotto-Rosso ha hecho alguna observación sin mayor importancia, como para salvar la cara, y justificará los gastos de viaje y estancia pidiendo la cabeza del subprefecto, autor de la denuncia.

—En resumen, ¿me está diciendo que tendremos que seguir teniendo en la Prefectura a un loco de atar como Marascianno? ¡Y justo ahora que me llegan rumores de grandes movimientos de campesinos!

—¿Qué quiere que le diga, señor comisario? Esto es lo que hay.

—Escuche, comendador, usted ya habrá entendido que yo soy uno que duerme con la criada.

—No, no lo había entendido. De todos modos, son asuntos suyos, usted es muy dueño.

—Pero no, Parrinello, es una expresión de nuestra tierra. Significa que me agrada hablar claro.

—Perdóneme el equívoco.

—Por tanto, debo informarle que he recibido dos cartas. Una es de un buen amigo mío que trabaja en el Ministerio. Le había escrito y me ha respondido. Marascianno nunca ha tenido ni una primera mujer muerta ni una segunda huida con el amante. Marascianno es célibe, soltero o como coño se diga. Veo que no se sorprende.

—Ya lo sospechaba.

—¿Por qué?

—He estado a menudo en los apartamentos de Su Excelencia, en la última planta

de la Prefectura. Se ve que es un hombre habituado a vivir sin una mujer al lado. A veces...

—... le ha dado pena.

—Me parecía un perro abandonado. La misma impresión tuvo mi mujer una noche en que conseguí que Su Excelencia viniera a cenar a casa. Cuando fuimos a acostarnos, mi mujer no podía coger el sueño. Le pregunté qué le pasaba y me respondió que pensaba en el prefecto. Y luego me preguntó: «¿estás seguro de que estuvo casado?». Y, después de un rato, me dijo: «estate cerca de este desgraciado, harás una obra de bien». Y es por eso...

—... que roció de aceite la escalera.

—¿Pero qué está diciendo?!

—Escuche, ya le he dicho que duermo con la criada.

—¿Usted puede dormir incluso con un pejepalo, me importa un bledo! Pero no debe permitirse...

—Me permito. Escúcheme. He recibido una carta anónima. Alguien, desde luego de la Prefectura, asegura que la caída de Su Excelencia no fue fortuita, sino provocada por el hecho de que el rellano y los dos primeros peldaños habían sido rociados con aceite.

—¿De quién es esa miserable carta anónima?

—No da ningún nombre.

—¿Lo ve? ¡Su sospecha hacia mí es sencillamente infamante!

—Comendador, usted se olvida de que soy, ante todo, un policía. Déjeme que le ruegue. La sospecha de que la caída de Su Excelencia había sido provocada la había tenido mucho antes de la carta anónima. ¡Qué casualidad! Por la mañana se anuncia la inspección y a primera hora de la tarde Su Excelencia es puesto en condiciones de no hablar ni escribir. Según usted ha sido la providencia quien le ha partido los huesos, es verdad, ¿pero le ha salvado la carrera? ¡Vamos! Y luego usted hace poco se ha traicionado, ¿sabe? ¡Sus palabras de piedad hacia Marascianno han sido mejor que una confesión! Pero ¿no ha pensado que ese pobre infeliz podía romperse el cuello?

—Lo pensamos, señor comisario.

—¿Cómo, «pensamos»?

—Mi señora y yo. Y entonces mi mujer tomó precauciones haciéndole una rica ofrenda a san Calógero y explicándole que la cosa era para un buen fin.

—¿Lo dice en serio?

—Nosotros creemos en san Calógero, señor comisario. Y de hecho, como ve... De todos modos, estoy a su disposición, dígame qué debo hacer y lo haré, desde la autodenuncia hasta la dimisión.

—¿Pero no me haga reír! Tenga, es la carta anónima. Examinándola bien, quizá conseguirá identificar al autor, la grafía está torpemente deformada. Comendador Parrinello, ha sido un verdadero placer verlo. Y salude de mi parte a su amable

consorte, a quien no tengo el placer de conocer.

—Señor comisario, ¿me hará el honor de venir a cenar a casa una de estas noches?

B

(*Giliberto—Pippo*)

—Pero ¿con qué cara se presenta ante mí?

—Señor Giliberto, escúcheme...

—Señor Genuardi, ¡yo no lo escucho un carajo! ¡Váyase inmediatamente o llamaré a los carabineros!

—Está bien, le escribiré mi abogado.

—¿Abogado? ¿Qué abogado? ¡Soy yo quien debería meterle un pleito! ¡Qué cara! Se acababa de casar, había venido a vivir aquí, en Via dell'Unitá d'Italia, en mi mismo rellano, puerta con puerta, parecía tan enamorado de su mujer que cada noche mi señora tenía que taparse los oídos para no oír la que montaban en la cama, ¡en cambio...!

—Señor Giliberto, ¿vamos a ponernos a repetir ahora historias más viejas que Matusalén?

—¡Sí, señor! ¡No me puedo olvidar de la cara de mi hija Annetta, entonces tenía trece años, era una chiquilla, cuando me dijo que usted, cada vez que se encontraba con ella en la escalera, le tocaba el culo! ¡Debería estar en chirona! ¡Aquella inocente subía la escalera contenta y despreocupada y usted, zas, la mano en el culo! ¡A mi hija!

—¿Me permite una palabra? Era sólo un juego. Estábamos conchabados. Annetta buscaba la manera de que nos encontráramos, se dejaba tocar, cogía la media lira que le daba...

—¡Usted, después de haberse aprovechado de ella, la quiere también difamar! ¿Qué quiere decir, que mi hija se vendía? ¡Yo lo mato!

—Señor Giliberto, deje inmediatamente ese cuchillo porque en cuanto se mueva le disparo. ¿Ve este revólver? Está cargado. Deje el cuchillo, sentémonos y razonemos. Así. ¡Oh, Dios bendito! Por tanto, aparte de la media lira que me costaba cada tocadita, cuando su hija le vino a contar la cosa... ¿Sabe por qué lo hizo? ¿No? Se lo digo yo. Había aumentado el precio, quería una lira por magreo y yo me negué. Cálmesese. Acuérdesese de que tengo el revólver. ¿Y usted qué hizo cuando lo supo? ¿Me denunció? ¿Armó un escándalo? No, señor, ni soñarlo. Vino a pedirme una indemnización de dos mil liras. Era mucho, pero se la di. ¿Es verdad o no?

—Sí, es verdad. Pero lo hice porque soy un hombre de buen corazón, no quería estropearle la vida haciendo que lo metieran en la cárcel.

—¿Y las otras dos mil que quiso seis meses después, cuando yo a su hija no la miraba ni con largavistas?

—Esa vez tenía una necesidad urgente.

—Y yo se las di. Pero usted cometió un error.

—¿Cuál?

—Que me lo escribió. Me mandó un billete. Que ahora tengo en el bolsillo. Lo leo, así se le refresca la memoria. «Señor Genuardi, usted debe darme inmediatamente dos mil liras, de otro modo le contaré el asunto de usted y mi hija a su mujer». Si llevo este billete al delegado Spinoso, lo arrestará. ¿Sabe cómo se llama lo que ha hecho? Chantaje.

—Sí, pero usted va a la cárcel por corrupción de menores.

—Espacio, egregio amigo, espacio. Annetta ahora está comprometida, ¿verdad?

—Sí, tiene que casarse dentro de un año y medio.

—Si esta historia sale a la luz, adiós compromiso, adiós matrimonio. Perdido por perdido, haré saber a todos que no sólo le tocaba el culo, sino que me la follaba con todos los sacramentos. Cállese. Quieto. Acuértese del revólver. Y su hija Annetta no encontrará otro marido ni entre los caníbales. ¿Me explico?

—Se explica muy bien. ¿Qué carajo quiere de mí?

—Necesito que usted me autorice por escrito a poner algunos postes en un terreno de su propiedad.

—¿Pagando?

(Caballero Mancuso—Comendador Longhitano)

—¡Caballero Mancuso! Pase, pase.

—Usted me ha hecho llamar y he acudido inmediatamente. ¡Cuando el comendador Longhitano ordena, Filippo Mancuso se pone firmes!

—Usted se burla, caballero. ¡Qué órdenes! Siempre ruegos, humildísimos. Lamento haberlo hecho incomodar de Vigàta a Montelusa. Pero, vea, desde hace unos veinte días estoy aquí, en casa de mi hermano Nino, que es médico y me cuida.

—¿Algo serio?

—Gracias a Dios, no. Pero a nuestra edad, mía y suya, es mejor que estemos atentos a la salud. ¿Usted cómo está?

—No me lamento.

—¡Encienda una vela a la Virgen! ¿Sabe cómo dice el proverbio? «Pasados los sesenta, cada mañana un dolor».

—Es verdad.

—No quiero molestarlo demasiado, caballero. Si lo he hecho venir hasta aquí es porque esta mañana he recibido una carta de aquel queridísimo amigo y persona como no hay otra que es el honorable Palazzotto.

—Que el Señor dé al honorable cien años de vida, debe corresponderle más allá de toda medida por el bien que hace, ¡incluso a quien no se lo merece!

—Aquí tiene, ésta es la carta. Se la leo. «Queridísimo Lollò: me dicen que no estás demasiado bien de salud y lo lamento muchísimo. Espero que puedas recuperarte pronto. Tenemos mucho trabajo que hacer juntos en el interés de nuestra amada tierra. Por lo que se refiere a la demanda de admisión en el Banco de Sicilia del contable Alberto di Filippo Mancuso, por ti tan calurosamente recomendado, debo comunicarte, con mucho placer, que la cosa está a punto de caramelo. Dentro de algunos días será llamado para una entrevista en la Dirección general de Palermo. Quien hablará con el contable Mancuso será el vicedirector central Antenore Mangimi, que es de Bolonia, pero es de los nuestros. Por tanto, no hay que preocuparse. Recupérate pronto. Un fraternal abrazo de tu Ciccio Palazzotto.» Pero ¿qué hace, caballero? ¿Se arrodilla?

—¡Sí, me arrodillo! ¡Y quiero besarle las manos! ¡No sé cómo agradecersele, cómo pagarle esta deuda! ¡Cualquier cosa, estoy a su total disposición!

—Caballero, créame, ¡ya me siento más que pagado al verlo tan contento! Me basta. No le hago perder más tiempo. Espero poder decirle, la próxima vez que nos veamos, que su hijo ha conseguido ese empleo en el Banco. Lo acompaño hasta la puerta.

—¡Por favor, comendador, no se moleste! Conozco el camino.

—Ah, disculpe, sólo un momento, me ha venido a la cabeza una cosa. ¿Sabe que Filippo Genuardi ha presentado una solicitud para una línea telefónica privada entre él y su suegro?

—No, señor, no lo sabía.

—Parece que una parte de los postes para sostener los hilos debería ser emplazada en sus terrenos.

—¡No hay ningún problema! ¡Yo soy amigo del suegro, Schilirò, y además a Pippo Genuardi lo he visto nacer y crecer! Repito: ningún problema. Que planten todos los postes que quieran.

—Al contrario, hay un problema.

—¿Ah, sí?

—Sí.

—¿Cuál?

—Que esos postes no deben ponerse en sus terrenos.

—¿Ah, no?

—No.

—¡Ningún problema, comendador! ¡Ni a tiros dejaré que claven un solo poste! Que Filippo Genuardi vaya a rascarse los cuernos a otra parte.

D

(Pippo—Señora Giacalone—Mariano Giacalone)

—Buenos días, señora. ¿Está en casa el señor Giacalone?

—Disculpe, ¿usted quién es?

—Soy Filippo Genuardi. ¿No se acuerda de mí, señora Berta? Me conoce usted desde que era un chiquillo.

—¡Ah, eres tú! ¡Pippo! Discúlpame, hijo mío, pero la edad me ha debilitado la vista. ¿Te casaste, verdad? ¿Tienes hijos? Los hijos son la providencia de la casa.

—No, aún no hemos tenido. ¿Está el señor Giacalone?

—¿Mi marido? ¿Mariano?

—Sí, señora, el señor Mariano, su marido.

—¿Qué te puedo decir, hijo mío? Está y no está.

—¿Qué quiere decir?

—Quiere decir que desde hace tres días Mariano no está bien de la cabeza. Y pensar que hasta hace tres días parecía un jovencito, con sus más de ochenta años. El lunes pasado, mientras estábamos comiendo, me mira fijo y luego me pregunta: «Disculpe, señora, pero ¿usted quién es?». Yo sentí que se me helaba la sangre. «¡Soy Berta, tu mujer!» Nada, no hubo manera, sólo hacia el atardecer me reconoció otra vez: «¿Dónde has estado todo el santo día que no te has dejado ver?». ¡Qué desgracia, hijo mío! ¿Qué querías de mi marido?

—¿Puedo hablar con él?

—Pasa, pero hoy no es un buen día. Aquí lo tienes. Está siempre así, sentado en el sillón y a veces ni siquiera puede hablar.

—¿Cómo se siente, don Mariano?

—¿Y tú quién eres?

—Soy Filippo Genuardi.

—¡Déjame ver tu carné de identidad!

—No lo llevo encima.

—¿Y entonces quién me garantiza que tú eres Filippo Genuardi? Y usted, señora, tenga la bondad de no estar dando vueltas por la casa como si fuera la patrona, aprovechándose de que no está mi mujer.

—¡Oh, Señor, soy Berta! ¡Mariano, hace sesenta y dos años que estamos casados!

—Usted también, señora, déjeme ver el carné de identidad.

—¿Lo ves, Pippo? ¡Te lo había dicho que no era un buen día!

—Tiene razón, señora. Hasta pronto, señor Giacalone.

—¿A quién saludas, tú? ¿Quién es ese Giacalone?

—¿Lo ves, Pippo, lo ves? ¡No se reconoce ni a sí mismo!

—¿Llamó al médico?

—Claro.

—¿Qué dijo?

—No pudo decirme si mi marido se recuperará o no. Pero, en cualquier caso, me dijo que es algo de la edad. Por curiosidad, ¿qué querías de Mariano?

—Que firmase un papel, el permiso para poner algunos postes en su terreno.

—¿Y cómo hace para firmar? ¡Si ni siquiera sabe quién es! Hagamos así, Pippo: si por casualidad se recupera un poquito y me reconoce, te hago llamar de prisa y tú vienes con el papel para firmar.

—Le estaré muy agradecido, señora Berta.

—Buena suerte, hijo mío.

—Espero que hasta pronto, señora.

...

—Berta, ¿ya se ha ido ese pelmazo de Pippo Genuardi?

—Sí, ahora mismo. ¿Qué tal te pareció la escena?

—Me pareció bien. Se fue convencido. Pero, escucha: mañana por la mañana salimos para Caltanissetta; vamos a vivir durante algún tiempo donde nuestro hijo. ¡No puedo estar siempre encerrado en casa y fingir que me he vuelto estúpido sólo para complacer a don Lollò Longhitano!

E

(*Giacomo La Ferlita—Pippo*)

—Señor La Ferlita, cuento hasta tres y si usted no ha salido de mi almacén, le rompo el culo. Uno...

—Señor Genuardi, mire que me presento ante usted por puro escrúpulo de conciencia.

—¿Conciencia? ¿Después de que ese grandísimo cornudo de su hermano Sasà me ha hecho quemar el velocípedo?

—Ah, ¿usted piensa que ha sido él?

—¿Pienso? Pongo la mano en el fuego.

—Tiene razón, señor Genuardi. Pero indirectamente.

—¿Qué quiere decir?

—Primero permítame una pregunta. ¿Usted lee los periódicos?

—No.

—Por tanto, ¿usted no sabe qué le ha ocurrido en Palermo a un tal Calogerino Laganà?

—¿Calogerino? ¿Un hombre de don Lollò Longhitano? No, no sé nada.

—¿Usted ha visto recientemente al comendador Longhitano?

—No, hace tiempo que no lo veo. Pero ¿se puede saber por qué me está dando el coñazo con estas preguntas?

—Ahora me explico. Lo hemos hecho caer en una trampa, señor Genuardi. Y me he dado cuenta de qué peligrosa era esta trampa sólo después de que le quemaran el velocípedo.

—Pero ¿de qué trampa habla?

—Señor Genuardi, la tercera dirección de Sasà, la que le escribió Angelo Guttadauro y que yo le confirmé, Via delle Croci, 5, era falsa. Estábamos conchabados, Sasà, Guttadauro y yo. Mi hermano estaba persuadido, y tenía razón, de que usted le comunicaba a Longhitano cada cambio de dirección. Así que quiso hacer una prueba. Cada noche se apostaba en el apartamento y esperaba. Ya estaba perdiendo la paciencia cuando el tal Calogerino, mandado por don Lollò para vengarse a golpes de mi hermano, se presentó. Sasà, cogiéndolo por sorpresa, le rompió la cabeza y le sacó todo lo que tenía en el bolsillo, para ultrajarlo. Para su información, Calogerino estaba armado con un revólver y un cuchillo.

—Dígale a Sasà que prepare el ataúd. Esta vez el comendador, si lo coge, lo convierte en pienso para las gallinas.

—¿Y con usted qué hace, pienso para los cerdos?

—¿Yo? ¿Qué tengo que ver yo?

—¡Entonces quiere decir que no ha entendido nada! Haga sus cuentas, señor

Genuardi. La primera vez el hombre de don Lollò va a la dirección que usted le ha dado y no encuentra a Sasà. Usted se procura la segunda dirección, se la pasa al comendador, su hombre parte hacia Palermo e ídem con patatas. La tercera vez al hombre de don Lollò le rompen los cuernos. ¿Ahora qué debe pensar el pobre comendador?

—¡Oh, Virgen santa! ¡Oh, san José bendito! ¡Estoy perdido!

—¿Ha entendido, ahora? Ante todo, persuadido como está de que usted le ha dado por el culo de acuerdo con Sasà, le ha hecho quemar el velocípedo. Ahora he sentido escrúpulos de conciencia de que don Lollò no se conforme con una quemadita. Si se le mete en la cabeza es capaz de...

—Tengo que cerrar el almacén. Me marchó. Tengo que cerrar el almacén. Márchese márchese márchese márchese tengo que cerrar el almacén tengo que ce...

COSAS ESCRITAS CINCO

¡Padre queridísimo y suegro reverenciado!:

Me veo obligado a escribirle de prisa estas pocas líneas antes de coger el tren que, durante algún tiempo, me llevará lejos de Vigàta. Al menos hasta que el fuerte viento que se ha desencadenado en mi contra haya amainado. Taninè, a la cual esta noche le he contado algo, se lo referirá en persona. Lo que me está ocurriendo, querido padre, es sencillamente terrible, sobre todo si se considera que este aguacero nace de un vulgar equívoco.

El comendador don Lollò Longhitano, sabiéndome fraternal amigo de Sasà La Ferlita, me preguntó si conocía la dirección de Sasà en Palermo. Don Lollò me especificó que era porque quería resolver pacíficamente un asunto de dinero entre Sasà y Nino, hermano del comendador, y que a tal fin mandaría a Palermo a un subordinado suyo, un tal Calogerino Laganà. Y yo, ingenuamente, de buena fe, se la di.

Sin embargo, entretanto Sasà se había mudado. Enterado de ello, se lo advertí al comendador, dándole, siempre de buena fe, la nueva dirección. Tampoco esta vez Laganà, desplazado expresamente a Palermo, halló a Sasà. El comendador me expresó, en esta ocasión, sus protestas por mi imprecisión, reprochándome mi escasa voluntad de colaboración con una obra de apaciguamiento. Herido en lo más vivo, me informé de la tercera dirección palermitana de Sasà y se la comuniqué al comendador, estimando para mí que el asunto estaba concluido. No sabía, y usted debe creerme, le hablo con la sinceridad de un verdadero hijo, que se trataba de una trampa tendida a mí y al comendador por esa alma descarriada de Sasà. Las señas que apostaba me habían dado eran falsas, al punto que el pobre Laganà, que se había desplazado hasta allí, fue agredido por Sasà y seriamente herido en la cabeza. En este punto el comendador se persuadió, del todo erróneamente, de que yo hacía comedia: mientras le daba la dirección, simultáneamente advertía a Sasà. Pero ¿con qué fin me habría hecho el artista? ¿Qué ganaba con ello? Yo tenía, y tengo, en nombre de la amistad, el máximo interés en que reine la concordia entre el comendador y Sasà, ¡no en atizar el fuego!

De todos modos, obstinado en esta idea equivocada, el comendador, por despecho, me ha hecho quemar el velocípedo de motor, estoy seguro de ello por una serie de cosas que sería largo explicarle. No satisfecho con eso, ha obligado al caballero Mancuso a decir un tajante «no», sin explicaciones, a mi solicitud de pasar los postes del teléfono por sus terrenos. Lo mismo ha hecho con Mariano Giacalone, quien ha fingido volverse estúpido de golpe y, por tanto, no estar en condiciones de poner ninguna firma. También estoy seguro, a la luz de cuanto he sabido, que detrás de la carta de la firma Sparapiano, que se niega a seguir vendiéndome madera, está don Lollò.

Padre querido y suegro reverenciado, le juro que en todo este asunto soy tan inocente como el Niño Jesús, sólo le he hecho un favor al comendador, al que creía amigo. Pienso que es mejor para mí cambiar de aires durante algún tiempo, antes de

que don Lollò tenga la ocurrencia de hacerme tirar al mar con un ancla al cuello.

Taninè conoce mi dirección y se la dará de viva voz. También le entregará las llaves del almacén, ocúpese usted dentro de lo que pueda.

Si llega correspondencia para mí, cada dos o tres cartas, las pone en un sobre grande y me las expide, cuidando de que nadie pueda leer la dirección y descubrir dónde me encuentro. Por necesidad, he tenido que coger todo el dinero que tenía en casa: ¿quiere pensar usted en su hija? Luego me dirá cuánto le ha dado.

Taninè, además de ésta mía, le llevará también la carta que me mandó ese falaz amigo de Palermo dándome la falsa dirección de Sasà. Esta carta es la base de mis desgracias. Si por casualidad se encuentra con el comendador Longhitano (sé que usted no quiere tener nada que ver con ese hombre), busque la manera de hacérsela ver. Ella me excusa completamente y clama mi perfecta buena fe.

Estoy en sus manos.

Pippo

A S.E. el prefecto
de
Montelusa

Montelusa, 15 de marzo de 1892

Objeto: *Filippo Genuardi*

Excelencia:

Mi valeroso predecesor en el Mando del Puesto de los Reales Carabineros de Vigàta, teniente Gesualdo Lanza-Turò, al darme el relevo, me encomendó vivamente que tuviera bajo estrechísima vigilancia a un tal Filippo Genuardi, conocido subversivo, y que, si tenía ocasión de descubrir algo sospechoso, se lo refiriera en el acto a V.E.

Pues bien, en la noche entre el 13 y el 14 de febrero del c. a. algunos individuos, hasta ahora desconocidos, después de forzar el gran cerrojo que mantenía cerrada la puerta, se introdujeron en el almacén donde Filippo Genuardi solía guardar su velocípedo de motor Panhard 2 C.V.

Los ladrones pudieron actuar con libertad porque dicho almacén da al Vicolo dell'Abbondanza (que hace esquina con Via Cavour, donde Genuardi tiene su vivienda y almacén de maderas). De hecho, el Vicolo dell'Abbondanza carece de iluminación y por eso está lleno de excrementos y de mugre.

Una vez dentro del almacén, los malhechores tenían muy fácil prender fuego al aparato automóvil. Dirigidos inmediatamente al lugar, hicimos algunas observaciones que no se contradicen con las del delegado local de policía de Vigàta, señor Antonio Spinoso.

No había necesidad de ser un experto pirómano para darse cuenta de que la deliberada combustión había sido producida empleando el carburo (acetiluro de calcio) que Genuardi guardaba en el almacén, dado que los faros del velocípedo de motor funcionaban con acetileno.

El delegado Spinoso, en este punto, era del parecer de que tanto el descerrajamiento como la combustión eran imputables a desconocidos, quizá movidos por la envidia hacia Genuardi. Este Puesto, por el contrario, se plantea la siguiente pregunta: ¿qué artes adivinatorias poseían los autores del atentado para saber *previamente* que en el almacén hallarían en abundancia el material comburente indispensable para su criminal designio?

Tras efectuar algunas discretas indagaciones, hemos sabido que el velocípedo de motor había sido asegurado, ¡y muy bien!, por Genuardi: en caso de incendio del

automóvil (incendio no debido a negligencia del propietario), Genuardi percibiría una indemnización del seguro equivalente a nada menos que dos veces y media la cifra desembolsada para la adquisición.

Siempre gracias a nuestras indagaciones, también hemos tenido noticia de que la actual situación económica de Genuardi no es nada floreciente, es más, pelagra después de que la firma Salvatore Sparapiano, de San Volpato delle Madonie, ha cortado toda relación con él debido a las manifiestas ideas subversivas de Genuardi, al ser los Sparapiano una familia tradicionalmente connotada por sus altos sentimientos de Patriotismo.

Para Genuardi, el perjuicio de este cese de relaciones es notable: por cuanto nos consta, la firma Sparapiano solía conceder a Genuardi un largo crédito, permitiéndole un amplio plazo para el pago de la madera suministrada.

Asimismo hemos comprobado que Genuardi ha iniciado los trámites inherentes a la concesión de una línea telefónica de uso privado. A pesar de una nota de mi predecesor, el teniente Lanza-Turò, dirigida a la Oficina regional de Correos y Telégrafos aconsejando la paralización del trámite, inexplicablemente ha continuado su curso. Por tanto, Genuardi, para la concesión telefónica, necesitará tener liquidez para hacer frente a considerables gastos.

Para concluir, este Puesto abriga la sospecha (más que la sospecha) de que quien montó el teatrillo del falso descerrajamiento y del falso incendio fue el mismo Filippo Genuardi con la complicidad de algún amigote.

En este sentido continuaremos las indagaciones.

Respetuosamente

El comandante del Puesto de los RR CC
(*Tte. Ilario Lanza-Scocca*)

El ministro

*Al caballero
Artidoro Conigliaro
Subprefecto de
Bivona*

Roma, 20 de marzo de 1892

¡Señor subprefecto!:

Estoy aquí para comunicarle que las conclusiones del informe relativo a la investigación efectuada por S.E. el inspector general Colombotto-Rosso, *por indicación suya*, sobre el estado de salud mental de S.E. Vittorio Marascianno, Real prefecto de Montelusa, exigen medidas inmediatas.

A pesar del grave accidente ocurrido a S.E. Marascianno, nuestro inspector general ha llegado a la indiscutible convicción, del todo opuesta a cuanto se afirmaba en su carta de denuncia, de que el prefecto de Montelusa es un alto funcionario del Estado de raro equilibrio moral y mental. Como usted recordará, después de unos tres meses de que S.E. Marascianno hubiera ocupado su alto cargo en Montelusa, por puro escrúpulo y por apego a su cometido, inspeccionó por sorpresa la Subprefectura de Bivona, dirigida por usted.

Pues bien, en aquella ocasión S.E. Marascianno pudo detectar cohecho, prevaricación y apropiaciones indebidas.

S.E. Marascianno después de haberlo reconvenido, como era su deber, dejó constancia de ello en su hoja de servicios, estimando con esto que el caso estaba cerrado.

Evidentemente, se equivocaba.

Usted, obnubilado por un injustificado rencor y no queriendo dejar impune semejante mácula en su hoja de servicios, imparcialmente redactada por quien sólo actuaba en nombre del deber y la justicia, ha mostrado un desmesurado deseo de hacer daño a su superior, hasta asumir la apariencia de un verdadero calumniador.

Usted, además, cegado por su sentimiento de rencor, ha tomado por demencial desatino algunas precisas indicaciones de S.E. y ha reaccionado de manera despreciable mofándose de él.

De hecho: al afirmar que los gérmenes eran «rojo intenso», S.E. aludía al color preferido de las sectas de insurrectos que con su presencia contaminan la hermosa tierra de Sicilia; al sostener que cada germen estaba dotado de 2.402 «patitas», S.E. Marascianno se refería al número exacto de los adeptos de las sectas que, en Bivona y

sus alrededores, predicán la revolución.

Usted no ha querido entender, faltando a sus responsabilidades.

Con efecto inmediato es trasladado usted a Santolussurgiu (Cerdeña) en funciones de subprefecto adjunto.

El ministro
Giovanni Nicotera

Bufete de abogados — Via Trinacria, 21 — Montelusa

*Al ilustrísimo señor
Filippo Genuardi
Via Cavour, 20
Vigàta*

Montelusa, 1 de abril de 1892

Querido señor Genuardi:

Tengo el honor de darle noticias del trámite que le interesa.

La parcela catastral n° 28, que pertenece a los herederos de Stefano Zappalà no es alodial, está gravada por una hipoteca del Banco de Sicilia. Y, por tanto, los herederos no tienen las manos libres con el terreno, sólo pueden disponer de él previo consentimiento del Banco. Como usted comprenderá, esta situación complica las cosas y alarga los tiempos de resolución. *Es probable que tenga que engrasar algunos engranajes.* Para ser concreto: la señora Agatina Zappalà de Graceffo me ha escrito que, en resumen, sería proclive a concederle el permiso para el hoyo previo conocimiento de la cifra que usted tiene la intención de desembolsar; el señor Vincenzo Zappalà tiene un parecer resueltamente negativo; el señor Pancrazio Zappalà se alinea con la posición de su hermano Vincenzo; el señor Costantino Zappalà, se orientaría por el sí; por el no estaría, en cambio, el señor Calcedonio Zappalà, que vive en París (de todos modos, ha concedido un poder a nombre de su hermano Pancrazio). Un caso aparte es la señora Ersilia Zappalà de Piromalli, que sería propensa a la cesión del hoyo pero sólo de manera temporal, temiendo la prescripción adquisitiva. Del señor Paolantonio Lopresti, que vive en Nueva York, aún no he recibido respuesta, en mi opinión pasará bastante tiempo. En este punto se hace indispensable, por su parte, la cuantificación y la valoración de cada hoyo (uso impropriamente la palabra «hoyo» apostó: si pidiéramos el permiso para una «fundación» o para una «excavación» y similares suscitaríamos, con seguridad, respuestas antipáticas).

¿Ha resuelto usted la situación con los señores Giacalone, Mancuso y Giliberto?

Téngame informado.

Distinguidos saludos

por el Bufete de abogados Nappa & Cuccurullo
Abogado Giosuè Nappa

Oficina Regional — Via Ruggero Settimo, 32 — Palermo

*Gentilísimo señor
Filippo Genuardi
Via Cavour, 20
Vigàta*

Palermo, 5 de abril de 1892

Querido amigo:

Por casualidad, he notado que el matasellos de la carta que me ha enviado era de Palermo. ¿Ha estado en la ciudad? ¿Por qué no ha pasado a visitarnos a mí o al doctor Caltabiano, que tanto desea conocerlo?

De todos modos, respondo a la suya.

La cuantificación y la valoración del foso en el que enterrar cada poste no es un cálculo difícil, basta con remitirse a los precedentes. Por tanto: cada excavación debe tener dos metros de profundidad y cuarenta centímetros de diámetro. Si la excavación es practicada dentro de los límites del pueblo, la suma que, en general, se abona al propietario del terreno es de quince (15) liras por cada servidumbre; si, en cambio, la excavación se realiza en terreno agrícola, el coste está en torno a las cinco (5) o siete (7) liras, salvo excepciones. No veo nada que se oponga al alquiler en vez de a la compra del terreno: quiero decir que incluso una cesión temporal puede estar bien, siempre que no sea inferior a diez (10) años. En efecto, la concesión gubernamental tiene una validez de cinco (5) años, vencidos los cuales puede ser renovada o revocada, pero en general se la renueva por otro quinquenio.

Ahora paso a la parte negativa.

Usted me comunica que encuentra muchas dificultades para obtener el consentimiento de los diversos propietarios de los terrenos y me propone un trazado alternativo al indicado por mí.

Si yo aceptase, de ello resultaría lo siguiente: durante los primeros doscientos (200) metros, la colocación de los postes tendría un recorrido lineal y luego asumiría una evolución zigzagueante con numerosos ángulos agudos, por tanto se desarrollaría de manera sinuosa con amplias curvas para luego volver a ser recta sólo en los últimos trescientos (300) metros.

Le digo de inmediato que semejante trazado no permitiría la comunicación, puesto que se vería continuamente interferida por descargas, zumbidos, murmullos, etcétera.

Y hay más: su trazado correría, al menos en dos puntos, en paralelo con la única

línea telegráfica existente en la zona. El aparato AderBell, que le será suministrado, emplea, para reforzar las vibraciones de la lámina delante de la cual se habla, una bobina de inducción. Esta bobina es muy sensible a las corrientes parasitarias de las líneas telegráficas que se encuentren a poca distancia del trayecto y, en consecuencia, la recepción de las palabras, notablemente perturbadas, resultaría incomprensible.

Naturalmente, usted es muy dueño de pagar un recorrido de ocho (8) kilómetros en vez de los tres (3) que se le requieren, pues éstos son los que resultarían de su trazado. Pero, aparte del gasto excesivo, al haber presentado usted una solicitud para la concesión de uso privado para tres (3) kilómetros, el trámite en curso sería anulado y se debería volver a empezar la gestión. Y al final de este vía crucis usted tendría, créame, un teléfono absolutamente inútil.

Querido amigo, tengo una gran experiencia al respecto: siempre he visto que las cosas se arreglaban con tiempo, mano izquierda y el desembolso de algunas liras más en favor de los antipáticos propietarios de los terrenos. Deme noticias suyas.

Saludos muy cordiales

El topógrafo encargado
(*Agostino Pulitanò*)

*Al señor comisario
de
Montelusa*

Vigàta, 7 de abril de 1892

Ilustrísimo señor comisario:

Le agradezco la amabilidad de haberme enviado, de forma privada, copia de la carta (en ella no hay ni una relación ni una nota informativa) remitida por el teniente de los RR CC Ilario Lanza-Scocca a S.E. el prefecto de Montelusa y que su suplente, el comendador Parrinello, le ha hecho llegar en cumplimiento de sus funciones. ¿Qué puedo decirle, señor comisario? Se me caen los brazos.

Lo que los RR CC de Vigàta están haciendo desde hace tiempo respecto de Filippo Genuardi se puede llamar, sin temor a desmentido alguno, una persecución ciega y obstinada. Yo abrigaba la confianza de que, con la sustitución del teniente Lanza-Turò por otro comandante, las cosas irían, de algún modo, mejor. ¡Pero en vez de dejar de llover ha llegado el diluvio!

Han mandado como sustituto al teniente Ilario Lanza-Scocca, que no sólo es primo de su predecesor, sino que siempre ha sido, permíteme la expresión vulgar, carne y uña con él.

Todos en Vigàta pueden ser testigos de ello: cuando el teniente Lanza-Turò aún prestaba servicios en Vigàta, a menudo venía a verlo su primo el teniente Lanza-Scocca y los dos siempre estaban juntos, paseando por el muelle o tomando un helado en el local Caffè Castiglione. A veces se dirigían juntos a algún baile en Montelusa.

Está claro que el teniente Lanza-Scocca está haciendo de todo para rehabilitar a su primo, a costa quizá de cometer una injusticia contra alguien como Genuardi, que no es un santo, pero al que ni siquiera se le pasa por la antecámara del cerebro estafar al seguro. Y esto no por escrúpulo moral, sino por el incierto resultado de la empresa.

A Genuardi le interesaba más aquel velocípedo de motor que su propia vista, al punto de haberse peleado con su suegro, que no quería que lo comprase: durante mucho tiempo las relaciones fueron tensas por culpa del aparato.

A la desesperada, si hubiera tenido necesidad de quemar algo para realizar una estafa, Genuardi habría prendido fuego al almacén de maderas y no, desde luego, al velocípedo.

Cuando no lo usaba (estaba siempre espantando a los ignorantes a causa de las frecuentes explosiones provenientes del motor), Genuardi guardaba el velocípedo en el correspondiente almacén, dejando de día la puerta abierta para permitir la

circulación del aire: cualquiera, al pasar, podía ver el carburo que Genuardi tenía acumulado como reserva.

Y además: ¿el teniente Lanza-Scocca opina seriamente que Genuardi pueda haber contado, para satisfacer sus necesidades, con la pasta que habría recibido del seguro? ¿Al contado!? A Genuardi le saldrían canas antes de conseguir ver aunque sea una lira de La Fondiaria Assicurazioni, que es conocida en toda Italia por los increíbles sofismas que se inventa para evitar hacer desembolsos.

Si quiere la pasta para la línea telefónica, Genuardi tendrá que ir a llorarle a su suegro, que le hará sudar sangre a litros por cada metro de cable.

Si usted me pregunta, en cambio, si me he formado una idea sobre los motivos del incendio del velocípedo de motor, le respondo, con cautela, que me estoy formando una opinión.

No se trata, como alguien ha supuesto, de un acto vandálico, quizá movido por la envidia: ¿a estos desconocidos les habría dado envidia después de meses y meses que el aparato había aparecido por Vigàta?

Por el contrario, yo pienso que, de algún modo, está relacionado con la frecuentación de Genuardi de un personaje de respeto, como se dice por aquí. Se trata de una persona que, con sistemas no lícitos y con afiliaciones mafiosas, ha obtenido un gran poder, pero es un hombre difícil de manejar. Puede ser que un error o un desaire, incluso involuntarios, de Genuardi hayan inducido a esta persona a mostrar su autoridad, provocando en él una reacción que es típica, es decir, entregar a las llamas olivares y casas de campo. Ahora bien, con el progreso, habrá venido el tiempo de los velocípedos de motor.

Mi hipótesis es corroborada por algunos rumores que me han llegado: el personaje de respeto habría ejercitado presiones sobre algunos propietarios para que no concedieran a Genuardi el permiso para la colocación de los postes de la línea telefónica que debería atravesar sus terrenos.

Aprovecho la ocasión para un desahogo que su bondad se dignará, desde luego, a perdonar. Después de un año de servicio en Vigàta, propuse el confinamiento policial para esta persona de respeto.

Supe, por el señor comisario de la época, que la solicitud había sido rechazada por el presidente del Tribunal de Montelusa (que es el mismo que hoy, por tanto, es en vano insistir).

Al año siguiente, conseguí que le quitaran el permiso de armas: pues bien, le fue restituido dos meses después con muchas disculpas. No satisfechos con esto, ¡quienes lo protegen lo han distinguido con el título de los honestos y de los obedientes a las leyes! Consideraré mi deber informarle en cuanto tenga hechos precisos, no rumores ni suposiciones.

Le pido una vez más clemencia si me he dejado llevar por la ira, pero los despropósitos me hacen subir la sangre a la cabeza.

Sinceramente suyo

El delegado de policía de Vigàta
(*Antonio Spinoso*)

P.S. Como antes le he dicho, el teniente Lanza-Scocca quiere rehabilitar a su primo sobre todo a los ojos del comendador general de Saint-Pierre, el cual actuó, me permito sumisamente recordárselo, siguiendo su personal indicación ordenando el traslado del teniente Lanza-Turò.

MINISTERIO DEL INTERIOR
DIRECCIÓN GENERAL DE LA POLICÍA

El director general

*A los señores prefectos
de SICILIA;
Sedes*

*A los señores comisarios
de SICILIA
Sedes*

Roma, 8 de abril de 1892

Con fecha 7 de abril del corriente año Su Excelencia el ministro del Interior, tras haber recibido de esta Dirección general un exhaustivo informe sobre las condiciones de la Seguridad Pública en Sicilia, me ordenaba lo siguiente:

Que ponga sin demora en conocimiento de todos los señores prefectos y de los señores comisarios de la isla el informe a mí enviado, con la excepción de los *omissis* de la página 2 (dos). Ellos deberán ser plenamente advertidos de la gravedad de la situación y tomar medidas enérgicas y adecuadas para impedir la turgencia de un movimiento que es, a un tiempo, *vulnus* y ultraje para nuestro país. Es una perogrullada que la agrupación de vagabundos alborotadores puede ser espontánea, pero también es cierto y manifiesto que su multiplicación se debe a hábiles insurrectos que captan, aprovechándose de cualquier mínimo y momentáneo malestar, nuevos adeptos para sus sórdidos aquelarres, para sus convivales iniquidades.

Sepan los señores prefectos y los señores comisarios que no hay tiempo que perder.

Me honro, por tanto, de transmitir el informe despojado de las partes que no atañen a la cuestión examinada.

... y, por consiguiente, desde hace tiempo nos llegaban, desde distintas partes de la isla, noticias sobre la *voluntaria* disolución de las pululantes sociedades de socorros mutuos obreros de inspiración sobre todo mazziniana. Tales sociedades, como se sabe, prevén la mutua asistencia entre socios, los cuales pagan una determinada cuota mensual, pero recientemente han empezado a hacerse promotoras de huelgas y de agitaciones, con el fin de obtener insensatos aumentos salariales. Insensatos considerando el estado miserable de la agricultura, la caída de las exportaciones y de la producción de azufre y sal, y el frustrado desarrollo de la economía. Pero precisamente por las condiciones antes descritas —que no sólo perduran, sino que pueden estimarse en proceso de

agravamiento— la vertiginosa difusión de este singular fenómeno ha despertado nuestras sospechas: ¿cómo es que las sociedades de socorros mutuos se disolvían cuando, acaso, la necesidad que había de ellas era aún más apremiante? Nos impresionó, sobre todo, la disolución de dos sociedades palermitanas que reunían a los trabajadores de las fundiciones denominadas «Florio» y «Oretea».

Hábiles informadores, instados por nosotros, nos proporcionaron una explicación nada reconfortante: todas las sociedades obreras sicilianas —con alguna rara excepción— en poco tiempo se disolverán para confluir unitariamente en una única organización que debería asumir la denominación de «Fascio de los trabajadores sicilianos» (o algo similar).

Dejo a Vuestra Excelencia, señor ministro, imaginar cuánta capacidad destructiva puede desarrollar semejante organización, animada principalmente por un odio ciego por el Orden, la Sociedad y el Estado.

También hemos sabido que los jefes del movimiento sedicioso están actualmente congregados en Palermo (lo estarán todavía durante algún tiempo) con el objetivo de definir el «estatuto» de la organización que, esto es cuanto se ha sabido, mantendrá sólo «pro forma» el originario propósito de los socorros mutuos mientras que, en cambio, su auténtica finalidad será la de promover desatinadas huelgas y violentas agitaciones, con el fin último de dañar irreparablemente los pilares de nuestra Sociedad civil.

Los nombres de los futuros jefes de los «Fascios» son, en parte, ya conocidos, pero será oportuno recordarlos:

Rosario Garibaldi Bosco (Palermo)

Francesco Maniscalco (Palermo)

Giacomo Montalto (Trapani)

Francesco Cassisa (Trapani)

Luigi Macchi (Catania)

G. De Felice Giuffrida (Catania)

Nicola Petrina (Messina)

Francesco Noè (Messina)

Francesco de Luca (Montelusa)

Éstos pueden contar con el apoyo más o menos explícito de los siguientes Honorables Diputados de la isla:

(omissis)

y de las siguientes personalidades de ideas liberales o radicales:

(omissis)

Hasta aquí el informe enviado por S.E. el señor ministro.

Comunicamos asimismo los nombres de algunos de los participantes en la reunión; otros se comunicarán en cuanto sean verificados:

- 1) Nicola Barbato de Piana dei Greci
- 2) Giuseppe Bivona de Menfi
- 3) Carmelo Rao de Canicattì
- 4) L. Caratozzolo de San Biagio Platani
- 5) G. Mondello de Casteltermini
- 6) Stefano Di Mino de Grotte
- 7) F. Genuardi de Vigàta
- 8) Lorenzo Panepinto de Burgio
- 9) C. Ricci-Gramitto de Montelusa
- 10) Oreste Trupiano de Valguarnera
- 11) Bernardino Verro de Corleone

El director general de la Policía
(Giuseppe Sensales)

Il Precursore

Periódico político diario

Dir. G. Oddo Bonafede

14 de abril de 1892

FORZAMIENTO SIN HURTO

Nuestro corresponsal en Vigàta nos señala un singular episodio ocurrido ayer por la noche en aquella ciudadela. Unos desconocidos, después de haber forzado torpemente el portón de entrada, penetraron en los locales de la Oficina de Correos y Telégrafos, sita en Via del Mare, 100. Al día siguiente, por la mañana, el encargado de las admisiones postales, señor Vittorio Tamburello, se percataba del descerrajamiento e informaba prontamente de él al Puesto de los Reales Carabineros. El señor Tamburello, después de repetidos y meticulosos controles, declaraba con estupor que, a pesar del evidente desorden que había en la Oficina, no había desaparecido nada, ni del correo a punto de salir ni de los numerosos bultos y pliegos por distribuir en el pueblo. Un cajón en el que había 300 liras fue violentado, pero el dinero no fue robado. Debe excluirse que pueda tratarse de una broma: los autores de la baladronada, si fueran descubiertos, lo pagarían muy caro. Los RR CC indagan.

COSAS DICHAS CINCO

(*Tamburello—Comendador Longhitano—Calogerino*)

—¡Querido señor Tamburello! ¡Qué placer verlo! ¡Usted me hace un regalo con su visita!

—¡El placer y el honor, grandísimos, son todos míos, egregio comendador Longhitano!

—Se me cae la cara al suelo de pensar que lo he hecho desplazarse hasta Montelusa, pero es que desde hace algún tiempo estoy aquí, en casa de mi hermano. Padezco de pequeños trastornos debidos a la edad, y mi hermano, que es médico, me atiende.

—Pero ¿qué me dice? ¿Qué trastornos? ¡Usted está fresco como una rosa, hecho una pinturita!

—¿Sabe por qué me he permitido mandarlo llamar?

—No tengo ni la más remota idea, pero he venido inmediatamente por el solo placer de verlo.

—¿Le parece? Ahora que usted está delante de mí, me arrepiento, me avergüenzo de haberlo importunado por una bobada.

—Aunque fuese para nada, estaría feliz lo mismo. Hable, estoy a sus órdenes.

—¿Sabe, señor Tamburello? Los viejos como yo, en un momento dado, se vuelven como chiquillos, sienten curiosidad por todo, están siempre dispuestos a preguntar: ¿qué es esto? ¿Qué es aquello? Cuando una cosa se nos mete en la cabeza, viejos y chiquillos ya no podemos dormir. Y yo me estoy devanando los sesos, tengo una fijación, con el forzamiento de la oficina postal de Vigàta. Lo he leído en el periódico. Pero ¿de verdad se tomaron la molestia de desfondar la puerta y no se llevaron nada? Señor Tamburello, conmigo puede hablar como en confesión, lo que se me dice se me queda dentro, no sale de mí ni que me maten. Sólo quiero la verdad: ¿qué robaron?

—Nada de nada, don Lollò. Se lo juro. ¿Y además qué razón tendría venir a contarle una mentira?

—Pero ¿usted está seguro de que esos desconocidos entraron de veras en la oficina? Quiero decir: ¿no es que forzaron el portón y después les faltó tiempo?

—Segurísimo. Encontré cartas y paquetes de manera distinta de como los había dejado la noche anterior.

—¿Había mucho correo?

—No, señor, poca cosa. Tengo en el bolsillo una lista que hice para el delegado Spinoso. Me la pidió y aún debo llevársela. Aquí está, se la leo. En llegada: un bulto para la farmacia Catena (son hierbas medicinales que por aquí no se encuentran); un bulto para la firma Nicolosi (éste venía de Alessandria, con seguridad dentro había

taponés); una carta para la señora Adelina Gammacurta (de su hijo que se lo pasa bien en Roma y escribe siempre para pedir dinero); una carta para el caballero Francesco De Domini (de esa joven de Canicatti que es su amante y que él dice que es su sobrina cuando viene a verlo a Vigàta); una postal para el señor Carmine Lopiparo, que viene de Milán (de su hermano Peppe que está allá buscando a su mujer que se escapó con un oficial del ejército). Y basta. Ahora paso a la correspondencia en salida. Había tres cartas y un sobre grande. La primera era de la señora Finocchiaro a su hija Carolina, que está casada en Trapani (me parece que las cosas entre marido y mujer no van bien, él le pone los cuernos y ella le corresponde con la misma moneda); la segunda del Caffè Castiglione a la firma Pautasso de Turín (que fabrica un chocolate de verdad muy bueno); la tercera era una carta anónima del caballero Lo Monaco dirigida al doctor Musumeci. El sobre grande...

—No, un momento, señor Tamburello. ¿Por qué dice que la tercera carta era anónima si sabe que era del caballero Lo Monaco?

—Porque ése sólo escribe cartas anónimas, todo el mundo lo sabe. Pasa el tiempo. ¿Qué puede hacer, pobre viejo? Sé que era del caballero porque conozco la caligrafía. El sobre grande, decía, era el habitual que el suegro de Filippo Genuardi le expide a Palermo.

—¿Por qué, Filippo Genuardi se ha mudado? ¿Ya no vive en Vigàta?

—No se ha mudado, pero desde hace más de un mes se encuentra en Palermo por negocios o por asuntos de mujeres. El suegro recoge las cartas que le llegan, las mete en un sobre grande y se las expide a Palermo, a una pensión de Via Tamburello, lo recuerdo porque es mi mismo apellido.

—Pero ¿entonces qué buscaban?

—No consigo imaginarlo. Es más, don Lollò, le suplico un favor.

—Todo lo que esté en mis manos.

—Si usted, hablando, se enterara de algo... Me explico: si usted se entera de por qué han hecho lo que han hecho... No sé, me pregunto si por casualidad no han querido hacerme una afrenta... darme una advertencia, yo qué sé...

—Pero ¿qué está pensando? ¿Una afrenta, una advertencia a un gentilhomme como usted? De todos modos, esté tranquilo: si llego a saber algo, le informaré tal como merece.

—Comendador, yo me marcho. Beso sus manos. Por favor, quédese cómodo, no se moleste.

—Hasta pronto, querido.

...

—¡Calogerino! Puedes venir, el señor Tamburello ya se ha ido.

—Mande, don Lollò.

—¿Lo oíste todo desde la otra habitación?

—Sí, señor. La dirección de Genuardi es en Palermo, en una pensión de Via Tamburello. Salgo de inmediato.

—No, espera. A Palermo quiero ir yo también. Y antes hay que hacer algunas cosas. Tú tienes que ir a ver al caballero Mancuso, después te digo. Pero ¿has oído qué bobo es este Tamburello? Le he llevado el discurso de una determinada manera y me ha dado la dirección de Pippo Genuardi. Pero nunca podrá decirle a nadie que yo se lo haya preguntado expresamente. ¿Es razonable?

—Usted es un dios, don Lollò.

—¿Y quieres saber otra cosa? Cuando me dijo que en el bolsillo tenía la lista del correo para dársela a Spinoso, que se la había pedido, he tenido la confirmación de que Spinoso es un verdadero poli. Él había tenido la misma idea antes que yo.

—¿Y cuál es esa idea, don Lollò?

—¿Cuánto son dos más dos, Calogerino?

—Son cuatro, don Lollò.

—¿Y qué hay en la cesta, Calogerino?

—Requesón, don Lollò.

—¿Y entonces?

—¿Y entonces qué, don Lollò?

—Escúchame, te explico. Pongamos que un cajero roba en el banco donde trabaja. Para evitar que lo descubran, ¿qué trama? Hace de manera que falsos ladrones entren en el banco y se lleven la caja. ¿Correcto? Pero dado que los ladrones de la oficina postal no robaron nada, de ello resulta que Tamburello no tiene nada que ver con el asunto. ¿Se sostiene el razonamiento?

—Una belleza, don Lollò.

—Del mismo hecho se desprende la consecuencia de que los ladrones eran falsos ladrones.

—Ahora no lo sigo, don Lollò.

—¿Un ladrón de verdad hubiera cogido o no las trescientas liras que había en un cajón de la oficina?

—Sí.

—¡Oh, Dios bendito! Por tanto, significa que no buscaban dinero, sino alguna otra cosa. Ahora bien, ¿qué hay tan importante en una oficina postal?

—¡Y yo qué sé, don Lollò!

—Está el correo, Calogeri.

—Pero si Tamburello dijo que no se llevaron el correo...

—No había necesidad de robarlo, bastaba con mirarlo. Los falsos ladrones buscaban una dirección.

—¡María santísima, qué cabeza tiene, don Lollò!

—Una dirección que se mantiene en secreto, desconocida para todos en el pueblo.

—¡La de Pippo Genuardi!

—¿Lo ves cómo llegaste? Pero ¿a quién le interesaba conocerla? Su familia está claro que la sabe pero no la dice. ¿A quién? ¿A un amigo de Pippo? Si era un amigo de confianza, alguien de la casa de Genuardi se la habría dado. ¿A un enemigo? Pippo

no tiene enemigos que corran el riesgo de acabar en chirona por saber dónde vive en Palermo. Quedamos tres. Yo no tengo nada que ver con este asunto. Tampoco el delegado Spinoso, puesto que le ha pedido a Tamburello la lista de la correspondencia. Y estoy seguro de que en cuanto lea la lista verá confirmada la idea que le pasa por la cabeza. Que es la misma que tengo yo.

—¿Y cuál es esa idea, don Lollò?

—Que fueron los Reales. El Arma. Los carabineros.

—¡Joder!

B

(Calogerino—Caballero Mancuso)

—¡Yo tengo una dignidad, querido señor Calogerino! ¡No soy un títere! ¡Hágaselo saber al comendador Longhitano!

—Caballero Mancuso, nadie está diciendo que usted sea un títere o un hombre sin dignidad.

—¡Usted no lo dice, el comendador no lo dice, pero es un hecho que lo piensan!

—Caballero, le juro que no lo hemos pensado.

—¡No, señor! ¡No, señor! ¡A tal punto es verdad que habéis tenido el valor de proponerme lo que me estáis proponiendo! ¡Y eso significa que pensáis que soy un títere!

—Valor, dignidad... Pero ¿qué palabras usa, caballero? Se lo advierto, por su bien: no empiece a mear fuera del tiesto. De otro modo, las cosas cambian. ¿Me explico? El pensamiento, caballero, es cosa del viento, ora viene ora pasa, sólo los hechos tienen peso. Como, por ejemplo, es un hecho que el comendador está haciendo que cojan a su hijo en el Banco de Sicilia. Y por tanto acabe ya con este fastidio del pensamiento.

—Usted tiene que entenderme, Calogerino. Don Lollò lo ha hecho venir a verme porque quiere que le escriba una carta a Filippo Genuardi, ahora mismo, y se la entregue a usted que se encargará de hacérsela llegar. ¿Es así?

—Es así, no se equivoca.

—Siempre según el comendador Longhitano, en esa carta debería escribirle que le concedo el permiso para la colocación de los postes para el teléfono en mi terreno y sin pagar una lira. ¿He entendido bien?

—Ha entendido perfectamente.

—Eso es lo que me molesta.

—¿Por qué?

—Porque a Filippo Genuardi ya le había dicho que no, siempre por orden del comendador.

—Consejo.

—Está bien, consejo del comendador.

—¿Y dónde está la dificultad?

—Pero Dios bendito, ¿cómo hago para explicarle a Pippo Genuardi que, de golpe, he cambiado de idea?

—Cuando se lo negó, ¿le explicó la razón?

—No. Le dije un no tajante y basta.

—Y ahora le escribe un sí tajante y basta.

—¿Sin que Pippo Genuardi me haya dicho nada? ¿Sin que haya vuelto a

solicitarme el permiso? ¿Según usted soy de los que una mañana dice que sí y a la mañana siguiente dice que no? ¿En qué me he convertido, en un polichinela? ¿En una veleta?

—Resumiendo...

—Que no estoy dispuesto. No quiero perder la cara.

—Siempre mejor perder la cara que...

—¿Qué?

—... que el culo, por ejemplo. O el puesto de su hijo, para dar otro ejemplo. Saludos, caballero Mancuso. Le referiré al comendador que usted no puede hacerle este favor.

—Espere, ¿qué prisa tiene? ¡Al menos déjeme desahogarme un poco, Virgen santa!

(*Don Nenè—Delegado*)

—Buenos días, señor Schilirò.

—¡Delegado Spinoso! ¿Qué pasa? ¿Qué sucede? Le ocurrió algo a...

—¿A su yerno? ¿A Filippo Genuardi?

—No, ¿qué dice? ¿Por qué debería ocurrirle algo a Pippo, mi yerno? Es que cuando uno se ve ante un representante de la ley piensa en cien mil cosas.

—Y entre estas cien mil cosas la primera es, con seguridad, Pippo Genuardi, que es el único miembro de su casa que se encuentra fuera de Vigàta, en Palermo.

—Delegado, mi yerno, Pippo, desde hace algún tiempo se ha trasladado a Palermo... A propósito, luego me dice cómo sabe que se encuentra en Palermo... porque tiene la intención de ampliar, con mi apoyo, el almacén de maderas. Necesita firmar algunos acuerdos, ver a algunas personas, tratar con mayoristas... ¿Me explico?

—Señor Schilirò, hablemos en cristiano. Filippo Genuardi no fue a Palermo por negocios, sino para esconderse.

—¡Oh, ésta sí que es buena! ¿Qué le pasa por la cabeza?

—Me pasa la verdad. Y usted no sabe hacer teatro, no sabe decir mentiras, ¡se ruboriza! Señor Schilirò, he venido a molestarlo porque pienso que a su yerno le tienen puesto el ojo encima de dos lados.

—¿Dos?

—Eh, sí, usted se maravilla porque sólo sabe de uno que le está apuntando: el comendador Longhitano.

—¿Y quién es el otro?

—El otro, para ser breve, es medio Estado italiano.

—¡Usted quiere que me caiga muerto en el acto! ¿Qué me cuenta? Espere un momento que abro la ventana porque me falta el aire. ¡Oh, Virgen bendita!

—Señor Schilirò, tenga valor. Si usted se asusta, se espanta así, no le digo nada más.

—¿Qué dice, se burla? ¡Usted tiene que decírmelo todo!

—Con una condición: que también usted me lo diga todo.

—Desde luego. Llegados a esta hora de la noche, ya no hay nada que ocultar.

—Ante todo, quiero dejar sentada una cosa: no estoy hablando con usted como delegado de policía, sino como Antonio Spinoso, ciudadano privado y, si me lo permite, amigo.

—Verdaderamente me está aterrorizando.

—Comienzo por el principio, pues. Un día, a su bendito yerno se le ocurrió la infeliz idea de obtener la concesión de una línea telefónica con usted y, por eso,

escribió tres cartas al prefecto de Montelusa. Equivocándose, porque no era un asunto que correspondiera al prefecto.

—¿Le escribió tres cartas? ¿Y por qué?

—Porque de la prefectura no le respondían. Pero, por una serie de historias complicadas, el prefecto se persuadió de que Filippo Genuardi era un peligroso alborotador, un subversivo.

—¡Y lo hizo arrestar! ¡A Pippo, que nunca ha ido ni siquiera a votar!

—Ésa no sólo no es una justificación, sino que puede parecer un agravante: el señor Genuardi no va a votar porque no cree en este Estado y quiere hacer otro a su gusto. ¿Está claro?

—Entonces le hago una corrección: Pippo nunca se ha interesado por la política, ni siquiera sabe qué es.

—Escuche, déjeme continuar. Lo único cierto es que lo arrestaron y ficharon. Si no llega a ser por el comisario, que intervino a solicitud mía, a esta hora su yerno aún estaría en la cárcel.

—Le agradezco a usted y al señor comisario que...

—Está bien, está bien. Ahora debe saber que precisamente durante estos días, en Palermo, están reunidos todos los jefes del movimiento obrero y campesino de la isla. Los carabinieri, siempre persuadidos de que su yerno forma parte de la congregación, han conseguido descubrir su dirección.

—¿Y cómo?

—Cómo, cómo... Olvidémoslo, que es mejor para usted y para mí. Saben que está en Palermo, saben dónde vive y moverán cielo y tierra con tal de joderlo, demostrando que él forma parte de la caterva de los subversivos. Tienen que hacerlo para salvar la cara. Esto por lo que se refiere al Estado. Por lo que se refiere a la mafia, es decir, al comendador Longhitano, debe aclararme usted. Desde luego, algo pasó entre ellos. Y pongo la mano en el fuego de que detrás del rechazo de la firma Sparapiano de suministrarle más maderas, detrás del no de los propietarios de los terrenos por los cuales debe hacer pasar los postes y detrás del incendio del velocípedo, está siempre nuestro don Lollò. ¿Qué hace, llora?

—¡Desde luego! ¡Pensaba en mi pobre yerno, cogido en medio del Estado y la mafia!

—Genuardi no está solo, si eso puede consolarlo. Tres cuartas partes de los sicilianos están cogidos en medio del Estado y la mafia. Pero no podemos perder el tiempo hablando. La situación es seria. Y por eso se necesitan dos cosas. La primera es que Pippo Genuardi cambie inmediatamente de pueblo, que no esté en Palermo. La segunda es que usted no le escriba a su yerno. A través del correo quien quiere puede encontrar, de un modo u otro, la nueva dirección.

—Mire, delegado, se presenta una ocasión. Mi mujer, Lillina, no está bien, cosas de mujeres. Dentro de dos o tres días iré a Palermo acompañada por su hermana para hacerse visitar por un especialista. Le mando a decir todo por Lillina, así estamos

seguros.

—Perfecto. Y ahora hábleme de Pippo y de don Lollò Longhitano.

D

(Comendador Longhitano—Pippo)

—¡Sorpresa sorpresa sorpresa!

—¡Don Lollò! ¿¡Usted por aquí!? ¡Oh, Virgen santa! ¡Estoy muerto!

—¡Señor Genuardi! ¡Señor Genuardi! ¿Qué hace, se desmaya? ¡Se ha quedado tieso, este hijo de puta! ¡Pero yo lo despierto!

—Oh, Dios... Oh, Dios... ¿Me abofetea?

—Sí, así se despierta.

—Oh, Dios... ¿me quiere matar a golpes?

—¡Pero qué golpes! ¿Qué es este olor?

—Me cagué encima, comendador. Antes de... ¿me permite un ruego? ¿Puedo hacer un acto de contrición? Dios mío, me arrepiento y me duelo...

—Señor Genuardi, acabe con estas bufonadas.

—¡María, qué frío me ha entrado! ¡Qué frío! ¿Puedo ponerme una manta sobre los hombros?

—Póngasela y acabe con estas lágrimas.

—Me vienen solas. ¡María, qué frío! Tiemblo todo, tiemblo.

—Señor Genuardi, cálmese y escúcheme. Achacoso como estoy me he tomado la molestia de venir a Palermo desde Montelusa para dejar en claro la cuestión entre usted y yo.

—Perdóneme, ¿está armado?

—Desde luego.

—¡Oh, Dios! ¡Oh, Virgencita! ¿Por qué desenfundas el revólver? ¿Me quiere matar? Dios mío, me arrepiento y me duelo...

—¡Cállese! ¡Mudo!

—¿Y cómo hago? ¿Cómo hago para estar mudo? Me dan ganas de llorar, de hablar, de rezar...

—Mire, el revólver que tanto lo espanta lo pongo sobre la cómoda, lejos de mí.

—¡María qué calor tengo! ¡María, qué calor! ¡Estoy todo sudado! ¿Puede abrirme la ventana? Yo no puedo moverme, si me levanto de la cama, me caigo.

—Abrámosle la ventana al señorito. Así también se va un poco el olor a la mierda que se ha hecho encima. Pero esté atento que ahora la ventana está abierta.

—¿Y qué quiere decir, eh? ¿Qué quiere decir que la ventana está abierta?

—Quiere decir que si usted no se queda escuchándome quieto y tranquilo, lo tiro fuera por esta misma ventana.

—Estoy quieto. Estoy tranquilo. Hable.

—Bien... El señor Schilirò, su suegro, el otro día vino a decirme...

—¿Le dio él mi dirección en Palermo?

—No.

—Y entonces cómo ha hecho usted...

—Lo he sabido por mis propios medios. Y deje de interrumpirme. Me pongo nervioso cuando me interrumpen. Continuemos. Su suegro vino a explicarme que había habido un equívoco. En pocas palabras, me juró que usted y Sasà La Ferlita no se habían conchabado para tomarme el pelo.

—¡También yo se lo juro! ¡Por mis ojos!

—Mudo, le dije. Las palabras de su suegro me han convencido.

—¡Oh, Virgen, gracias!

—A medias.

—¿A medias? ¿Qué quiere decir a medias? Usted me quiere asar a fuego lento.

—A medias. Porque necesito una prueba segura, evidente, de que no hubo ningún acuerdo entre usted y Sasà.

—Está bien. Dígame cuál debe ser esta prueba segura... Dígame qué quiere que haga y lo hago.

—A eso voy. Entretanto le he traído dos cartas. Después las lee, si quiere le digo qué es lo que está escrito. Una es de la firma Sparapiano, dice que ha sido un error, le piden mil disculpas y se ponen a su completa disposición para toda la madera que necesite.

—¿Bromea?

—Nunca bromeo, ni sobre esto ni sobre otras cosas. La segunda carta es del caballero Mancuso. Dice que lo ha reconsiderado, que usted puede hacer en su terreno todos los agujeros que quiera y que él no pretenderá ni siquiera una lira. ¿Contento?

—Perdóneme, pero de la alegría se me está removiendo el estómago.

—Aguate cinco minutos más. También para el velocípedo de motor estoy buscando una solución con un amigo de la compañía de seguros a fin de que suelten la pasta sin dar el coñazo. Y con esto le doy una demostración de que he creído en las palabras de su suegro. A medias.

—¿Y la otra mitad?

—Ahí está el busilis. Primero quiero que sepa algo: esté atento, porque los carabineros, cada vez más persuadidos de que usted está con los subversivos, han sabido su dirección de aquí. Y con seguridad por eso lo vigilan.

—¡Virgencita santa! ¡Pero esta dirección ya la saben hasta los cerdos y los perros! ¿Cómo lo han hecho?

—Olvidémoslo.

—¿Cómo hago para hacerles cambiar de idea?

—¿¡A los carabineros!?! ¡A éstos cuando algo se les mete en la cabeza no hay ni Dios! Menos mal que el delegado Spinoso no piensa lo mismo.

—¡Otra vez siento frío! ¡María, qué frío! Tiemblo todo. ¿Puede cerrar la ventana? Tengo las piernas como un flan.

—Ya está. Para volver a nuestro asunto: ¿sabe que tengo en mi poder la dirección correcta de su amigo Sasà La Ferlita? Aquí está, en este trocito de papel.

—¿Por qué me la deja sobre la cómoda? La necesita usted, si tiene que ir a verlo.

—¿Yo? Yo, no.

—¿Mandarà a otra persona?

—Sí. A usted. Por eso le estoy dejando el revólver y la dirección.

—¿Yo?! ¿Y qué le digo?

—No tiene que decirle nada. Usted va a verlo y le dispara.

—¡Aaaaaaaaaaaaaahhhhhhhhhhh!

—En caso contrario, le dispararán a usted.

COSAS ESCRITAS SEIS

*A S.E. el prefecto
de
Montelusa*

Vigàta, 4 de mayo de 1892

Objeto: *Filippo Genuardi*

¡Excelencia!:

Ateniéndose rigurosamente a las disposiciones promulgadas por el director general de la Policía, Gran Oficial Sensales, con despacho urgentísimo el señor comisario de Palermo informaba de la primera reunión, ocurrida allí el 28 de abril del corriente año, de los adeptos del así llamado «Fascio de los trabajadores».

Entre los peligrosos insurrectos congregados que ha sido posible identificar, reaparece el nombre de Filippo Genuardi, ya señalado en la circular del director general de la Policía con fecha 8 de abril del corriente año.

Pues bien, este Puesto tiene la absoluta obligación de poner en conocimiento de V.E. lo siguiente:

1) Resultando desde hace tiempo ausente de Vigàta el antes mencionado Genuardi, inmediatamente intuimos que se había trasladado a otra parte, no para el despacho de sus asuntos (tal como alguno de sus familiares ha hecho correr la voz), sino para tejer sus oscuras tramas. Enviamos, por tanto, a uno de nuestros carabineros de paisano para que preguntara, con un banal pretexto, la dirección de Genuardi a su suegro, Emanuele Schilirò. Pero éste, aunque con evidente embarazo, se mostró reticente, eludiendo de hecho la respuesta. La actitud de su pariente reforzó mucho más nuestra intuición.

2) El cabo primero Paolantonio Licalzi, lanzado a la búsqueda de Genuardi, nos pedía la autorización para llevar a término un osado plan por medio del cual conocer, fuera de toda duda, la dirección del agitador. En un primer momento, dada la temeridad del plan que, en caso de infausto fracaso, habría dañado la carrera de Licalzi y el buen nombre del Arma, me opuse con firmeza. Pese a la reiterada insistencia de Licalzi y del carabiniere Anastasio Trombatore, que quería unirse a la empresa de su superior y amigo Licalzi, me mantuve fiel a mi primera negativa. Pero la circular del director general de la Policía que, exponiendo la gravedad de la situación, exhortaba a la acción, echó por tierra todos mis titubeos.

El osado plan, puesto en ejecución con cautela y discreción, ha dado el brillante resultado esperado: ponernos en conocimiento de la dirección de Genuardi.

3) Sabido que Genuardi vive en una pensión de Via Tamburello en Palermo,

hemos informado debidamente a la Comandancia de los Reales Carabineros de allí, que dispusieron inmediatamente la atenta vigilancia del individuo en cuestión.

4) Diabólicamente, Genuardi consiguió escapar a la estrecha vigilancia a la que estaba sometido (los informes diarios de los RR CC de Palermo no señalan ningún movimiento sospechoso de Genuardi), de otro modo no podría explicarse su participación en las reuniones preparatorias y en la manifestación fundacional de los «Fascios de los trabajadores», como se deduce de la circular de la Dirección general de la Policía y del sucesivo informe del comisario de Palermo.

Hemos puesto en conocimiento de V.E. lo antedicho no para hacer vano alarde de nuestros méritos, habituados como estamos a «obedecer callando y callando morir», sino para ser informados de las medidas a adoptar en cuanto Genuardi regrese a Vigàta.

Limitarse a la vigilancia, aunque sea mucho más diligente, respecto de un individuo como Genuardi, que se caracteriza por su gran capacidad de evasión (¡a veces parece que estuviera dotado del don de la ubicuidad!) y por su relevante peligrosidad social, nos parece, y V.E. nos perdone la osadía, una medida absolutamente inadecuada e irrelevante, considerando también la singular actitud del delegado de policía de Vigàta, Antonio Spinoso, que actúa de tal manera que parece no sólo reacio, sino incluso hostil a nuestras indagaciones sobre Genuardi. No se trata, desde luego, de connivencia, sino de imprudente ofuscación.

Quizá, en el caso de Genuardi, una orden de detención sería más que oportuna.
Debidamente

El comandante del Puesto de los RR CC
(*Tte. Ilario Lanza-Scocca*)

El prefecto

*Al Gran Oficial
Arrigo Monterchi
Comisario de Montelusa*

Montelusa, 6 de mayo de 1892

Señor comisario:

Por la presente le comunico que una general mejoría de mi estado de salud, gravemente mermada por una caída de la que usted, *desde luego*, habrá sido informado *en todos sus detalles*, me ha permitido volver a coger, con firmeza, las riendas de la Prefectura. Y esto desde hace algunos días. Le informo igualmente que mi ex jefe de gabinete, Corrado Parrinello, ha sido trasladado, por urgente solicitud mía, a la Prefectura de Sassari (Cerdeña) en funciones de archivista jefe. La conducta de este despreciable individuo, en relación a mí, ha sido indigna e inmundada. Aprovechándose de un momentáneo estado de desfallecimiento, debido a las duras pruebas a las que la Vida ha querido someterme, sistemáticamente omitía mantenerme informado de hechos que necesitaban de mi inmediata intervención. No satisfecho con ello, a las justas quejas de los solicitantes, oponía el agravamiento de mis condiciones, calificándome así a los ojos de todos como un trasto, un lastre para la Prefectura. Es inútil que me extienda más sobre las fechorías de Parrinello que, por lo demás, usted *debería conocer muy bien*.

Pongo en su conocimiento que desde ayer he nombrado como jefe de mi gabinete al doctor Giacomo La Ferlita, hombre leal y generoso que me ha revelado los manejos y las tramas de Parrinello en mi contra. Además, el doctor La Ferlita ha tenido a bien hacerme partícipe de la sospecha de que mi caída por la escalera no fue accidental, sino provocada arteramente por Parrinello por puro anhelo de poder, para gobernar la provincia en mi lugar. Por desgracia, el doctor La Ferlita no puede alegar pruebas, en caso contrario con mucho gusto habría presentado una denuncia en la Magistratura contra mi ex jefe de gabinete por intento de homicidio.

Para su conocimiento, le informo que ha sido admitida, por el comandante del Regimiento de los Reales Carabineros de Palermo, mi solicitud de arresto para Filippo Genuardi, quien se encontraba allí. Medida tomada por mí después de haber recibido un pormenorizado informe del Puesto de los RR CC de Vigàta, cuya copia le envío. Ya con anterioridad, el teniente Lanza-Scocca había señalado la perniciosidad de Genuardi, pero Parrinello, por oscuras razones que no ha querido revelarme, había conseguido ocultarme las correspondientes indicaciones.

Le solicito, de manera oficial, que proceda disciplinariamente contra su subordinado Antonio Spinoso, delegado de policía de Vigàta, cuya conducta ha resultado siempre un estorbo para las brillantes operaciones de los RR CC.

Generosamente, el teniente Lanza-Scocca excluye cualquier confabulación entre Genuardi y Spinoso. Yo, en cambio, soy de la opinión contraria, temo que haya también una confabulación de *otra y alta envergadura*. Sed de hoc satis.

Distinguidos saludos

El prefecto
(*Vittorio Marascianno*)

(Confidencial)

*Al señor comisario de
Montelusa*

Vigàta, 8 de mayo de 1892

Señor comisario:

¡Vuelta a empezar! No sé si reír o llorar. Trataré de responder con orden, a pesar de que la rabia me hace lagrimear los ojos y temblar la mano. El F. Genuardi (punteado) del que se hace mención en la circular de la Dirección general de la Policía y que regresa, siempre con la F. punteada, en el parte que el señor comisario de Palermo ha enviado a los colegas de la isla, no necesariamente debe llamarse Filippo, como de manera autoritaria han establecido los Reales Carabineros de Vigàta, sino que su nombre de bautismo podría ser, según se quiera, Filiberto, Federico, Fulvio, etc.

Y, de hecho, se trata de Francesco Genuardi, de 42 años (por tanto, diez años más viejo), hijo de Cettina Barresi y de Nicoló Gerlando Genuardi, nacido, sí, en Vigàta y, por consiguiente, inscrito en el registro civil de aquí, pero llevado por sus padres a Palermo a la edad de tres meses y hasta ahora domiciliado allí.

Francesco Genuardi, preciso, no tiene ninguna relación de parentesco con Filippo Genuardi.

Francesco Genuardi es conocido desde hace mucho tiempo por todas las Comisarías y Delegaciones de Sicilia porque es un individuo violento, pendenciero, dado a la bebida, siempre dispuesto al alboroto y a la revuelta. Ha sido condenado varias veces.

Que Filippo Genuardi no ha participado ni siquiera con el pensamiento en la fundación del «Fascio de los trabajadores» es algo ampliamente comprobado por el informe que me ha llegado exactamente ayer de Palermo de mi colega Vincenzo Battiato (que le adjunto), al que le había rogado expresamente que vigilara los movimientos de Filippo Genuardi por razones completamente diversas de las de los RR CC.

Doy por sentado que, mientras los RR CC de Vigàta consiguieron la dirección de Filippo Genuardi con un procedimiento ilegal y pasible de grave condena (prefiero no revelárselo; si usted se enterara debería proceder de oficio), yo la he conseguido sencillamente conquistando la confianza del suegro de Genuardi.

Señor comisario: si estoy haciendo vigilar en Palermo a Filippo Genuardi es porque temo por su vida.

Estoy convencido, como ya le escribí, de que detrás de las recientes peripecias de Genuardi está la mano de aquel hombre de respeto que le mencioné y cuyo nombre es

Calogero («Lollò») Longhitano, comendador (!).

También he sabido que en estos días Longhitano ha conseguido, mediante la extorsión, que uno de los propietarios, Filippo Mancuso, le entregara una carta de consentimiento (primero negada) para la colocación de los postes en su tramo de terreno. Al mismo tiempo, Longhitano hacía de manera que la firma Sparapiano desistiera de su primitivo propósito de no suministrar más maderas a Genuardi.

Esto me ha preocupado mucho más. No se trata, como alguien ignorante de los sistemas de los mafiosos podría creer, de señales apaciguadoras por parte de Longhitano. Al contrario. Está actuando sobre la voluntad de Genuardi del mismo modo que los campesinos cuando quieren hacer caminar a un asno terco: el palo y la zanahoria.

La pregunta que me hago es ésta: ¿qué camino quiere Longhitano que tome Genuardi? Y, en caso de obstinada negativa, ¿usará el palo hasta matarlo?

Puedo entretanto anticiparle lo que encontrará detallado en el informe de mi colega Battiato de Palermo: durante su permanencia en la pensión de Via Tamburello, Genuardi recibió solamente dos visitas. La primera, que duró poco más de una hora, de Longhitano (justamente); la segunda, que duró más de cuatro horas, de la joven esposa de su suegro. Después de esta última visita Genuardi borró sus huellas, huyendo así del arresto ordenado por el prefecto de Montelusa.

Algo está sucediendo: Genuardi ha entrado por el camino deseado por Longhitano o ha escapado para no obedecerlo, siguiendo quizá una sugerencia de su suegro transmitida a través de su esposa, la señora Lillina.

No puedo pedir una mayor colaboración a mis colegas de Palermo: en la actualidad están demasiado ocupados en fichar a los políticos y en desatender a los mafiosos. Perdóneme el desahogo. De todos modos, volviendo a la carta del prefecto: le comunico que, si usted lo considera oportuno, estoy dispuesto a presentar mi dimisión.

Devoto de usted, sinceramente

Antonio Spinoso

INTENTO DE HOMICIDIO CON ACCIDENTE

El contable Rosario La Ferlita, al salir ayer de su vivienda sita en Via Oreto, 75, tras entrever que alguien lo esperaba junto al portal, se dio de repente a la fuga. De hecho, el individuo, cuando advirtió a La Ferlita, le disparó con un arma de fuego y alcanzó a la víctima en la pantorrilla izquierda. La explosión encabritó a un caballo enganchado a un carro de fruta que estaba en las proximidades. El animal, en loca carrera, atropelló con el carrito a La Ferlita, que entretanto había caído al suelo.

Rápidamente detenido por el señor Angelo Signorello, un guardia de prisiones que se encontraba de paso, el pistolero fue arrestado. Se trata de Filippo Genuardi, de 32 años, habitante de Vigàta (Montelusa), que no ha querido hacer ninguna declaración al respecto, atrincherándose en el más absoluto mutismo.

Un detalle curioso: Genuardi ha resultado estar en posesión de un permiso de armas provisional, expedido por la oficina competente con fecha 8 del corriente mes, ¡como si Genuardi hubiera esperado a estar en regla con la Ley antes de llevar a cabo el intento de homicidio!

Ingresado en el Hospital Beata Vergine, La Ferlita, además de la herida en la pierna izquierda, sufre de numerosas fracturas y de una fuerte conmoción cerebral debidas al carro que lo atropelló.

La Policía indaga.

NUEVAS ACUSACIONES CONTRA GENUARDI

Filippo Genuardi, de 32 años, de Vigàta, ha recibido en la cárcel del Ucciardone, donde se encuentra detenido por el intento de homicidio del contable Rosario La Ferlita, una nueva orden de prisión cautelar por sublevación, participación en reuniones sediciosas, intento de estafa en perjuicio de la Fondaria Assicurazioni, incendio doloso y alteración del orden público.

La disposición ha sido dictada por nuestro Tribunal a solicitud de la Prefectura de Montelusa.

Genuardi, que aún no ha revelado las razones de su gesto, ha nombrado como defensor al abogado Orazio Rusotto, figura eminente del Foro palermitano. Sabemos que las condiciones generales del contable La Ferlita siguen siendo graves. Entre otras cosas, el doctor Pietro Mangiaforte, director del hospital, ha apreciado en el paciente una amnesia total, debida al trauma craneano.

El hermano de La Ferlita, doctor Giacomo, en la actualidad jefe de gabinete del prefecto de Montelusa, por cuenta y en nombre de Rosario La Ferlita, ha pedido daños y perjuicios a Genuardi. Su representante en el Tribunal será el abogado Rinaldo Rusotto, hermano menor del defensor de Genuardi.

El doctor Giacomo La Ferlita ha querido especificar que el mandato del abogado Rinaldo Rusotto es relativo sólo al episodio criminal de la herida.

El director general

A los señores prefectos
de SICILIA
Sedes

A los señores comisarios
de SICILIA;
Sedes

Roma, 16 de mayo de 1892

Como sus Excelencias y señores desde luego sabrán, con fecha del 5 de mayo próximo pasado, se ha establecido el nuevo Gobierno presidido por Su Excelencia Giovanni Giolitti.

Desde la primera reunión del Consejo de Ministros, según la nota que me ha enviado S.E. el ministro del Interior, el presidente Giolitti ha expresado su precisa y determinada voluntad de que haya sustanciales cambios en la actitud hasta ahora mantenida por las Fuerzas del Orden hacia todos aquellos que, de forma más o menos evidente, han manifestado o siguen manifestando ideas de renovación social.

Su Excelencia Giolitti ha añadido, asimismo, que es su propósito garantizar a todos los ciudadanos libertad de pensamiento, libertad de opinión y posibilidad de libre asociación, comprometiéndose personalmente en su vigilancia a fin de que este propósito sea ejecutado por las Autoridades competentes.

Por tanto, S.E. el ministro del Interior me ha hecho llegar las siguientes disposiciones, que deben ser *taxativamente* puestas en práctica sin dilaciones burocráticas:

- 1) Cese inmediato de los fichajes policiales.
- 2) Cese inmediato de las interceptaciones y de los controles postales.
- 3) Cese inmediato de seguimientos, persecuciones, etc.
- 4) Cese inmediato de la suministración a Bancos, Instituciones del Estado y Entidades de informaciones inherentes a las ideas políticas de cualquier ciudadano.
- 5) Devolución a todos los que tengan derecho de cualquier documento secuestrado por motivos políticos.

Esta Dirección general está dispuesta a responder a todas las preguntas que quieran hacersele sobre el tema.

Se da por supuesto que, en presencia de actos de violencia o de alteración del orden público, se deberá proceder como de costumbre, con el Código Penal en la

mano.

Sus Excelencias y señores reciban los mejores deseos de un buen trabajo.

El director general de la Policía
(*Giuseppe Sensales*)

P.S. *Sólo con el fin de documentar* la ingente masa de trabajo desarrollado en obediencia de las órdenes recibidas por el pasado Gobierno Di Rudini, estimo oportuno que todo el material recogido (fichas, informes, direcciones, cartas anónimas, conclusiones diversas) no sea destruido ni tampoco quemado: debe ser conservado en ordenados archivadores prontamente localizables.

(Personal)

A S.E. Vittorio Marascianno
Sus apartamentos privados
Real Prefectura de
Montelusa

Roma, 18 de mayo de 1892

Queridísimo Marascianno:

Me ha llegado su gratísima del 10 de mayo del corriente año con la cual me comunica la mejoría de sus condiciones de salud después de la ruinosa caída y le ruego que me crea que estoy verdaderamente feliz.

Entro de inmediato, con franqueza, en materia.

De varias fuentes he sido informado de un arresto que usted habría ordenado «arbitrariamente» en la persona de un tal Filippo Genuardi, de Vigàta.

He hecho realizar escrupulosas comprobaciones, no para poner en tela de juicio su conducta, sino para salvaguardarlo de un movimiento involuntariamente errado, también porque la orientación del nuevo Gobierno es la de llegar a un general apaciguamiento de los ánimos.

Ahora bien, las comprobaciones han puesto en claro la exigüidad (si no la equivocación) de las pruebas en las cuales se basa su acusación. Desde luego, usted *ha sido engañado por informaciones erróneas*.

Usted sabe que fui yo, para complacer a una persona que me fue sumamente querida, quien lo encaminó en su carrera, como suele decirse, y quien lo asistió en sus primeros y vacilantes pasos: paternalmente, por tanto, le sugiero en su propio interés que haga poner de inmediato en libertad a Genuardi, salvo que esté detenido por delitos no políticos. En el caso de que estos últimos subsistieran (como parece), Genuardi debería permanecer en chirona, pero no podría desde luego hacerse pasar por perseguido del Estado en la persona de quien lo representa.

He dispuesto, motu proprio, que se le conceda un mes de baja por convalecencia.

Un afectuoso saludo

Giuseppe Sensales

El prefecto

*Al Gran Oficial doctor
Pompilio Trifiro
Juez Tribunal Penal
Palermo*

Montelusa, 19 de mayo de 1892

Objeto: *Filippo Genuardi*

Señor juez:

Le hago presente que con fecha de hoy he dictado precisas disposiciones para que las acusaciones de actividad sediciosa, alteración del orden público e intento de estafa en perjuicio de la Fondiaria Assicurazioni contra la persona en objeto sean inmediatamente retiradas.

Elas han tenido origen en la culpable negligencia del comandante del Puesto de los Reales Carabineros de Vigàta el cual, no satisfecho con haber efectuado un desgraciado intercambio de personalidades, ha creído que Genuardi había cometido una serie de actos criminales para sacar provecho de ellos.

Usted comprenderá, desde luego, cuánto me cuesta esta retractación, ¡pero «amicus Plato sed magis amica veritas»!

Disculpándome por las molestias ocasionadas, suyo

El prefecto de Montelusa
(*Vittorio Marascianno*)

El comandante general de Sicilia

Al teniente

Ilario Lanza-Scocca

Puesto de los Reales Carabineros

Vigàta

Palermo, 10 de junio de 1892

¡Teniente!:

Usted, por motivos que se me escapan pero que serán sacados a la luz por la investigación hoy mismo promovida por mí sobre usted, no sólo ha actuado con inconveniente ligereza con S.E. el prefecto de Montelusa, sino que también ha expuesto al escarnio a algunas de las máximas Autoridades del Estado. Por tanto, las medidas que he dispuesto por su indigna conducta son las siguientes:

- 1) Imposición de una reprobación solemne que será registrada en su hoja de servicios.
- 2) Arresto de veinte (20) días.
- 3) Traslado, a efectuarse dentro de y no después del 30 de agosto próximo, a la Comandancia de los Reales Carabineros de Oristano (Cerdeña) en calidad de subalterno.

El comandante general
(*Carlo Alberto de Saint-Pierre*)

COSAS DICHAS SEIS

(Abogado Orazio Rusotto)

... y, por tanto, no me queda más que pedir la venia por mi larga introducción que aún no entra en el meollo del proceso que se está celebrando... ¡Oh, Dios! ¿Acabo de decir esto? Señor presidente, señores de la Corte, ayudadme, ¡os lo ruego! ¿He dicho verdaderamente: «que no entra en el meollo»? Pues bien, ¡me he equivocado, señores! ¡Por primera vez, el abogado Orazio Rusotto se ve obligado a admitir, públicamente, que ha cometido un gravísimo error! Porque, al contrario, todo lo que he dicho hasta este momento tiene que ver, ¡y cómo! Porque del mismo modo que mi defendido, Filippo Genuardi, se ha visto, a causa de un banal intercambio de personalidades, convertido en un subversivo negador de Dios, de la Patria y de la Familia, del mismo modo, repito y subrayo, aquí se está corriendo el riesgo de tomar un generoso y altruista gesto de Genuardi por un acto criminal.

El error judicial, oh señores, es el tremendo peligro que gravita sobre este proceso. La pregunta que atenaza el cerebro, el corazón y el sentimiento de cada hombre que ejercita la justicia y pasa las noches insomne es siempre igual: ¿me equivoco?

Por eso, me atenderé estrictamente a los hechos, concretos, pesados, que pongan en fuga hasta la más mínima duda.

El testigo Giovanni Patanè, que tiene un puesto de frutas y verduras situado justo al lado del portal de la casa donde vive el contable La Ferlita, ha declarado, *bajo juramento*, que vio cómo Genuardi sacaba el revólver y disparaba al aire.

La testigo Pasqualina Cannistrello, vendedora ambulante, ha declarado, *bajo juramento*, que vio cómo Genuardi «disparaba a los gorriones», como coloridamente se ha expresado: disparaba a los pájaros, es decir, al aire.

¿Queréis que os aburra con la lista de nada menos que siete testigos más que han declarado unánimemente, *bajo juramento*, lo mismo? ¿Son todos ellos, indistintamente, perjuros? Si es así, formalmente lo invito, señor fiscal, a proceder de oficio contra ellos por falso testimonio.

Si usted no lo hace, esto significa, implícitamente, que los testigos han afirmado la verdad, es decir, que mi defendido disparó al aire.

Y pasemos al testimonio del guardia de prisiones que realizó la detención de Genuardi. El guardia, *bajo juramento*, ha declarado que, en el preciso momento en que Genuardi disparó, estaba ocupado en elegir peras en el puesto del testigo Patanè y que fue el ruido del disparo el que lo hizo darse vuelta de golpe.

Vio, textuales palabras, a Genuardi «que dejaba caer la mano armada», por tanto, no está en absoluto en condiciones de precisar si Genuardi había disparado al aire o en dirección a La Ferlita. También ha añadido que, en el momento de la detención, no

sólo el pistolero no opuso resistencia (y hay que decir que aún estaba con el arma humeante en la mano mientras que el guardia estaba desarmado), sino que parecía incluso privado de voluntad, como alorado. En conclusión, no hay nadie que haya podido testimoniar que haya visto al señor Genuardi apuntar el revólver contra La Ferlita.

¡Señor presidente! ¡Señores de la Corte!

Con palabras sencillas, con acentos sencillos, os diré la verdad de los hechos, tal como la he sabido de las palabras rotas, conmovidas y desconsoladas de Genuardi, un hombre herido en su honor y humillado, ¡un hombre del cual el destino cínico y fullero parece que se quisiera burlar! Pero, prestad atención, yo he querido verificar el relato que él me ha hecho punto por punto, porque nadie, en esta sala o fuera de ella, nunca ha podido afirmar que el abogado Orazio Rusotto ha asumido la defensa de alguien de cuya inocencia no estuviera profundamente convencido.

Desde hace algún tiempo trasladado por negocios a Palermo desde su natal Vigàta, Filippo Genuardi se enteró por casualidad de la dirección de su paisano y fraternal amigo Rosario La Ferlita, del que había perdido el rastro. Genuardi y La Ferlita, amigos desde la infancia, sentados durante años en la escuela en el mismo pupitre, han compartido después las emociones de los primeros amores, de las primeras desilusiones, confiándose siempre todo. Eran inseparables, en Vigàta los llamaban «Cástor y Pólux». Estaban siempre listos para la defensa el uno del otro, siempre dispuestos a compartirlo todo, pan, dinero y felicidad. Cuando Genuardi contrajo matrimonio, La Ferlita se endeudó hasta el cuello para hacerle un precioso regalo a los novios. Cuando La Ferlita enfermó, durante un mes Genuardi lo veló noche y día. ¡La amistad! ¡Este divino don del que sólo los seres humanos, por bondad del Creador, pueden disfrutar plenamente en la tierra! ¿Recordáis a Cicerón, al gran Cicerón? «Quid dulcius quam habere, quicum omnia audeos sic loqui ut tecum?» ¡Basta! No querría conmovirme y conmoveros. Pues bien, dicho todo esto, era más que natural que mi cliente fuera a encontrarse con el amigo al que no veía desde hacía tanto tiempo. Llegado a las proximidades del portal, vio que su amigo salía corriendo. ¿Por qué corría La Ferlita? No, desde luego, para evitar el encuentro con Genuardi, al que, es más, ni siquiera advirtió, sino porque tenía un considerable retraso en la cita que había concertado el día anterior con el señor Amilcare Galvaruso. El mismo Galvaruso, *bajo juramento*, ha afirmado que ésta es la verdad. Por desgracia, debo abrir un paréntesis. El cronista del diario local, al narrar las vicisitudes, escribió que La Ferlita echó a correr en cuanto vio a Genuardi apostado. ¡He aquí, oh señores, cómo se tergiversan los hechos! He aquí cómo la prensa suele distorsionar la realidad creando en la opinión pública un *fumus* de culpabilidad antes de que los hechos sean aclarados. Y esta irresponsable manera de actuar predispone el fértil *humus* del error judicial. Y permitidme recordar, sólo como un inciso, que quien os habla ha sido víctima de un error nada menos que dos veces, ha padecido, siendo inocente, la cárcel, pero al fin la justicia ha sabido restablecer la verdad y yo, ex

acusado inocente, estoy aquí para defender del error a otro inocente, habiendo sufrido en mis carnes y en mi espíritu el terrible *vulnus* de la inocencia negada. Cerrado el breve paréntesis.

Por tanto, estaba diciendo que, llegado a las proximidades del portal, Genuardi vio a su amigo saliendo a la carrera. Estaba a punto de llamarlo cuando, con horror, se percató de que un caballo encabritado enganchado a un pesadísimo carro apuntaba derecho hacia La Ferlita que, entretanto, al haber tropezado, había caído al suelo. Fulminantemente, para evitar lo peor, en el intento de que el caballo se apartara de su mortífero recorrido, Genuardi sacó el revólver y disparó al aire. Por desgracia, el caballo, a pesar del tiro, prosiguió su fatal carrera.

¡Esto es todo! Ésta es la clara e inequívoca verdad. ¡Ah, ya entiendo! Alguno de vosotros a duras penas contiene la sonrisa. Ya entiendo. Intuyo lo que alguno de vosotros me está diciendo: «¡Eh, no, querido abogado Rusotto, tú no nos estás diciendo la verdad! ¿Cómo es que la bala fue a parar a la pierna de La Ferlita, tendido en el suelo, si Genuardi disparó al aire?».

Creedme, señores, vosotros me planteáis la misma pregunta que yo mismo he sido el primero en plantearme durante largas y atormentadas noches.

Y la misma pregunta se había hecho a sí mismo Genuardi con inagotable tormento. ¡Señor presidente! ¡Señores de la Corte!

La incontrovertible respuesta a esta agobiante pregunta me ha llegado sólo anteayer de la agudeza y de la ciencia del eximio profesor Aristide Cusumano-Vito, iluminado experto en balística. El profesor Cusumano-Vito, como todos saben en este Tribunal, nos ha dejado hace unos quince días por un ataque de cirrosis hepática. Pero había querido redactar el examen pericial aunque fuera con la mano temblorosa, al punto de hacer por momentos irreconocible su grafía, a causa de los tremendos dolores que lo atenazaban. El hijo del profesor, tras encontrar el documento entre los papeles paternos, ha querido entregármelo cuando ya había perdido toda esperanza de obtenerlo. Exhíbo el examen pericial y pido que sea añadido a las actas.

En él el profesor Cusumano-Vito afirma que el tiro, al estallar, salió hacia arriba, pero sólo durante un momento, porque de inmediato impactó, en su trayectoria, contra la barandilla de hierro del balcón debajo del cual se encontraba Genuardi. La bala, rebotando en ángulo agudo, fue a parar a la pierna de La Ferlita.

Mi cliente disparó al aire con rapidez de reflejos para evitar que su querido amigo, ¡su hermano!, pudiera...

B

(*Sasà—Giacomo La Ferlita*)

—¡Por fin por fin por fin! ¡Dichosos los ojos que te ven! ¡Desde el ocho de mayo que estoy tullido en la cama de un hospital y tú no has venido a visitarme ni una vez! ¡Vaya hermano que tengo! ¡Puedo jactarme de él!

—¿Te has desahogado, Sasà? ¿Puedo hablarte? Créeme: desde que me he convertido en jefe de gabinete de la Prefectura no tengo un minuto ni para comer, estoy cubierto de trabajo, ¡cómo voy a encontrar tiempo para venir de Montelusa a Palermo! ¿Te tratan bien aquí en el hospital?

—¿Bien? En cuanto a curarme, me están curando. Pero tengo la impresión de estar en la cárcel, Giacomi.

—Pero ¿qué dices?

—Míralo tú mismo: apenas me trajeron al hospital, me encerraron solo en esta habitación, no puedo ver a nadie, ni nadie puede entrar aquí, ni siquiera un perro me responde guau si hago una pregunta, no me compran el diario. No sé nada de nada de lo que sucede fuera. Por ejemplo: ¿están procesando a ese grandísimo cornudo de Pippo Genuardi?

—Lo están procesando.

—¿Y cómo va, eh?

—Bien, desde un cierto punto de vista.

—¿Qué significa desde un cierto punto de vista, Giacomi? El punto de vista es sólo uno, que ese cornudo, por orden de don Lollò Longhitano, ha tratado de matarme. Y por eso debe acabar en chirona.

—Sasà, escúchame, porque la cosa no es tan sencilla. ¿Sabes que he pedido daños y perjuicios en tu nombre?

—No, pero me parece correcto. Has hecho bien. A Pippo Genuardi tenemos que dejarlo con el culo al aire. ¿A qué abogado contrataste? ¿Te cuesta caro?

—No nos cuesta ni una lira. Lo hace gratis. Se trata del abogado Rinaldo Rusotto, que es el hermano del abogado Orazio Rusotto, que defiende a Pippo Genuardi.

—¿Entendí bien?

—Entendiste bien.

—Pero ¿qué coño es eso? ¡Son hermanos! ¡A lo mejor se conchaban y nos dan por el culo! ¿Quién te dio el nombre de este Rinaldo Rusotto?

—¿Quieres saberlo? Don Lollò Longhitano.

—¡¿El comendador?!

—Ha sido él quien me dijo que debíamos pedir daños y perjuicios.

—¿Y se pone en contra de Pippo Genuardi que me disparó por encargo suyo?

—Don Lollò me ha explicado que todo es una ficción, pero una ficción que debe

parecer la verdad.

—¡Piensa que ese abogado no ha venido a hablar conmigo ni siquiera una vez!

—No ha venido porque tú, cuando hablabas, delirabas. El profesor Mangiaforte, el director del hospital, ha declarado que padecías de amnesia.

—¿Y qué coño es esta amnesia?

—Escucha, Sasà, yo entiendo que tú estés agitado, pero deja de decir palabrotas, me fastidian. La amnesia quiere decir que perdiste la memoria.

—¡Pero si yo me acuerdo de todo!

—¿Quieres ir contra la palabra de alguien como Mangiaforte?

—¡Oh, Virgen santa, están todos conchabados!

—Por fin has comprendido. Están todos conchabados: Pippo Genuardi debe salir absuelto del proceso. Y tú, si me quieres y te quieres, aún debes hacer algo más.

—¿Qué quieren?

—Debes escribir una carta que después te diré.

—¿Y si no la escribo?

—Sasà, ¿se te están pegando los huesos?

—Poco a poco.

—Don Lollò Longhitano me ha dicho esto. Sepa que si Sasà no escribe la carta, mando a alguien al hospital y le hago despegar los huesos uno a uno. Total no se puede mover, no puede saltar de una casa a otra como un grillo, sabemos dónde encontrarlo. Me dijo exactamente así. Y a mí me dijo otra cosa.

—¿Qué te dijo, hermano mío?

—Que me destrozaba la carrera en la Prefectura. Diciéndole a todos de mí y de Tano Pùrpura.

—¿Y qué hay que decir? Tú y Tano sois amigos desde siempre, desde hace quince años vivís en la misma casa para ahorrar... ¿Qué puede decir de malo?

—Puede decir, como me ha amenazado, que Tano y yo somos marido y mujer.

—¡Pero quién puede pensar semejante cosa de Tano y de ti!

—Sasà, tengo poco tiempo. Don Lollò no sólo lo piensa, sino que puede decirlo. Tiene en su poder un billete. Un billete que me escribió Tano.

—Ah. Ya entiendo. ¿Me dices qué debo decir en la carta?

C

(Presidente—Abogado Rinaldo Rusotto)

—Tiene la palabra el abogado Rinaldo Rusotto, representante del contable Rosario La Ferlita, que ha pedido daños y perjuicios.

—Gracias. ¡Señor presidente, señores de la Corte! Seré muy breve. No tengo más que dar lectura a esta declaración de mi cliente, el contable Rosario La Ferlita, dictada al notario Cataldo Rizzopinna y que pido sea adjuntada a las actas:

«Habiéndome vuelto ayer, por la Gracia del Señor, la memoria durante tanto tiempo perdida, me apresuro a afirmar que en la mañana del accidente que me ocurrió tenía una cita de negocios con el señor Amilcare Galvaruso. Al estar retrasado, salí a la carrera del portal y casi inmediatamente tropecé y caí. De lo que siguió, sólo recuerdo el caballo encabritado que se me venía encima. ¡Ojalá hubiera visto a mi amigo Pippo Genuardi! Habría corrido a sus brazos y no habría sucedido lo que ha sucedido a él y a mí. Ésta es la verdad. Sinceramente, Rosario La Ferlita».

—¿Qué más añadir, señores? Nosotros, después de cuanto hemos leído, retiramos la petición de daños y perjuicios. Gracias.

D

(*Calogerino—Comendador Longhitano*)

—Don Lollò, ha vuelto Pippo Genuardi. Todos, en el pueblo, le están haciendo una gran fiesta, quien lo abraza, quien lo besa...

—Escúchame, Calogerino. Tú, mañana por la mañana, en cuanto Pippo Genuardi vuelva a abrir el almacén de maderas, entras y...

—... le disparo.

—Calogeri, tú a Genuardi no le disparas ni mañana por la mañana ni ningún otro día. Salvo en caso de necesidad, naturalmente.

—Don Lollò, ¡ese grandísimo hijo de puta me rompió la cabeza!

—Calogeri, Genuardi no tiene un carajo que ver con que te rompieran los cuernos. La culpa fue de Sasà La Ferlita. Pero si tú te quieres desahogar, una noche de éstas, cuando menos se lo espere, si encuentras solo a Pippo, lo escarmientas con una buena paliza. Te doy permiso. ¿De acuerdo? Por tanto, mañana por la mañana entras en el almacén de Pippo sonriendo... ¡Déjame ver cómo sonríes, Calogeri!

—¿Está bien así?

—¿Pero no puedes sonreír mejor?

—Si pienso en Pippo no me sale mejor, don Lollò.

—Está bien, conformémonos. Te acercas educadamente y le dices: «Buenos días, señor Genuardi. Don Lollò le manda a decir que está contento de que se encuentre en libertad». Y luego le entregas estas cartas. Una es de los herederos Zappalà, la otra es de Lopresti, el que vive en Nueva York: un amigo mío que está en Estados Unidos se interesó por el asunto. Después de darle las cartas, le espetas: «Don Lollò dice que ahora estáis empatados». Te das vuelta y sales.

—¿Cómo empatados, don Lollò? ¿Si Genuardi no consiguió matar a Sasà?

—¿Y quién te dijo que tenía que matarlo? El acuerdo era que le disparase a las piernas. Y lo hizo.

E

(Pippo—Taninè)

—¡Qué mañana! ¡Qué mañana, Taninè! ¡Tengo ganas de bailar de la alegría!

—Sí, Pippu, entretanto come y cuéntamelo todo.

—Esta mañana, temprano, me entregaron dos cartas... pásame la sal... Una venía de Nueva York y la otra era de los herederos Zappalà. ¡Me dan la autorización, Taninè! ¡Ahora puedo colocar los postes para la línea telefónica con tu padre!

—Pero ¿cómo se persuadieron?

—¡Pues...! Tal vez porque estuve en chirona siendo inocente. Y entonces han sentido compasión, ¡vete a saber!

—Escucha, por curiosidad: ¿cuánto te costó el abogado Rusotto? Desde luego que ha estado muy bien.

—¿Rusotto? ¿Quieres saber una cosa? Rusotto no me costó nada. Cuando le pregunté: «Abogado, ¿cuánto le debo por la molestia?», ¿sabes qué me respondió?: «Yo estoy en contra de la injusticia y por tanto a los inocentes los defiendo gratis».

—Es un santo. Pippuzzo, ahora tenemos que pensar en cómo le pediremos a mi padre el dinero para la línea de teléfono.

—No necesito el dinero de tu padre, Taninè. Esta misma mañana se presentó en el almacén el representante de la Fondiaria Assicurazioni. Me dijo que me pagarán los daños del velocípedo dentro de un mes, como máximo.

—¡Gracias, Señor!

—Taninè, te quería decir que pasado mañana salgo para Fela. Reanudo mis negocios a lo grande, Taninè. También esta mañana me ha llegado un telegrama de la firma Sparapiano. Dice que la madera pedida está en viaje. ¡Giró la rueda, Taninè! ¡Ahora tengo el viento de popa!

—Escucha, Pippù, ¿puedo invitar esta noche a mi padre para que venga a cenar con nosotros? Está solo, porque su mujer, Lillina, ha salido esta mañana para Fela.

—Taninè, ¡qué preguntas! Es un placer. Invítalo. Pero...

—Pero ¿qué, Pippù?

—No le digas a tu padre que yo también voy a Fela. Es capaz de hacerme algún encargo, ya sabes cómo es tu padre, es un poco pelmazo, en cuanto uno le dice que tiene que ir a un sitio, él ataca: dado que te encuentras allí, hazme un favor, tráeme esto, tráeme aquello. Y yo tengo poco tiempo, muy poco tiempo.

—Tienes razón. Escucha, Pippù, ¿tienes que volver en seguida al almacén?

—No. Puedo tomarme una o dos horas de descanso.

—Entonces lavo los platos y vengo.

—Taninè, hagamos al revés. Primero vienes conmigo y después lavas los platos.

...

COSAS ESCRITAS Y COSAS DICHAS

P. 19/11 9303
Divisione 4. Sezione 1.
N. 1502/10929



(Modello 169)

Il Ministro Segretario di Stato PER LE POSTE ED I TELEGRAFI

Veduta la domanda del Sig. Filippo Genuardi
per la concessione di una linea telefonica ad uso privato:
Veduto il deposito cauzionale di lire Venti fatto presso la Ca
depositi e prestiti n. 98

con data del 20. Giugno 1892 Tesoreria di Montelusa
Veduta la Legge aprile 1891 N. 184 ed il Regolamento pe
l'esecuzione della medesima, approvato col R. Decreto del 25
aprile stesso anno N. 288

Decreta

Articolo 1.° Al Sig. Filippo Genuardi è data la concessione
di una linea telefonica ad uso privato di lunghezza non superiore
a tre chilometri per collegare il suo magazzino con l'abitazione
Sig. Emanuele Schirò, suo suocero, in Vigata, provincia di
Montelusa.

Articolo 2.° La concessione è data per anni cinque con decorrenza
dalla data del presente Decreto ed è soggetta alla piena osservanza
delle disposizioni contenute nella Legge e nel regolamento
sopra citati.

Articolo 3° Il canone annuo di concessione è stabilito in lire
Tanti e sarà imputato al Capitolo 37 del Bilancio dell'entrata
dell'esercizio del corrente anno ed a quello corrispondente degli
anni successivi.

Articolo 4° La concessione è data a tutto rischio del concessio-
nario. Il Governo non è soggetto ad alcuna responsabilità per la
costruzione, la manutenzione della linea e l'esercizio della conca-
sione: le indennità per gli appoggi e la servitù, o per qualsiasi
altro motivo, sono a carico del concessionario.

Il presente Decreto sarà registrato alla Corte dei Conti
Roma, li 30 giugno 1892

Registrato alla Corte dei Conti

addì 4 Luglio 1892

Registro 677 Entrate F° 398

(G. Cappiello)

Il Ministro
Fini

El Ministro Secretario de Estado de Correos y Telégrafos

Vista la solicitud del señor Filippo Genuardi para la concesión de una línea telefónica de uso privado.

Visto el depósito de garantía de veinte liras hecho en la Caja de depósitos y préstamos n.º 98.

con fecha 20 de junio de 1892 - Tesorería de Montelusa

Vista la Ley del 1 de abril de 1891 n.º 184 y el Reglamento para la ejecución de la misma aprobado con el Real Decreto del 25 de abril del mismo año n.º 288.

Decreta

Artículo 1.º Se adjudica al señor Filippo Genuardi la concesión de una línea telefónica de uso privado de longitud no superior a los tres kilómetros para conectar su almacén de maderas con la vivienda del señor Emanuele Schilirò, su suegro, en Vigàta, provincia de Montelusa.

Artículo 2.º La concesión se adjudica por cinco años a partir de la fecha del presente Decreto y está sujeta a la plena observación de las disposiciones contenidas en la Ley y en el reglamento antes citados.

Artículo 3.º *El canon anual de concesión está establecido en veinte libras y será imputado al Capítulo 37 del Presupuesto de la entrada del ejercicio del corriente año y en el correspondiente de los años sucesivos.*

Artículo 4.º *La concesión es adjudicada a todo riesgo del concesionario. El Gobierno no está sujeto a ninguna responsabilidad por la construcción, el mantenimiento de la línea y el ejercicio de la concesión: las indemnizaciones por los sopor-tes y las servidumbres o por cualquier otro motivo son a cargo del concesionario.*

El presente Decreto será registrado en el Tribunal de Cuentas.

Roma, 30 de junio de 1892

*El Ministro
Sini*

*Registrado en el Tribunal de Cuentas
el día 4 de julio de 1892
Registro 677 Entrada F.º 398
(G. Cappiello)*

(Personal)

Al señor
Emanuele Schilirò
Vigàta

Messina, 18 de julio de 1892

Señor Schilirò:

Espero que ésta mía le llegue a pesar de que yo en este momento no tenga en mente su dirección exacta. La carta que está empezando a leer la he echado en Messina (podrá comprobarlo con el matasellos del sobre), pocos minutos antes de que parta el transbordador que me llevará al continente, donde he encontrado trabajo en una ciudad que no digo y que nunca conocerá nadie, ni mi hermano. Nunca más regresaré a Sicilia, ni siquiera dentro de un ataúd. Habría podido escribirle esta carta de forma anónima, pero al final he preferido firmarla para que así usted se convenza de que le cuento la verdad.

Le digo de inmediato que actúo por venganza contra ese delincuente de su yerno, Pippo Genuardi, que me ha disparado dejándome cojo para toda la vida.

Filippo Genuardi es un traidor a la amistad. Él, por sus bajos intereses, se ha vendido al comendador Calogero Longhitano, don Lollò, el mafioso jefe de la «Mano fraternal». Dado que yo le había hecho una afrenta al hermano de don Lollò, a éste se le había metido en la cabeza hacérmela pagar cara. Yo me escapé de Vigàta y me fui a Palermo, pero su yerno, cada vez que me veía obligado a mudarme, se apresuraba a darle al comendador la nueva dirección y yo me sentía como la liebre perseguida por el perro. Los hombres de don Lollò no consiguieron cogerme y entonces hicieron que lo intentara él. Y lo logré.

Por tanto, repito, esta carta quiere ser una venganza. Como ve, soy sincero.

Como usted sabrá, Pippo y yo éramos amigos; nos lo confiábamos todo.

Y así, un día de hace al menos dos años, Pippo me dijo, haciéndome que le jurara el secreto, que se había follado a la señora Lillina, su mujer.

Estaban solos en la villa que usted tiene fuera de Vigàta, no estaba ni siquiera la criada y sin saber cómo se habían encontrado en la cama, desnudos.

Entre risas y bromas, me contó todos los pormenores, todos los detalles.

Volvieron a hacer el amor otras dos veces, siempre en su villa, aprovechando los momentos en que no había nadie en casa. Y también de estas dos veces me lo contó todo, extendiéndose, dado que, como me dijo, comenzaba a conocer mejor aquello que a Lillina le gustaba hacer en la cama.

Usted es muy dueño de no creerme, pero yo le dije que se olvidara de esta

historia, porque el asunto podía volverse tan peligroso como para provocar un desastre.

Él rebatió que estaba de acuerdo con la peligrosidad, pero que no podía romper, no pensaba en ello, es más, me dijo textualmente: «esa mujer me ha entrado en la sangre».

Y ya no me volvió a hablar de la señora Lillina, al punto que en un momento dado pensé que había cortado, siguiendo mi consejo.

Un día se lo pregunté directamente: «¿Has acabado con la señora?» «No.» «¿Y por qué ya no me hablas de ello?» «Porque nos hemos enamorado, se ha convertido en algo serio. Yo sin Lillina no puedo vivir.» «¿Y cómo hacéis para veros?».

Me explicó que habían encontrado un sistema seguro. La señora Lillina, una o dos veces al mes, le decía a usted que quería ir a Fela a ver a sus padres. Y también Pippo salía para Fela, algunos días antes o después, para que la coincidencia no fuera clara. En Fela, con la complicidad de la hermana de Lillina, conseguían pasar tardes enteras en una casa de campo.

Esto es todo. ¿Y sabe por qué, a mi juicio, quiere la línea telefónica con su casa? Para poder hablar libremente con su mujer y establecer mejor los encuentros.

Y para que usted me crea del todo: ¿la señora Lillina no tiene un antojo en forma de corazón justo encima del hueso sacro?

Rosario La Ferlita

A

(Lillina—Tanine)

—Lillina, apenas me mandaste llamar lo he dejado todo y he venido corriendo. ¿Qué ocurre? ¿Qué sucede? ¡Tienes una cara que da miedo!

—Ah, Taninè mía, ¡qué noche he pasado! ¡Qué espanto!

—¿Y por qué te espantaste?

—¡Por tu padre, Taninè! ¡Por mi marido!

—¿Se siente mal? ¿Llamaste al médico?

—Taninè, no es cosa de enfermedad. Ayer por la noche tu padre volvió a casa a la hora de cenar, como siempre. En vez de saludarme con un beso, ni me miró a la cara y se encerró con llave en el despacho. Yo no sabía qué hacer. Después de un rato me animé y, desde atrás de la puerta, le dije que la comida estaba lista. No me respondió. Pensando que no me había oído, se lo repetí. ¿Y sabes qué me dijo como respuesta? «¡No me toques los cojones!», me dijo.

—¡¿¡Papá!?!

—Sí, señor, él. A tal punto que en un primer momento me pareció que había entendido mal.

—¿Y después?

—Yo, ofendida, me senté a la mesa, pero no pude comer, sentía que tenía el estómago cerrado. Y de repente dentro del despacho se desencadenó la ira de Dios. Tu padre blasfemaba, maldecía, gritaba.

—¿¡¿¡Papá!?!?

—No sólo eso, sino que comenzaron los ruidos, cosas que caían, cosas que se rompían, papeles despedazados... Empecé a temblar de espanto, estaba toda sudada. ¿Qué le pasa?, me preguntaba. Luego se hizo el silencio. Después, trac trac la llave en la cerradura, la puerta volvió a abrirse lo suficiente para que tu padre asomara la cabeza. Parecía un loco, los pelos de punta, los ojos desorbitados. Quería a la criada. Se la mandé y se hizo arreglar un catre en el despacho. En este punto me rebelé. «¿Por qué no quieres dormir conmigo?», le pregunté, alterada. «Estoy demasiado nervioso, te puedo molestar.» Yo, durante toda la noche, no conseguí pegar ojo, daba vueltas y más vueltas. Esta mañana, la criada me dijo que había salido de casa a la hora de siempre, a las siete y media, y parecía tranquilo.

—Lillina, ¿por casualidad la tenía tomada contigo?

—¿Conmigo? ¿Por qué? No, no me pareció que estuviera enfadado por mi culpa.

—Lillina, estate tranquila. Ya lo ves, esta mañana ha salido de casa para trabajar como de costumbre, la criada te ha dicho que estaba tranquilo. Se le pasó. Debe de haber tenido un disgusto con los negocios, algo le habrá salido mal. Ya lo conoces, ¿no? ¿Te acuerdas de aquella vez que se enfadó porque Pippo quería comprarse el

velocípedo? Parecía que se lo llevaba el diablo. Y después de menos de medio día se le pasó. Verás que esta noche, cuando regrese, te pedirá disculpas.

—¿Te parece, Taninè?

—Me parece, Lillina.

B

(*Pulitanò—Pippo—Don Nenè*)

—Señor Genuardi, ¡todo en orden! ¡En veinte días, todo hecho! Si usted quiere, podemos hacer las pruebas.

—¿A esta hora? Estaba cerrando el almacén...

—¡Es sólo un minuto!

—Y además, mire, ya es de noche, quizá en casa de mi suegro estén cenando, no querría molestar...

—Señor Genuardi, el hecho es que yo debería coger el último tren para Palermo. Mañana por la mañana tengo una cita importante en la oficina.

—Está bien, hagamos esa prueba.

—Observe. Primero hay que levantar el receptor de la horquilla y llevárselo a la oreja, mientras con la otra mano se hace girar tres o cuatro veces la manivela. Acuérdesese de que hay que hablar en voz un poco alta, con la boca casi pegada al auricular. Están respondiendo, acérquese a mí, que así escucha también usted. ¿Diga?

—Diga.

—¿Está el señor Schilirò?

—Sí.

—Estoy probando la línea, señor Schilirò. ¿Me oye alto y claro?

—Sí.

—Yo también. Escuche, señor Schilirò, debería hacerme un favor. Cuelgue y vuelva a llamar aquí, al almacén de su yerno. Quiero probar la recepción, señor Schilirò. Aquí está, ¿escucha? Suena. ¿Diga?

—Diga.

—Funciona muy bien. ¿Quiere hablar con su yerno, señor Schilirò?

—No.

—Entonces está bien así, buenas noches. Señor Genuardi, desde este momento la línea telefónica está a su disposición. Le agradezco todas las atenciones...

—¿Qué hace, topógrafo Pulitanò? ¿Se escapa? Primero vamos a hacer una gran comilona de pescado fresquísimo. Hay tiempo para coger el último tren.

C

(*Caluzzè—Pippo—Lillina*)

—Caluzzè, tienes que ir a la estación, de prisa. Esta mañana llega la carga de maderas de la firma Sparapiano.

—¿Yo?! ¡Pero si a la estación ha ido siempre usted!

—Y esta mañana vas tú. Mira si están todas las carretas que hemos contratado. Son quince, deberían ser suficientes. Haces que carguen las maderas y las traigan aquí, al almacén.

—Como usted quiera, don Pippù.

—Ah, escucha, cuando salgas, cierra el portón.

—¿Cómo? ¿Y si viene alguien que quiera hablar con usted, se encuentra el portón del almacén cerrado?

—Caluzzè, tengo que hacer algo importante. Después vuelvo a abrirlo yo el portón.

—Está bien, don Pippù.

...

—¿Y qué pasa, no funciona? ¿Cristo, por qué no responde nadie? ¿Puedes creer que este coño de teléfono se ha averiado aun antes de empezar a funcionar? ¡Ah, aquí está, al fin! ¡Diga, diga! ¿Lillina, eres tú?

—Diga.

—¡Diga! ¡Lillina! ¡Soy yo, Pippo!

—¿Ah, eres tú, Pippo mío?

—¡Soy yo, Lillinuzza bonita, Lillinuzza adorada!

—¡Oh, madre santa! ¡Me tiemblan las piernas! Pippuzzo mío, corazón de mi corazón, ¿eres tú? ¡Ah, cuánto hace que ansiaba este momento, poder oír tu voz!

—¡Qué hermoso qué hermoso qué hermoso! ¡Qué invención, el teléfono! Dime esto: Pippo mío, te amo.

—Pippo mío, te amo.

—¿Cuánto hace que salió el cornudo?

—Una hora.

—¿Y la criada?

—Media hora.

—Entonces esta mañana no hay tiempo para podernos ver. Amor mío, he hecho poner el teléfono no sólo para poder hablarnos cuando el cornudo no está en casa, sino también para ponernos de acuerdo mejor para vernos casi todos los días.

—¿Lo dices de verdad? ¿Y cómo?

—Así, escúchame. El cornudo sale de casa a las siete y media de la mañana, ¿verdad?

—Puedes apostarte el reloj.

—¿Y tú mandas a la criada a hacer las compras hacia las ocho, correcto?

—Sí.

—Bueno. Mañana, por la mañana, en cuanto la criada haya salido de casa para venir al pueblo, tú me llamas por teléfono y me dices que la vía está libre. Yo cojo el caballo y llego en diez minutos, tenemos al menos dos horas a nuestra disposición. Así al fin te podré abrazar, besar toda, en la boca, en los pechos, en la barriga, en medio de los muslos...

—No, no, Pippù, siento que me derrito toda...

—Espera un instante, Lillinè, he oído un ruido. Voy a ver, tú espera al aparato... ¿Quién anda ahí? ¿Hay alguien? ¿Quién está? ¡Ah, es usted! Buenos días. ¡Mire qué casualidad, lo estaba buscando en su casa y en cambio usted había venido aquí! Justamente le estaba preguntando a la señora Lillina... ¡Oh, Dios! ¿Qué quiere hacer? No, por favor, no, no...

—¿Pippo? ¿Pippo? ¡Oh, madre santa! ¿Qué sucede? ¿Qué fue ese tiro? ¡Pippo, Pippo! ¿Qué fue? ¿Qué hacen, disparan otra vez? ¡Pippo! ¡Pippo!

D

(Cabo primero Licalzi—Teniente Lanza-Scocca)

—¡Licalzi, por Dios! ¿Se entra sin llamar?

—Perdóneme, señor teniente. ¡Pero ha sucedido algo increíble! De otro modo, nunca me lo habría permitido...

—Dígame.

—Usted me había ordenado que pasara, cada vez que tuviese tiempo, por el almacén de Genuardi y viera quién entraba y quién salía...

—¿Y bien?

—Hace cinco minutos me encontraba cerca del almacén y me pareció oír un ruido seco, un disparo. Me acerqué más y esta vez oí otro disparo, clarísimo. No tenía dudas, disparaban.

—¿Entró?

—Sí, señor.

—¿Qué había sucedido?

—Que el suegro de Genuardi había disparado a su yerno y luego se había matado con la misma arma.

—¡¿Oh, Dios, qué dice?!

—Los muertos están en el almacén, señor teniente. Si quiere, vaya a ver.

—Pero ¿por qué lo ha hecho? Rápido, entretanto alguien puede entrar y...

—Esté tranquilo, no entrará nadie. He cerrado con llave el portón del almacén y la llave la tengo aquí.

—Vamos, no perdamos más tiempo.

—Escúcheme, señor teniente. Estoy persuadido de que nadie ha oído los disparos. No hay prisa. Podemos hacer las cosas con comodidad.

—¿Qué cosas, cabo?

—Ésta es una ocasión de oro, señor teniente.

—No entiendo.

—Ahora le explico.

DOS PERSONAS DESPEDAZADAS POR UNA BOMBA

Ayer por la mañana, hacia las nueve, una fuerte explosión sembró el pánico entre los habitantes de la Via Crispi de Vigàta (Montelusa). El teniente de los RR CC Ilario Lanza-Scocca, que se encontraba en las inmediaciones con el suboficial Licalzi, acudió rápidamente al lugar de los hechos.

La explosión se había producido en el interior del almacén de maderas propiedad del señor Filippo Genuardi, sito en el número 22 de dicha calle. Tras penetrar en el almacén a través de la puerta desquiciada por la explosión, el teniente y el suboficial se encontraron delante de un espectáculo terrible. En efecto, entre los escombros yacían los cuerpos, horrendamente despedazados, de Genuardi y de su suegro, Emanuele Schilirò, de 60 años, conocido y estimado comerciante de aquella ciudadela.

Sobre la causa de la tragedia no puede subsistir duda alguna: se trata de una bomba de mediana potencia, que estalló por accidente mientras el mismo Genuardi la estaba manipulando (junto al cadáver se han hallado cartuchos sin explotar y mechas para la fabricación de otros artefactos).

La pregunta que surge espontánea es ésta: ¿el suegro, Emanuele Schilirò, se encontraba por casualidad en el almacén o era cómplice de Genuardi, desde hace mucho tiempo estimado por el Puesto de los RR CC de Vigàta como peligroso subversivo?

Recordemos una vez más que contra Genuardi, hace algún tiempo implicado en un turbio suceso en Palermo, habían sido dictadas previamente dos órdenes de busca y captura por actividades subversivas, pero siempre había sido extrañamente absuelto.

Los RR CC indagan.

NUEVOS DETALLES SOBRE LA BOMBA DE VIGÀTA

La señora Lillina Lo Re, esposa en segundas nupcias del señor Emanuele Schilirò, fallecido ayer junto con su yerno Filippo Genuardi por el estallido accidental de una bomba en el almacén de maderas que Genuardi tenía en Vigàta, ha declarado a nuestro corresponsal, señor Empedocle Culicchia: «Ayer por la mañana, apenas después de las ocho y media, sonó el teléfono que precisamente ayer había sido instalado entre el almacén del yerno de mi marido y nuestra casa. Era Genuardi que me pedía noticias de su suegro. En efecto, desde hacía una semana mi pobre marido estaba agitado y alterado, no sabemos por qué, ¡como si presintiera su trágico fin!». Aquí la señora debió interrumpirse porque desgarradores sollozos le impedían hablar. Fatigosamente recuperada, continuó: «Yo le respondí que mi marido, aun cuando no se sentía del todo bien, había salido como de costumbre a las siete y media para dirigirse a su trabajo. Estaba a punto de colgar cuando oí palabras entrecortadas y confusas seguidas por dos estallidos, que me parecieron disparos. Preocupada, me vestí de prisa y tomé el camino hacia Vigàta, dado que nuestra villa se encuentra en el campo. En un momento dado, me encontré con Gaetanina, hija de mi marido y esposa de Genuardi, que venía a pedir noticias sobre la salud de su padre. Yo le dije todo lo que había oído por teléfono. Decidimos volver a casa e intentar telefonar otra vez al almacén. No respondió nadie. Espantadas, corrimos hacia el pueblo y llegamos cuando la tragedia ya se había producido».

El comandante del Puesto de los RR CC de Vigàta, Ilario Lanza-Scocca, tuvo la cortesía de exponer a nuestro corresponsal su personal versión sobre los hechos.

«Cuanto ha declarado la esposa de Schilirò responde a la verdad. De algún modo, el señor Schilirò se había enterado, con zozobra, de las actividades subversivas de su yerno. Ciudadano ejemplar, hombre de orden, Schilirò debió de sufrir como una afrenta para sí y para su honorable familia el hecho de que un subversivo, como una viscosa serpiente, se hubiera metido entre sus muros domésticos. Y empezó a vigilarlo, instando para que hiciera lo mismo a Calogero Jacono, su allegado, pero que prestaba servicios como mozo en el almacén de Genuardi. Ayer por la mañana, Jacono, que había recibido de Genuardi la orden de alejarse y de cerrar el portón del almacén, no obedeció y lo dejó abierto, permitiendo así que el pobre Schilirò entrara sin ser visto. ¡Y así se percató, con horror, de que su yerno estaba preparando una bomba! Dejándose ver, amenazó a Genuardi con un revólver, pero el siniestro individuo lo atacó. En legítima defensa, Schilirò debió de abrir fuego y después, loco de vergüenza, volvió el arma contra sí mismo.»

Nuestro corresponsal Empedocle Culicchia preguntó entonces al brillante oficial cómo explicaba que la explosión se hubiera producido unos diez minutos después de los disparos.

«El pobre Schilirò —explicó el teniente Lanza-Scocca—, se suicidó convencido de que había matado en el acto a Genuardi. Pero éste no había muerto (¡las serpientes son duras de pelar!) y desesperadamente intentó ocultar el artefacto. En caso de supervivencia habría podido alegar mil y una razones para el tiroteo, echándole toda la culpa a su suegro. Pero al estar gravemente herido, debió de manipular incorrectamente la bomba, haciéndola explotar. Esto explica el lapso de tiempo entre los disparos y la explosión.»

Las indagaciones de los RR CC de Vigàta continúan.

El comandante general de Sicilia

Al teniente

Ilario Lanza-Scocca

Puesto de los Reales Carabineros

Vigàta

Palermo, 20 de agosto de 1892

¡Teniente!:

Le comunico que por la sagacidad, la tenacidad y la habilidad demostradas por usted en el caso Genuardi recibirá un Encomio Solemne que será inscrito en su hoja de servicios.

Desde el próximo primero de septiembre será usted trasladado a Palermo, como primer ayudante bajo mis órdenes.

Usted es verdaderamente un buen oficial.

El comandante general
(*Carlo Alberto de Saint-Pierré*)

P.S. Seguramente le complacerá saber que el teniente Gesualdo Lanza-Turò ha sido trasladado, a petición mía, a Roma y también recibirá un Encomio Solemne.

MINISTERIO DEL INTERIOR
DIRECCIÓN GENERAL DE LA POLICÍA — OFICINA DISCIPLINARIA

Señor Antonio Spinoso
Delegación de Policía
Vigàta

Roma, 20 de agosto de 1892

Esta Oficina disciplinaria, a consecuencia de quejas y lamentaciones llegadas desde diversas partes sobre su actitud poco colaboradora e incluso por momentos obstaculizadora de las indagaciones promovidas por los Reales Carabineros de Vigàta sobre el conocido subversivo Genuardi, considera incompatible con la buena armonía que siempre debe presidir las relaciones entre la Benemérita y la Policía, su posterior permanencia en Vigàta.

Por tanto, es usted trasladado, como subdelegado, a Nughedu (Cerdeña).

Deberá presentarse en la sede que le ha sido asignada antes y no después del próximo 10 de septiembre.

El director de la Oficina disciplinaria
(Inspector general Amabile Piro)

El ministro

*Al Gran Oficial
Arrigo Monterchi
Comisario de Montelusa*

Roma, 20 de agosto de 1892

Señor comisario:

La excesivamente rígida oposición asumida por usted con S.E. el prefecto de Montelusa con ocasión de las vicisitudes del conocido subversivo Genuardi podría haber sido considerada una normal divergencia entre las libres opiniones de dos altos representantes del Estado si no fuera porque usted se ha extralimitado sobremanera. Las acciones llevadas a cabo por usted para apoyar su tesis (que se ha revelado, además, trágicamente infundada) han llegado a la sistemática denigración de dos brillantes oficiales del Arma de Carabineros que sólo estaban interesados en cumplir con su deber, engañando también al comandante general del Arma en Sicilia y haciéndole tomar medidas erróneas. No satisfecho con esto, usted ha ofrecido continua protección a las poco claras maniobras del delegado de policía de Vigàta, su subordinado.

Es con pesar que, de acuerdo con S.E. el presidente del Consejo de Ministros, me veo obligado a considerar del todo inoportuna su ulterior permanencia en Montelusa.

Dentro de un mes desde la recepción de la presente, usted se presentará en su nuevo destino en Nuoro (Cerdeña).

Espero que usted aprenda la lección del recentísimo pasado y modere ciertos aspectos no precisamente positivos de su temperamento.

El ministro
(firma ilegible)

E

(Delegado—Comisario)

—Discúlpeme, señor comisario, si vengo a molestarlo en su casa. Quería saludarlo, hoy, después de almorzar, me marchó.

—Pase, pase, Spinoso. Como ve, también yo estoy a punto de partir. Dejo Montelusa con anticipación, me voy a pasar algunos días en Sondalo, donde mi única hija, que está casada y vive allí. El aire es bueno.

—No sabía que tenía una hija.

—Si es por eso, también tengo un nietecito de dos años al que aún no conozco.

—¡Virgen santa, cuántos libros! ¡Tiene una habitación llena! ¿Los deja en Montelusa?

—Un amigo mío de aquí se ocupará de expedírmelos a Nuoro poco a poco.

—Señor comisario, ¿quiere saber algo divertido?

—¿Aún hay cosas divertidas en este pueblo?

—Ésta lo es. En el Ministerio no saben geografía. No conocen dónde se encuentra Nughedu.

—¿Y dónde se encuentra?

—A pocos kilómetros de Nuoro. Estaré bajo su mando. Es un buen consuelo para mí.

—También para mí. Discúlpeme, está sonando el teléfono. ¿Diga? Sí, soy yo. No, no molesta, dígame. ¿Ah, sí? ¡Increíble! Se lo agradezco. Luego pasaré a saludarlos a todos. Adiós. Gracias.

—Me voy, señor comisario.

—Delegado, ¿quiere saber algo divertido?

—¿Aún hay cosas divertidas en este pueblo?

—Me telefoneaban de la Comisaría. Acaban de saber que el prefecto Marascianno, de vuelta al servicio, ha sido trasladado a Palermo en funciones de coordinador del trabajo de todos los prefectos de la isla. ¿No se ríe?

—No, señor comisario. Lo saludo.

—¿Qué hace? ¿Me da la mano? Venga aquí, Spinoso. Abracémonos.



ANDREA CAMILLERI (Porto Empedocle, 1925), siciliano de nacimiento, vive desde hace años en Roma, donde es realizador de teatro y televisión y guionista. Ha publicado ensayos sobre el espectáculo, crónicas sobre hechos históricos y diversas novelas, algunas de ellas de género policiaco y otras ambientadas en la Sicilia de finales del siglo XIX. Estas últimas se basan en hechos reales y presentan, a través de una sucesión de acontecimientos llenos de humor y comicidad, la realidad siciliana, que en sus rasgos esenciales es la misma hoy que hace cien años.